Laia Castel

Afterwork



ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

Créditos

AFTERWORK

LAIA CASTEL



Para mis amigas y las sobremesas

1

—Uno, dos, tres, cuatro, inspira...

—Una, dos, tres, cuatro, aguanta...

Paige no recordaba dónde había leído acerca de la respiración cuadrada como estrategia para calmar los nervios, pero llevaba diez minutos encerrada en el lavabo de la oficina intentando volver a sí misma, y empezaba a pensar que un martini bien cargado sería más efectivo.

El siguiente paso de su ritual anticrisis era soltarse el pelo y oler el frasco de esencia de lavanda que llevaba en el bolso, pero no quería despeinarse.

Por la mañana había invertido veinticinco minutos en hacerse ese moño, hoy especialmente tirante porque por la noche tenía una cita. Los ojos de sirena no funcionan igual después de diez horas en una oficina rodeada de hombres con botellas de agua corporativas y olor a cigarrillo electrónico, así que Paige había estudiado y dominado el arte de elegir qué dos mechones concretos debía tensar más en su peinado.

No iba a rendirse. Optó por usar un comodín y me llamó.

Agradecí que sonara el teléfono en ese momento. Llevaba dos horas retocando una presentación para mi jefe. Me había insistido en que debía ser «más dinámica», así que mi día consistía en añadir animaciones de entrada y salida a todos los elementos del PowerPoint... *Dinámico,* el adjetivo perfecto para cuando quieres

contar la misma historia, pero convenciéndote de que le has dado un toque moderno.

Al ver que era Paige, me levanté rápido de la silla y fui a la zona de la cafetería —Health Bar, lo llamaban en mi oficina—. Cogí una *kombucha* bio sin azúcares y me senté en un puf.

—¿Cómo ha ido?

—Mal. ¿A qué hora sales?

Ni un hola. Así se mide la amistad, en función de las pocas palabras que necesitas en una llamada. Paige y yo éramos mejores amigas desde mi llegada a Londres siete años antes.

Nos conocimos en una fiesta universitaria, le dije que acababa de mudarme desde España para estudiar literatura inglesa, y me dijo que debía de estar loca si cambiaba los edificios modernistas y el sol por la mantequilla y la lluvia. Más tarde le pedí un tampón en el baño y vi que llevaba el mismo bálsamo labial que yo. Desde entonces dormía en su casa dos veces por semana y nos mandábamos fotos de cada vino que probábamos.

Paige es arquitecta, y muy buena. Nada más salir de la universidad entró en un prestigioso estudio en el que llevaba dos años vendiendo cada gramo de su alma para ganarse el respeto de sus jefes. Hace un mes ganaron el proyecto de un auditorio en Copenhague, para el que iban a seleccionar un pequeño equipo y un coordinador. Paige quería ganar, siempre, en la vida, pero especialmente esta vez.

—¿Cómo mal? ¿Estás fuera del equipo?

—No, es para Dinamarca, necesitan que haya paridad de género, pero creo que me meten solo por eso. Y todos me hablan como si tuviera que agradecérselo, como si me hiciesen un favor.

—¿Les has enseñado la propuesta que me dijiste?

—Sí, sí. Bueno, bien. John estaba en la reunión y al salir me ha dicho que había sido un poco agresiva, que me relajara. No me he relajado, estoy en el baño.

John era un compañero de trabajo con el que llevaba liándose unos años.

Le dije que podía estar fuera en quince minutos y que me esperara en la puerta. Las dos trabajábamos en Southwark, cruzando el río desde la City, cerca de Borough Market. Solíamos quedar allí al salir y comprábamos cruasanes de almendra de uno de los puestos del mercado.

Colgué. Me llevé tres *kombucha* bio más para hacer compañía a las cinco que ya tenía en casa, y acabé de dinamizar la presentación. Se la mandé por Teams a mi jefe. «Super», respondió rápido. Sabía que no la había abierto, que al día siguiente me diría que no terminaba de funcionar y que seguía sin ser «dinámica». Tendría que repetirla.

Llegué al edificio donde trabajaba Paige. Estaba en la puerta con sus gafas de sol Miu Miu de temporada. Hacía unos sorprendentes veinte grados, así que en su moño se distinguían reflejos dorados. Llevaba una americana de lino crema un par de tallas más grande, unos vaqueros rectos y unas deportivas de ante marrón a juego con el cinturón y el bolso Bottega tipo *shopper*. Me encanta su estilo. Siempre pienso que, si me pusiera su ropa, parecería Adam Sandler saliendo a por el periódico, pero en ella adopta una gracia *cool*.

—Es preciosa la americana.

—Gracias, amor —balbuceó, intentando que no se le cayera el cigarrillo de la boca. La miré con desaprobación—. Lo siento, es de emergencia, después me hago uno menos en el *pub*.

Paige fumaba mucho. A veces yo también lo hacía. Caía en el encanto de ser yo quien consumía algo y no al revés. Podía entender

el placer que sentía Paige al elegir ella misma el arma de destrucción, el control. Sabíamos que más tarde en el *pub* no fumaría un cigarrillo menos y yo quizás le robaría uno.

Mientras bajábamos las escaleras del puente, ya más tranquila, me contó cómo había ido su reunión. Solían ser, igual que tantas cosas en la vida adulta, como un suflé: parecían hinchadas y orgullosas, pero vivían indefensas ante la amenaza de que se revelara su interior, bastante menos firme.

En mi trabajo siguen exactamente el mismo patrón: se usan palabras técnicas, se hacen calendarios y se mantiene una postura recta. Sin embargo, al salir, la gente vuelve a su estado natural, como dejando de meter tripa y relajando la mordida, se desinfla el suflé, y entonces se traducen las formalidades de la reunión al plano real.

Cada día aumentaba mi certeza de que no eran muy distintas de los trabajos en grupo del colegio, pero debía parecer que todos sabían qué hacer.

Me preguntaba si a mayor escala el trabajo hecho y la voluntad aumentaban o tan solo las figuras retóricas que se usaban para hacer aún más creíble el teatro. En un gabinete de crisis, en las reuniones entre jefes de Estado, ¿las cosas se planifican más en serio? Quizás solo haya más asuntos que delegar y una cadena más larga de gente a quien pasarle la pelota.

—Y el comentario de John... —siguió Paige—. Vaya huevos.

—Sí, pero quedarás con él esta noche, ¿no?

—Supongo que sí.

No dije nada. Habíamos tenido demasiadas veces esa conversación. Cuando ya no puedes evitar que tu amiga se caiga por un precipicio, solo queda esperar abajo para amortiguar el golpe.

—¿Viene Iris o tiene que ir a prepararle el túper a su marido? —me preguntó.

—Espero que sí. —Las dos nos reímos—. Mejor la llamo.

Hacía tiempo que habíamos impuesto una norma no escrita sobre las llamadas en nuestro grupo de amigas. Llegamos a la conclusión de que era mucho más práctico que enviarnos mensajes. Nos parecía más maduro, más adulto. La realidad es que la incursión en el terreno corporativo nos aterraba a todas. Aún vivíamos nuestro día a día en el mundo de los mayores como una obra de teatro de improvisación, y llamarnos constantemente unas a otras hacía que nos sintiéramos juntas en esto. Era como una línea de emergencia en la que la teleoperadora estaba igual de histérica que tú, un teléfono de esos que se fabrican con vasos de papel y una cuerda, donde la cuerda es una red de seguridad. Pero quedaba mejor decir que éramos adultas y ya no estábamos tan pendientes de los mensajes.

Iris confirmó su asistencia a nuestra cita semanal en The Crown, un ajetreado *pub* cerca de Covent Garden lleno de auditores júnior y *espresso martinis* a siete libras a partir de las cinco de la tarde. Cada jueves sin falta nos reuníamos allí las cuatro. Es nuestra misa, el *afterwork*.

Cogimos el autobús que nos dejaría cerca del *pub,* en el cruce de Seven Dials, y le pedí a Paige que bajáramos unas paradas antes para entrar en el Waterstones de Picadilly a por un libro. Solía ir mucho cuando llegué a la ciudad y aún conocía a poca gente. Me pasaba horas juzgando libros por sus portadas. La sección de arte siempre ha sido mi favorita. Después elegía uno o dos y subía a la tercera planta, donde hay un ventanal enorme con sillones delante,

y allí me quedaba durante horas, escuchando música y leyendo entre líneas mientras observaba el caos de Regent Street desde arriba.

El libro que buscaba estaba en la sección de clásicos, encima de un atril de mármol formando una especie de escalera de caracol con varios ejemplares. Paige se acercó a la vez que yo y cogió el de arriba del todo.

—*Metamorfosis*, de Ovidio, libros I-VII —dijo curiosa, leyendo la portada—. ¿Por placer?

Le dije que era documentación para un guion que estaba escribiendo. Me criticó que nunca le dejara leerlos y le respondí que, cuando estuviera segura de que uno me haría millonaria, sería la primera.

De camino a la caja se paró en la sección de autoayuda.

—¡Esto necesitamos! —me dijo señalando un libro: *Las 48 leyes del poder*, de Robert Greene.

—¿Lo has leído?

—No, pero todos los hombres con complejo de dictador que habitan la Tierra sí, y mal no les va... Me lo voy a llevar, y este también.

Leí el otro título: *Healing with Plants*. La dicotomía del carácter de Paige era uno de los grandes misterios del universo para mí. Cómo alguien con una mentalidad de tiburón podía a la vez ser una fiel creyente de la curación natural, los cristales y las energías.

Acerqué el libro al mostrador y en el segundo que le llevó al cajero escanear el código de barras elegí una de las libretas de cubierta de piel oscura que tenían expuestas.

Estrenar una libreta no era algo insignificante para mí. Hacía años que me comprometía con ellas más que con cualquier hombre. La elegida al principio de una etapa se convertía en la única. En un

mismo continente vaciaba absolutamente todos mis pensamientos y tareas. Cuando la terminaba, escribía cuidadosamente la fecha en una cinta de pintor que pegaba en la contraportada y la guardaba en una caja con sus antecesoras.

Después fue Paige quien le acercó su selección al cajero, que levantó la mirada rápidamente hacia ella. Normal, debió de parecerle igual de inédito que a mí que alguien se interesara a la vez en los caminos opuestos de la conducta humana ante la vida: tomar una nación a la fuerza o hacerse una tila.

Como era de esperar, Iris nos recibió en el *pub* sentada con la postura de un marine. Giró primero la cabeza al oírnos llegar y luego nos clavó sus enormes ojos marrones.

—Perdona, tía, ¿llevas mucho esperando? —dije mientras acercaba una silla a nuestra mesa habitual.

—No, para nada; además, estoy disfrutando de este sol. Agradezco que me haya dado la oportunidad de estrenar vestido —dijo mientras sacaba pecho y movía suavemente las manos por su falda, como si fuera Mary Poppins anunciando su bajada del cielo en paraguas.

—¿Se lo agradeces al sol? —le pregunté vacilando. Sabía perfectamente lo que vendría a continuación, pero me encantaba poner a prueba su perfecta energía femenina y pasiva. Nunca cedía, su aura de tarta de fresa no tenía límites.

—Claro, amor. Hay que agradecer siempre. La ingratitud produce arrugas.

Pues eso.

Iris era de ascendencia india. Tenía la tez mucho más clara que sus padres y su hermano, el pelo negro siempre recogido con alguna pinza de carey o en forma de flor, y las facciones angulosas pero delicadas. Emanaba dulzura. Siempre vestía con colores claros,

suaves, con diseños que acentuaban una silueta femenina y delicada. Desde que la conocí me preguntaba si era algo innato o un papel que representaba tan metódicamente que ya no podía separarse del personaje. De todos modos, era un rayo de sol, y yo nunca decía que no a su luz cálida.

Ya en mi silla, vi a Marcus salir a paso ligero con un par de pintas.

—No os asustéis, no son para vosotras. —Saludó con la cabeza.

Nos tuteábamos con todos los camareros del *pub*. Llegados a este punto, nos habían visto en más estados emocionales que muchos familiares cercanos. A los dos minutos se acercó y tomó nota.

—Tres *espresso martinis* y una tónica, por favor —le pidió Paige.

Vi más alboroto del habitual y recordé que había fútbol. Las tardes de partido solían ser un misterio: o nos retirábamos temprano para no oír los desgastados cánticos de los borrachos con la piel encendida, o terminábamos debatiendo sobre cualquier cosa con algún grupo de jóvenes contables a quienes íbamos a llevar la contraria. A Alex le encantaba preguntarles por qué, simplemente, no se imprimía más dinero y ver cómo se les inyectaban los ojos de sangre. En pocos meses habíamos escuchado tal vez veinte maneras distintas de explicar la inflación.

Llegaron los martinis. Primer cigarrillo.

2

Iris me tomó el brazo de repente.

—¡Ay! ¿Encontraste el libro de los mitos?

—¿A ella sí la has dejado leerlo? —me echó en cara Paige.

—No, no. Es solo que el otro día vimos que volvían a poner *Troya* en el cine y le comenté que estaba escribiendo sobre mitología.

Quería zanjar el tema, pero Paige insistió.

—No lo entiendo, con lo sinvergüenza que eres a la hora hablar, ¿qué te pasa con lo de no enseñar tus textos?

Tenía razón. ¿Desde cuándo era tan posesiva con ellos? No era una cuestión de vergüenza, no me avergonzaba escribir. Cuando surgía una idea maquiavélica o empalagosa, no me detenía nunca a juzgarla por haber salido de mí. El problema no estaba en los textos, sino en el lugar donde los había confinado: mis libretas. ¿Era un mecanismo de defensa? Quizás no quería que crecieran, compartirlos y que tuvieran que hacer frente a la crueldad del mundo. ¿Los quería como a Rapunzel en su torre?

Tampoco era cuestión de protegerlos por verlos débiles: no me asustaba que alguien les cortara las alas o los considerara directamente incapaces de volar. Era yo quien había decidido que no estaban hechos para eso. Nacían en cautividad para ser animales domésticos, eso era. Si los entendía como un pasatiempo casero, si no dejaban de ser mi pequeño *hobby,* las expectativas que debían cumplir eran mucho menores. *Ars gratia artis,* el arte por el arte.

—Debe de ser que nos critica —dijo Alex, que apareció por detrás interrumpiendo mi monólogo interior y rozó con sus rizos rubios y sus mil millones de collares mi mejilla.

—¡Alex! —gritamos al unísono como un grupo de alcohólicos anónimos.

—Llegas tarde —añadió Iris con una sonrisa pícara.

—Ya, he empezado a dar unos talleres de informática para mayores en un centro, y al ser el primer día nos hemos alargado un poco. ¿No os lo había contado?

—Amor, cambias de trabajo cada semana; por mucho que nos avises, yo ya me pierdo —respondí encantada de que la conversación se alejara de mis guiones.

—¿Te pagan? —preguntó Iris.

—Como cuatrocientas libras, creo, pero son solo dos tardes a la semana.

Al oír eso me coloqué en posición para recibir la mirada de Paige... ¡Bingo! Se bajó ligeramente las gafas de sol y vi en sus ojos cómo se escandalizaba por dentro. Lo cierto es que ambas íbamos escasas del gen de la austeridad. Nos sorprendían los trabajos aleatorios de Alex, y aún más que pudiera seguir viviendo en Londres cobrando menos del sueldo mínimo. Debía de ser camello a escondidas.

—¡Gooool!

La furia de veinte señores con bufandas de colores nos interrumpió.

Comentamos por encima los sucesos de la semana y, como siempre, acabamos absorbidas por una burbuja. Cuando hablábamos, por un momento parecía que ascendíamos del plano terrenal a otro mucho más liviano. Allí podíamos ganar siempre, todo cobraba sentido y nadie pinchaba nunca la burbuja para devolvernos a la realidad. Desde fuera debía ser una escena bonita: cuatro chicas

riendo y con todo por hacer, confiando ciegamente en que saldrá bien. Eso sí es algo por lo que cantar gol.

En medio de nuestra comunión, unas figuras de hombros anchos y zapatos Oxford se acercaron riendo. Entre ellos distinguí a John y supuse que los otros debían de ser amigos suyos. Se acercó a Paige y la saludó con un beso. Me hice un chequeo para asegurarme de que mi cara no transparentase mis pensamientos.

—¡Hola, guapas! —dijo levantando su pinta y paseándola por encima de nuestras cabezas, como bendiciéndonos con su testosterona y su corte de pelo degradado.

Los otros se acercaron y empezamos a charlar. Yo no podía dejar de fijarme en Paige, riéndose bajito con los brazos cruzados, casi inerte. Era aparecer John y su espíritu indomable y su hambre voraz de vivir se desinflaban y se doblegaban ante los golpes, como un castillo hinchable pisoteado por niños ruidosos en un cumpleaños. John era ruidoso. Ante él y sus amigos, a quienes apenas podía distinguir entre sí, Paige se volvía irreconocible.

Siempre me sorprendía esta versión de ella, a veces olvidaba lo reservada que era con los demás. Su mundo interior, arriesgado y de intereses *cool*, no era algo a lo que mucha gente tuviera acceso.

Llevaba viéndose con John casi tres años. Se habían conocido el último año de universidad y habían terminado trabajando en el mismo estudio. Mi relación con él siempre había sido proporcional al compromiso y al respeto que mostraba por Paige, así que nos llevábamos bien, pero lo justo.

Nos pidió permiso para robárnosla esa noche.

—Vamos a probar un nuevo italiano en Mayfair.

—¡Pasadlo bien! Mañana te llamo —le dije, levantando la cabeza y mirándola fijamente, confiando en que parpadearía muy rápido o me haría alguna señal si necesitaba que la rescatase, pero nada.

—Es que no lo entiendo... Es tan... Sin más —dijo Alex.

—Ya —dije yo, sin apartar la mirada de mi martini.

—Creo que lo tenéis muy cruzado —siguió Iris—. Es un tío guapo, listo, tiene un buen trabajo... No lo veo tan malo, la verdad, y si está con él será por algo.

Estaba relajada, comiendo unas patatas fritas y saboreando el alivio de un nuevo jueves por la tarde con mis amigas cuando me llegó un mensaje.

—¡Mierda, no! Alex, ¿tienes el portátil a mano?

—Eh, sí, sí. Lo tengo en la bolsa, ¿qué pasa?

—Vale, ¿me lo dejas un segundo? Tengo que actualizar una cosa en un informe. Es un segundo, lo tengo en mi Drive.

—Alicia... —No era bueno que Alex usara mi nombre completo.

—No, tía, ha sido culpa mía. Hemos tenido una reunión y no he actualizado los cambios en el documento.

—¿Y qué más le da que lo cambies ahora o mañana? No te están pagando por trabajar ahora. —No le contesté.

—Joder, me dice que la contraseña es incorrecta.

—Dijiste que le dirías que dejase de escribirte por WhatsApp —dijo Iris con un tono de voz tres veces más agresivo de lo normal en ella. Cada vez que alzaba la voz, moría una mariposa en algún bosque mágico.

—Sí, sí, pero no me cuesta nada. Mira, ya he entrado, es un segundo.

Las dos se quedaron en silencio mientras copiaba y pegaba partes de un documento en otro.

—Ya está. Perdonad. Gracias, amor. —Le devolví el portátil.

—¿Creéis que Paige se cabreará si eligen a John para dirigir lo de Copenhague?

Era una muy buena pregunta que no me había hecho. Para Paige, su carrera era su máxima prioridad. Por suerte, John pensaba igual, y eso les había funcionado genial como excusa para evitar ciertas gestiones. Ya formalizarían después... Lo importante en aquel momento era la arquitectura. Y me parecía bien, pero no era capaz de imaginar cómo reaccionaría si John le quitaba eso.

Al poco terminó el partido y el volumen de las conversaciones en el *pub* fue subiendo, así que era hora de retirarse. Acompañamos a Alex a la bici e Iris y yo pedimos un taxi a medias.

Se bajó en Marylebone, donde vivía con Chris, su novio. Yo llegué a mi casa y recordé que esa noche Max no estaba, así que tenía el comedor para mí. Genial.

Siempre había jurado que no compartiría piso, pero me rendí ante sesenta metros cuadrados de techos altos y molduras preciosas en Paddington. Era de los abuelos de Max, así que él no pagaba alquiler y a mí me lo dejaba por un precio ridículo para ser Londres. Max estudiaba Fisioterapia. La primera vez que nos vimos para tomar un café, llegó con una camiseta de Snoopy, y cuando entré en el piso, me regaló una vela de bergamota y madera de cedro. Era directo y limpio. Me encantaba contarle mis dramas porque me decía lo que tenía que oír y punto, y también tenía un buen sentido del humor y muchos amigos guapos. Además, Olivia, su novia, era encantadora.

Entré a mi habitación y agradecí haber limpiado a fondo unos días antes. Me puse un set de chándal que usaba como pijama y me recogí el pelo. Había decidido escribir esa noche, así que preparé una infusión y saqué una tableta de chocolate con almendras ochenta y cinco por ciento de la nevera.

Absorbida por mi edredón, llegaban mis horas favoritas del día. Siempre he trabajado mejor de noche. Nadie espera nada, se da por hecho que hay un alto el fuego y ese tiempo es privado. Emplearlas

en algo era como hacer trampas: los minutos seguían pasando, pero no se descontaban del marcador. La noche no era tiempo libre, era tiempo extra.

Empecé a releer las *Metamorfosis*. En la universidad había asistido a un seminario sobre literatura latina en el que, entre otros, habíamos analizado este libro, en el que Ovidio explicaba los grandes mitos de los dioses griegos y romanos, e incluso fuimos a la Galería Borghese de Roma a ver algunas de las obras que había inspirado, pero habían pasado unos años y solo podía recordar con claridad la historia de Apolo y Dafne.

Cuando vi por primera vez la escultura de Bernini que representaba su relación, me quedé casi quince minutos en silencio. Contemplé las hojas de laurel, las raíces que le crecían de los pies a Dafne, atándola al suelo y castigándola a una vida estática. La escultura era tan delicada que suavizaba la crueldad de lo que ocurría: una mujer convertida en madera, en algo duro y terco, como medida de protección ante el error de otros. Un «hazte fuerte para que las cosas no te afecten» llevado al extremo. El poder obligando a una joven a renunciar a la ternura para que el mundo no la agreda. No había castigo para Apolo y ella debía vivir transformada en árbol.

Pero no lo había comprado para releerlo por placer. Me interesaba cómo trataba el concepto del cambio. En todos los mitos, Ovidio introducía la transformación como un proceso inevitable de la naturaleza humana. Hablaba del cambio como recompensa y como castigo: Acteón convertido en ciervo, Eco en voz, Narciso en flor... No sabía en qué punto estaba mi relación con los cambios, y cuando no era capaz de resolver algo, solía escribir sobre ello.

Oí el sonido de un mensaje. Era mi jefe: «Acabo de ver el informe, mañana hablamos». Miré la hora en la esquina de la pantalla: las

doce y doce.

Contra mi voluntad, calculé las que me faltaban para estar en la oficina. Cerré el libro y me acosté de lado. Pensé en Iris y en su activismo en defensa de la gratitud, y agradecí. Fui consciente de mi salud, de que soy una privilegiada, de mis amigas, de mi familia... Pensé en que al día siguiente ya era viernes y hasta le agradecí a Henry Ford que inventara el fin de semana. Tenía muchas cosas por las que estar contenta y, aun así, mi alegría jovial se veía aplastada en un segundo por el peso del palo que me daba aguantar a mi jefe un día más.

Llevaba casi un año trabajando en una *start-up* que había desarrollado una *app* para restaurantes, en un sector al que llamaban *hospitality tech*. Mi trabajo principal era hacer *copys*, pero mi jefe era un moderno con muchas ideas y cosas disruptivas por hacer, así que delegaba en mí casi todo lo que implicase sentarse y concentrarse durante más de diez minutos: informes, viajes, presentaciones... Además, tenía la mala costumbre de enviar cualquier idea sin importarle el día de la semana o la franja horaria. Según él, la creatividad no descansaba; según mis amigas, era un niño rico sin paciencia. Ya me había acostumbrado: se acabó mi ritual de gratitud.

Estaba segura de que al llegar por la mañana me tocaría repetir la presentación. Como Sísifo, condenado a empujar cada día la misma roca pendiente arriba tan solo para volver a empezar el día siguiente a los pies de la montaña. ¿Nunca decidió quedarse abajo? ¿Darse un día libre? Supongo que, al ver que cada día traía el mismo destino, yo hubiese renunciado en algún momento... Quizás él no sabía de la maldición y aún tenía la esperanza de llegar a la cima. Quizás creía que el retroceso era fruto del error y no de una elección hecha por alguien con más poder.

Me incorporé para apagar la luz. Pobre Sísifo, a lo mejor sí había aceptado su condición y seguía intentándolo por encontrarle un propósito, por darle un significado al castigo. Un día más, por hacer algo... Como yo yendo a la oficina.

Quería pensar que mi trabajo era algo cien por cien temporal, que no iba a empujar esa roca para siempre. Suponía que en algún momento tendría un trabajo que me gustara al menos. ¿Quizás debía buscar otro? ¿Aparecería en algún momento una oportunidad mágica? ¿Debía esperar a que Zeus contemplase mi desgracia y me mandara una nueva misión en la Tierra?

Sabía que era temporal hasta que no tuviese miedo a decir en voz alta lo que quería. Hasta entonces, ante la posibilidad de que el mundo me respondiera «pues no», prefería quejarme y pensar que el momento indicado llegaría. Mi empleo actual era un buen sitio donde esperar y, además, podía llevarme *kombucha* a casa. Era temporal como una medida de prevención durante una ola de frío: depende de la duración del mal tiempo.

3

Viernes, 6.30 h
En el altavoz, California Dreamin'*, The Mamas and the Papas*

Teníamos un balcón orientado al este, y los días de sol el comedor se iluminaba por las mañanas y se calentaba el parqué del salón. Solía sentarme en el suelo a tomar el café, apoyada en uno de los laterales del sofá, con los pies casi saliendo por el balcón. Los fines de semana me quedaba allí con mi libreta un buen rato, absorbiendo cualquier calor que se colase por la ventana y ordenando en mi cabeza los siguientes pasos del día.

Pero era viernes, así que solo tenía quince minutos antes de ducharme e ir a la oficina. Al coger el móvil para decidir las cinco canciones que sonarían durante el trayecto, me llegó una notificación de una *app* de citas.

Me la había instalado Alex en contra de mi voluntad hacía unas semanas. Con unas copas de vino, me pareció divertido e inofensivo, pero no dejaban de aparecer números en la burbujita de la *app* y sabía que en ningún momento me atrevería a abrirla, así que la borré.

Mi relación con el amor romántico era borrosa. Había estado saliendo mucho tiempo con un chico, pero ya llevaba un par de años soltera y me había acostumbrado tanto que me daba miedo y pereza a partes iguales abrirme a conocer gente.

Entré en la oficina y fui directa a hacerme un café. Vi que estaban pegando unas frases hechas en vinilo en una pared de cristal: «Témele a la zona de confort», «El cambio empieza aquí».

Pensé que trabajar en una *start-up* era una gran suerte dentro de la jungla corporativa de una ciudad como Londres. Me imaginé unas estructuras internas relativamente nuevas, aún libres de parásitos que llevaran años devorándola: comisiones de bienestar, inclusión, *teambuilding*... Si hubiera estado más alerta, habría podido oír el ruido de las termitas que la infestaban sin piedad para convertirla en el mismo tipo de empresa podrida, pero decorada con mesas modulares y cabinas para siestas. Lo cínico del buenrollismo tóxico. La misma alienación pero con una sonrisa.

No es que yo sea la persona más *woke* del planeta, pero me había ilusionado al pensar que en esa oficina mi existencia sería, quizás no celebrada, pero al menos no aplastada por los pilares tradicionales de la cultura del sacrificio. Me bastaron dos semanas para ver cómo funcionaban las cosas: exactamente igual que en cualquier otro sitio que no tuviera la etiqueta de «empresa eco» y compresas gratis en el baño.

Del mismo modo que mi código genético y el de Paige van justos de austeridad, el nucleótido de cualquier empresa es el ánimo de lucro. No negaba la voluntad de la gente de hacerlo bien, de apostar por la mejora y por las opciones veganas en las cafeterías de las grandes corporaciones, pero hacía tiempo que aplicaba el relativismo a mi vida y había aprendido que cuando la salud escasea, todo lo demás deja de ser importante. Y la salud de una empresa se mide en su balance financiero.

Si la empatía no la había llevado a autodenominarse ONG en el registro mercantil, seguiría confiando en su aparente progresismo hasta que el ADN se viera comprometido, hasta que la salud

financiera flaqueara. Y entonces las medidas embellecedoras y la *kombucha* bio gratuita se volverían superficiales.

A mis veinticuatro años no había decidido aún si el altruismo era una teoría y creía que sí que habría empresas dispuestas a hacerlo bien con sus trabajadores, aunque fuera pagando un alto precio —o dejando de cobrarlo—. Los únicos ámbitos en los que entendía que la gente diese sin recibir eran el amor y el arte.

—¿Me pasas la leche de soja?

Una voz me sacó de mis reflexiones.

—Sí, aquí tienes.

A media mañana me llegó un *mail* de mi jefe con cuatro directrices ambiguas para la presentación. Efectivamente, tocaba repetirla.

Paige me llamó para preguntarme dónde quería comer. Los viernes podía salir antes y, si hacía sol, a menudo íbamos a por un sándwich juntas para comerlo en la calle. Nada me apetecía más, pero aún no había terminado la presentación. Ella se marchaba todo el fin de semana a los Cotswolds a ver a sus padres, así que, sintiéndolo mucho, le dije que nos veríamos el lunes.

De una sala de reuniones salieron mi jefe y otros dos chicos con jerséis de cachemira y deportivas.

—¡Liz, qué bien que sigas aquí! —¿Por qué todo el rato hablaba como si presentase un telediario?—. Te he mandado ahora las notas de la reunión con los franceses, a ver si puedes hacer un gráfico bonito para redes.

—¡Sin problema!

—Y por la presentación, ni te preocupes, ya la tengo.

—Ah, pero te la iba a mandar ya mismo; estoy rematando un vídeo.

—Es que Eric ha hecho una y usaré esa, ¿vale?, tú tranquila.

No me dio tiempo a contestar. ¿Quién coño era Eric?

—Venga, ¡hasta el lunes! —Se despidieron entre ellos y me saludaron a lo lejos.

Miré a mi alrededor, vi a todas esas personas en sus mesas, tecleando y comiendo quinoa de un túper. Me preguntaba si eran felices, si aquello les parecía el último escalón de su carrera profesional. Quizás el problema era mío por ilusa, por sentir que mi existencia en ese edificio era culpa de alguien que usaba mi muñeco de vudú en un ritual de humillación. Por lo menos no sería la última en irme. «Cojo un bocadillo de ensalada de huevo del Health Bar y me voy», pensé. Iba también a por un batido de proteínas sabor vainilla, pero me encontré a dos compañeras junto a la nevera.

—¿Has visto el nuevo *layout?* —me preguntó una de ellas.

La empresa tenía otra sede en Róterdam, y algunos de sus trabajadores se habían trasladado a nuestra oficina, así que iban a reorganizar todas las mesas.

—No, he visto el Teams, pero no lo he leído. —Tenía muy poco sentimiento de pertenencia a mi puesto de trabajo, y pocas cosas me importaban menos ahora mismo que tener que mover mis cuatro bolígrafos negros 0.3 a otra mesa.

—Espero que los holandeses no vengan muy subidos, que allí están muy bien acostumbrados en tema condiciones —soltó la otra chica.

—Bueno, estuve ayer en una reunión con ese Eric, creo que se llama. Fue majo, tiene un inglés perfecto —dijo la primera y señaló con un gesto disimulado de cabeza a un chico que había en la cafetería, algo alejado de nosotras.

Vaya, así que el famoso Eric es holandés. Me giré para ver al culpable de que me hubiera perdido la comida del viernes con Paige

por estar terminando una presentación que fue sustituida por la que él hizo, presuntamente mejor y más rápido. Jo-der. ¿No se supone que los holandeses tienen que ser rubios? Era guapísimo.

—Es mono, ¿eh? —apuntó la otra chica—. Está en la tercera planta, al lado de la impresora 3D. Lo he fichado ya.

Tal vez mañana me levante y decida que necesito ver una impresora 3D en funcionamiento por primera vez en mi vida. Iris tenía razón: la vida puede empezar a sonreírte cuando menos lo esperas.

—Hay un par de chicas, Dios mío —siguieron hablando—, altísimas, delgadísimas, jovencísimas... Qué asco. —Se rieron a la vez y yo solté una carcajada sin saber por qué—. Uf, mira a esa. —En una mesa del fondo, una chica rubia, efectivamente preciosa, hablaba por FaceTime mientras comía una ensalada César.

Ovidio personifica a la envidia en las *Metamorfosis*. Aparece siempre entre oscuridad, siempre sucia. La describe como «pálida de celos» —de hecho, *envidia* en griego es *zelos*—. Si esas dos chicas hubieran tenido un poder sobrenatural, tal vez habrían seguido los pasos de Minerva y le habrían lanzado una maldición a la holandesa de ojos claros y piel sin arrugas para convertirla en Medusa y castigarla a no ser contemplada nunca sin causar dolor. Sus miradas contenían el mismo veneno que después brotaría de los colmillos de las serpientes que le saldrían a la pobre chica donde ahora tenía una perfecta melena sin *frizz*.

La envidia solo era un reflejo de sí mismas, un salpicón del charco de barro que tenían dentro, y quedarían petrificadas al ver que, negándole la belleza a otra, seguían sin ver la suya.

Agradecí que para mí fuera un sentimiento lejano. Podía mirar a las demás y apreciar su talento y su gracia sin pensar que ocupaban un espacio que me pertenecía. Eso había aprendido de mis amigas,

a apreciar las virtudes ajenas. ¿Cómo iban a ser un estorbo? ¿Cómo iba la bonanza de otras a recortar la mía? No era un bien limitado. Por el contrario, había comprobado más de una vez que identificarlas en las demás, incluso celebrarlas, facilita la tarea de identificar las propias. Con la alquimia adecuada, lejos de resentirme porque alguien había logrado sus objetivos, se convertía en un mapa hacia una nueva ruta por explorar, de mí para mí, que siempre terminaba en algo mejor.

Sin embargo, conmigo misma no tenía tanta consideración. Sí que me comparaba, sí que competía. Yo contra el reloj, contra una versión anterior que lo gestionó mejor, contra lo que debería haber dicho, contra mis pensamientos de domingo.

—A ver cuál se tira primero al jefe.

Ambas rieron aún más fuerte que antes, se despidieron y salieron de la cafetería. Por fin pude volver a ponerme el auricular que me había apartado de la oreja cuando se dirigieron a mí. Me quedé con la curiosidad de ver dónde me tocaría sentarme según la nueva disposición, pero no hice nada para averiguarlo. «Que la vida me sorprenda», pensé...

Al pisar la calle lamenté no haber aceptado cuando Paige me propuso ir con ella a pasar el fin de semana. Su familia vivía en una preciosa casa en la campiña. Sus padres eran interioristas, de ahí el ojo natural de Paige para la armonía estética. Su casa se alejaba de las típicas rectorías inglesas que a menudo imitan torpemente una elegancia añeja. Habían renovado un pequeño *cottage* añadiendo vigas de acero y derribando algunos muros para convertirlos en grandes ventanales con vistas al campo. El comedor estaba repleto de libros de fotografías de los que a mí me encantaría tener para adornar largas mesas de madera, y en la cocina siempre había hortensias blancas y limones.

Cuando los conocí, además de su innegable poder adquisitivo, me sorprendió su calidez. Por como Paige hablaba de ellos, esperaba encontrarme dos rocas frías y elitistas cuya vara de medir era el éxito profesional. Eso daba a entender ella, que siempre se quejaba de su exigencia, como si la hubieran entrenado desde pequeña para que fuera la mejor en todo. A mí no me parecían demasiado estrictos; al contrario. Me daba la sensación de que habían construido una vida cómoda y, simplemente, la querían conservar. Eran realmente encantadores.

Otro viernes por la tarde sola, pues. En el último año no había conocido a mucha gente, no había explorado nuevos intereses y había abrazado mi rutina como una zona de seguridad. Eso tampoco era malo, pero sabía que me faltaba acción. Además, ese comportamiento coincidía con mi reciente afición a no arriesgar en nada. Me convencía a mí misma de que estaba viviendo el presente sin prisas, disfrutando de aquella etapa sin pensar en la posibilidad de otras vidas paralelas, pero también sabía que lo usaba de excusa para no exponerme a la incertidumbre del qué pasaría: ¿y si me paro a pensar en mi día a día y descubro que nada de lo que estoy haciendo me convence?

Decidí ir a GAIL's, un café con mucha madera y bollos de canela en el que siempre había *freelancers* con portátiles. Abrí el documento donde anotaba ideas para el guion e intenté escribir un rato. No estaba demasiado inspirada. Me agobié un poco e hice lo de siempre en momentos similares: llamé a mi madre.

Descolgó al segundo, como solía. Hablamos de mi hermano pequeño y de cómo le iba en la universidad, activó la videollamada para enseñarme a mi perro dormido en el sofá y me escuchó paciente mientras le contaba la aventura de la presentación y la feria

que tenía que organizar. Mi madre era la mejor. Supongo que como la mayoría de las madres, pero la mía más.

Mudarme lejos de mi familia había sido duro. En casa éramos un equipo. Sabía que era muy afortunada por haber crecido en un núcleo familiar así, tan poco dramático, y también sabía que no se esperaban mi decisión de venirme a Londres cuando se lo dije. Aun así, venían a visitarme muy a menudo y los llamaba cada día para contarles cualquier pequeño acontecimiento mientras compraba en el supermercado o fregaba los platos, así que los sentía cerca constantemente.

Cuando colgué me sentí más relajada y pensé en cómo mantenerme así durante un rato, como cuando te calienta un rayito de sol después de días de nubes y te detienes a notarlo en una zona exacta del cuerpo. Sabía que me iría genial ir a casa unos días, ver a mis padres y dormir en mi habitación: eso era como quedarme el rayito para mí un buen rato. Pero ese mes iba un poco justa de dinero, así que tendría que esperar.

Un café y un bollo de pistacho después, recibí un mensaje de Max para decirme que había salido ya la tercera temporada de *TheWhite Lotus,* y que si quería pedir comida a domicilio y hacer una maratón esa noche.

Eran momentos como ese, el mensaje de un amigo en el momento correcto, los que me hacían seguir apoyándome en mi zona de seguridad cuidadosamente construida en esta nueva ciudad vínculo a vínculo. Por cosas así dejaba de juzgarme durante un rato. Me olvidaba de que tendría que estar haciendo algo más, o distinto. Iba a tumbarme en el sofá con mi compañero de piso y vería seis capítulos seguidos de una serie. Era mucho más que suficiente por ahora.

4

Sábado, 9.30 h
En el altavoz, Englishman in New York*, Sting*

Aprovechando que éramos las únicas en la ciudad, había quedado con Alex para ir a Alfies, un mercadillo de segunda mano cerca de Baker Street. No estaba lejos, así que decidí terminar de exprimir el buen tiempo e ir a pie mientras escuchaba un *podcast* de mujeres en el mundo empresarial.

Apareció diez minutos tarde, con sus auriculares de cable y su bicicleta de aluminio mate. Llevaba pantalones cargo marrones, deportivas de montaña, una riñonera cruzada y una sudadera roja a conjunto con una diadema que quedaba genial en su pelo rubio y rizado. Su aspecto realmente encajaba con su carácter, impulsivo y aparentemente despreocupado, chulesco. Bajó de la bicicleta y me señaló. Abrió la boca como si fuera a soltar un grito de emoción y se quitó los auriculares.

—¡Estás preciosa! —me dijo al abrazarnos—. Necesito un *matcha* ahora mismo. —Nos sentamos en una terraza—. ¡Ay! ¿Has visto las fotos de Iris?

—¿Qué? No, ¿qué fotos? —Instagram no era lo mío.

Estaba con su novio en la costa de Portugal e iban a quedarse hasta el lunes. Llevaba semanas hablando de ese viaje. Tenía el presentimiento de que él le iba a pedir matrimonio y ella iba a gritar «sí, quiero» tan fuerte que la oiríamos desde Londres.

Alex me acercó su móvil con el perfil de Iris abierto. Me fijé bien en las fotos: estaba sentada en la mesa de un restaurante sujetando lo que parecía ser un Bellini. Sonreía de oreja a oreja y llevaba un vestido rosa empolvado, un sombrero de rafia y unas gafas de sol con montura de pasta blanca, muy Iris. Se veía el mar de fondo y tuve el presentimiento de que, efectivamente, estaba prometida. Conociéndola, si no era así, estaría demasiado devastada como para subir fotos en redes.

—Dios, creo que sí. Tiene toda la pinta.

—Tía... —Se sumó rápido a mi hipótesis—. Se lo ha pedido seguro, ayer subió una foto en un jardín de rosas blancas.

La historia de Chris con Iris era muy distinta a la de John y Paige. Llevaban juntos muchos años. Él era la viva imagen de la clase alta británica: chaqueta Barbour, guantes de piel, familia con propiedades en las afueras. Un buen chico que la trataba increíblemente bien, y que seguramente hizo frente con elegancia y cariño a las preocupantes pero indudables discrepancias de su familia respecto a su noviazgo con Iris.

No había nada malo que decir, todas sabíamos que Iris siempre anteponía el bienestar de Chris al suyo, se desvivía por él, pero se la notaba radiante haciéndolo, como si le hubieran dado el papel principal en la audición que llevaba preparando toda una vida. Le venía como anillo al dedo, nunca mejor dicho.

El sitio se empezó a llenar, así que decidimos ir entrando al mercadillo. Al cruzar la puerta, Alex se camufló de repente con todo el mundo.

—¿Es el uniforme de los modernos? —le dije, señalando primero sus zapatillas y luego los tres pares más que había en una ratio de diez metros cuadrados.

—Cállate —me respondió vacilando—; cuando andamos por Chelsea, parece que todas habéis atracado el zapatero del abuelo con tanto mocasín.

—Chapó —dije riéndome y contemplando mis nuevos mocasines, que me encantaban.

Alex se había mudado a Londres desde Barcelona. Nos conocimos por un grupo de Facebook para estudiantes internacionales al que la gente mandaba convocatorias para fiestas y excursiones de día. Coincidimos una tarde en un taller de pintura en la Tate Modern y resultó que conocía a Iris, así que el clic fue fácil. Además, estábamos en la misma universidad: ella había empezado Antropología e Historia, pero lo dejó a medias por un grado de Diseño Gráfico. A día de hoy no estaba segura de si lo había terminado.

Era enérgica y vital, la personalidad se le desbordaba del cuerpo sin quererlo. No podía no ser ella, a veces se volvía incluso arrolladora. Conocía a mucha gente y se apuntaba a cualquier aventura sin pensarlo. Alex no practicaba la evaluación de riesgos.

Ojeé por encima unos vaqueros Levis Vintage y un par de bailarinas de piel. Vi una mesa llena de vinilos y le compré dos a Paige por cinco libras. Le encantaban el *jazz* y los coches antiguos, y todo lo que te esperarías encontrar como decoración en la cueva de un hombre de cincuenta años, como una colección de botellas de *whisky* y una caja de puros.

Terminé llevándome piezas sueltas de una vajilla de estilo victoriano que pensé que quedarían genial en mi futuro piso de balcones altos y estilo parisino —que no sabía cómo conseguiría permitirme—, con el que soñaba a diario.

Encontré a Alex mirando joyas. Siempre llevaba miles de anillos y collares que compraba por el mundo. Lejos de parecer un pandillero

del Bronx, le quedaban genial, formaban parte del personaje. Yo siempre llevaba el mismo reloj y una fina cadena plateada con un pequeño diamante que me autorregalé por mi graduación.

Nos sentamos a comer y me preguntó por Paige.

—Está muy loca con lo de Dinamarca, ¿no? —soltó con un tono que yo conocía bien.

—Bueno —me puse un poco a la defensiva—, lleva mucho tiempo buscando una oportunidad así, quiere que le salga un proyecto fuera e irse una temporada.

—Sí, sí, pero es que me cuesta entenderlo. Está forrada, podría irse mañana si quisiera, pero nunca disfruta de donde está. Solo piensa en trabajo, tía, nunca es suficiente.

Sabía que Alex chocaba con Paige en lo laboral. A menudo hablaba de su ambición como si fuera un espejismo que la alejaba de la vida real. Según ella, el hambre voraz por lograr más y más no era más que una trampa vacía. También sabía que en el fondo la admiraba profundamente. Representaba aquello que ella parecía no querer, o no saber encontrar: la obsesión por trazar el camino correcto, el inconformismo hacia todo lo que no apuntase en la dirección deseada.

Paige tenía tan claro el punto final que no se detendría nunca a mirar a los lados por si había algo más, y Alex tenía tanto miedo a equivocarse al elegir la ruta, a llegar y que no fuera lo que esperaba, que había terminado por rechazar la existencia de una meta y defendía la importancia de emprender mil caminos y perderse en ellos. Yo podía entenderlas a ambas, pero simpatizaba mucho más con Paige. En mi interior también existía una presión constante por avanzar, por lograr más.

—Tú estás todo el rato cambiando de trabajo y buscando cosas nuevas. Alguien podría pensar que tampoco disfrutas de donde estás

—le solté.

Se quedó pensando y me respondió relajada.

—Tía, es distinto. No siento la necesidad de lograr cosas enormes y priorizar el dinero. Es como que lo que me hace feliz es más sencillo. Me da igual ir cambiando de trabajo, mi sueño no es un trabajo.

—Alejandra, no me jodas. Vives en el centro de Londres y llevas zapatillas de ciento ochenta pavos.

Pocas veces la llamaba así. Cuando llegó a Inglaterra, descubrió que a la gente le era mucho más fácil llamarla Alex, y además le parecía un nombre bastante más guay, así que básicamente se lo cambió, pero a mí me gustaba usarlo entero cuando me enfadaba con ella o quería sonar mucho más seria. Ella hacía lo mismo conmigo. A todos aquí les costaba mucho pronunciar *Alicia,* y como Alice no me gustaba porque me recordaba a *Crepúsculo,* las chicas me apodaron Liz por unanimidad.

—Las he pagado en tres plazos sin intereses —respondió enseñándome las zapatillas por un costado de la mesa. Me tuve que reír.

A mí no me salían las cuentas, pensaba que el dinero también tenía que llegarle de algún lado. Alex era del tipo de persona a la que no sabes cómo, pero siempre le funciona todo bien. La típica que aparcaría cada día en zona prohibida y nunca le pondrían una multa. Siempre le echábamos en cara que tenía una flor en el culo.

—¿Sabes que viene Neel unos días a Londres? —dijo sin apartar la mirada de su *ramen.*

No tenía ni idea. Neel era el hermano mayor de Iris. Él y Alex habían estado liados hacía unos años y se llevaban genial. En realidad, todas nos llevábamos genial con él. Era la antítesis de Iris, cosa que hacía la dinámica entre ambos mucho más graciosa.

Se había ido de Londres nada más terminar la carrera y llevaba tres años viajando por el mundo. Iris decía que estaba escapando de sus responsabilidades, pero a él se le veía muy poco preocupado por estar desatendiéndolas.

—Solo unos días, hace escala antes de volar a Japón, creo. Ya le he dicho que reserve una noche para salir todos juntos. —Siempre que íbamos con él de fiesta acababan liándose, y a Iris siempre le costaba un par de semanas recuperarse de verlos en acción.

Me insistió para que fuera con ella y sus amigos de la universidad a tomar algo. Me daba bastante pereza, pero era sábado, así que, seguramente, la novia de Max estaría en casa y quería dejarlos un rato a solas. No me encanta salir de fiesta, pero lo cierto es que cuando me veo a mí misma en situación, siempre acabo pensando que debería hacerlo más a menudo.

Cenamos en un coreano diminuto en el que servían alitas de pollo con veinte sabores distintos y terminamos aprendiendo a hacer remolinos en la botella de *soju* y bebiendo con las camareras. Estuve todo el rato riéndome y no llegué a casa hasta pasadas las tres. El domingo pasó como suelen pasar los domingos: rápido y de la mano de una mezcla extraña de emociones que preferí no pararme a analizar.

5

Jueves, 17.00 h
En los auriculares, Mr. Brightside*, The Killers*

Cuando me enteré de que *Mr. Brightside* habla de las paranoias de un chico que cree que su novia le es infiel, me hizo muchísima más gracia. Para mí, ese sentimiento tiene forma de nudo, como papiroflexia en el estómago. En cambio, la canción es como un salto enérgico, como rendirte al porvenir con el pecho abierto. Siempre la elegía en los karaokes.

Iba siguiendo el ritmo ligeramente con los dedos en la barandilla de metal del vagón del metro cuando se anunció la siguiente parada y me abrí paso para bajar. Pisé la acera y aseguré las asas del bolso en el hombro. Levanté la cabeza, ya no hacía sol. De hecho, calculé que al día le quedaban pocos minutos de luz. Aun así, me puse mis gafas estilo Wayfarer. Hacían un poco más chic mi *burnout*.

La empresa iba a participar en una feria en pocas semanas y me estaba encargando de lo que llaman la *brand story:* hacer de una *app* para elegir comida algo con alma, y que quedara bonito en un estand. No era complicado, podía elegir tipografías y colores, incluso esa mañana había hecho un *moodboard* en Pinterest.

Noté que estaba acelerada. Solía pasarme cuando llevaba días sin hacer nada emocionante, o cuando esperaba ansiosa un plan concreto. Me alteraba más de la cuenta; en el fondo era una ilusión. Sentía que, si me movía más rápido, quizás llegaría antes un

momento que me apeteciera vivir. O quizás era que la semana había sido bastante aburrida y solo estaba impaciente por llegar al *pub,* ver a mis amigas y tomarme un martini y unos *fingers* de *mozzarella.*

Nunca sabré si la voz interna de los demás también les da la misma caña que la mía. Es una bendición no aburrirse nunca gracias a tu propio monólogo, pero no estaría mal saber encontrarle un interruptor.

Al llegar a The Crown solo estaba Iris, sentada como siempre: hombros relajados, cuello estirado y la mitad de su melena oscura reposando milimétricamente a la altura de sus clavículas mientras la otra se recogía en un moño con una minipinza. Intenté mirarle las manos, pero las tenía debajo de la mesa, así que no pude lanzarme a abrazarla y chillar como sabía que querría que hiciéramos una vez que anunciara su compromiso.

—Hola, reina. —Dejé caer el peso de mi bolso en la mesa y la miré aliviada—. ¡Qué ganas tenía de llegar!

—No puedo más —dijo fijando en mí una mirada hambrienta. Levantó el brazo izquierdo y me mostró el dorso de la mano—. ¡Lizzy, me lo ha pedido!

—¡Iris! —exclamé aún de pie, y abrí la boca haciendo el mayor gesto de asombro humanamente posible. Se levantó y me abrazó con una fuerza sorprendente para su tamaño liliputiense—. ¡Ahora nos lo cuentas todo! —le dije con un interés genuino que me sorprendió a mí misma.

—¡Síííí! Fue perfecto —exclamó sentándose de nuevo y con una mirada embelesada.

Aparecieron oportunamente a la vez Alex y Paige, así que pudimos hacer un 2×1 y la gran revelación solo se repitió una vez. Al vernos saltar y abrazarnos como si hubiéramos ganado el Euromillón,

Marcus vino, dejando la bandeja en otra mesa, y se unió a la celebración.

—Creo que no he sido más feliz en mi vida, estoy «paralizada de felicidad» —dijo Iris citando uno de sus libros favoritos, *El gran Gatsby*.

Finalmente nos calmamos y la escuchamos atentas mientras nos contaba encantada su viaje a Portugal.

—Y me llevó a un jardín de rosas blancas... Y cenamos en un balcón que daba al mar... Y es justo el anillo que había visto en la tienda de New Bond Street que le dije...

No nos miraba a los ojos, miraba a todos lados con una expresión de descanso al comprobar que sus fantasías más profundas se habían cumplido, y me sentí plenamente feliz por ella.

De pequeña pensaba en lo desgraciada que sería si no tenía un grupo de amigas, y cuando lo tuve, me sentí desgraciada porque el vínculo no me parecía fuerte. Me daba miedo no llegar nunca a tener una respuesta clara ante la pregunta: «¿Quién te cogería el teléfono y acudiría si llamas un día de madrugada pidiendo ayuda?». Sabía que no venía de sentir que nadie querría tener esa responsabilidad, sino de pensar que nunca querría a alguien con quien no tuviera una relación romántica tanto como para acceder gratamente a ser su llamada de socorro una mala noche. Si yo no era capaz de hacer eso por nadie, ¿quién lo haría por mí?

Ahora miraba a Iris y sentía que su alegría era la mía, su alivio era el nuestro. Las chicas de mi oficina quizás hubieran invocado a Envidia y hubieran intentado encontrar fugas en su perfecto cuento de amor, pero yo solo quería que esa euforia le durase para siempre. Pensé en lo equivocada que había estado años atrás, negándome el placer de confiar en que encontraría amigas de verdad.

El *afterwork* se convirtió en una fiesta. Marcus nos invitó a patatas fritas trufadas e incluso Paige cambió su tónica habitual por un vaso de *whisky* con hielo. En un momento me la crucé a la salida del baño y le pregunté si había novedades acerca de Copenhague.

—Uf, tía, sí, y buenas.

Acordamos que después iríamos a su casa y me lo contaría bien; ahora era el momento de Iris. No parábamos de lanzarle preguntas.

—¿Dónde será la ceremonia?

—¿Tendrás más de un vestido?

—Lo que sé es que no quiero despedida de soltera, me parece muy hortera.

—A mí también —intervino Alex.

Me estaba sintiendo muy orgullosa de ella, porque todas sabíamos que las bodas en general le parecían muy cursis y anticuadas, pero no estaba dejando entrever ni un atisbo de rechazo por la ilusión de su amiga.

—Y no sabéis las ganas que tengo de decir en el trabajo que no hace falta que me renueven el contrato —suspiró Iris.

—¿Cómo? —No entendí la relación entre su boda y lo que acababa de decir.

—Sí, se me termina el año que viene y ya estaba buscando una excusa para no renovar, pero ahora está claro que lo dejo.

—¿Chris quiere que lo dejes? —preguntó Alex, ya con un tono mucho más serio ante el que yo no iba a rechistar, porque me estaba haciendo la misma pregunta.

—No, no es eso. De hecho, no se lo he dicho aún, pero vamos... Lo hemos hablado mil veces.

Iris era enfermera en un hospital. Conoció la estabilidad laboral mucho antes que nosotras, tuvo un buen sueldo mucho antes que nosotras. Le parecía abrumador nuestro ir y venir de crisis y

aspiraciones en lo que al trabajo se refería. Lo cierto es que no parecía tener vocación, aunque yo siempre había pensado que, simplemente, no la expresaba, pues debía de ser imprescindible para hacer un trabajo así. En ese momento caí en que Iris nunca nos hablaba demasiado del trabajo.

—Iris, ¿no lo dirás en serio? —tomé la iniciativa—. Tienes un buen sueldo, te costó mucho encontrar esta plaza.

La nube de optimismo que nos había acunado toda la tarde pareció disolverse y se convirtió en silencio. Miré a Paige. Sabía que no diría nada, pero que por dentro no era capaz de procesar que alguien entendiera dejar el trabajo como el paso lógico ante una propuesta de matrimonio.

—¡Y que no! ¿Cómo vas a vivir de otra persona? —preguntó Alex, quien no era nada fan del capitalismo, pero aún lo era menos de la familia patriarcal tradicional.

—Pero si tú eres la primera que se daría a la vida contemplativa si pudiera —le contestó Iris.

En eso estábamos de acuerdo, nadie replicó. Nos encontramos todas inmóviles ante un conflicto moral que atravesaba distintos frentes.

—Pero ¿qué vas a hacer todo el día? —dije yo torpemente, ya que, si dispusiera de un cuantioso fondo, tampoco tendría ningún problema en encontrar cosas con las que aburrirme para pasar las horas.

—Pues vivir, hijas, no sé —sentenció sin alterarse. Era realmente de admirar su templanza, sí que encajaría bien en los superficialmente intachables círculos de la clase alta inglesa.

Paige seguía sin decir nada y me estaba empezando a hacer incluso gracia imaginar su cerebro cortocircuitando.

Sabía que no llegaríamos a ninguna conclusión, y que menos aún le haríamos ver lo arriesgada que era esa decisión, porque para Iris significaría poner en duda la integridad de Chris como futuro marido. Sin embargo, para mí el problema sí que recaía en lo económico. Por mucho que ella creyera que el motor del mundo era el amor, lamentablemente las cosas se compraban con dinero, no con abrazos. ¿Cómo podría dormir en paz sabiendo que no tenía de dónde sacarlo por su cuenta? ¿Era posible confiar tanto en que alguien iba a proveer por ti? Quizás, pero ¿por qué querría cargar sobre otra persona esa responsabilidad?

Terminamos las copas buscando otros temas de que hablar. Al rato un taxi vino a recoger a Iris. Nos dijo adiós alegre y entre abrazos, sin ningún rastro de malestar por nuestra reacción a su idea de dejar de trabajar.

Fue entonces cuando Paige inspiró profundamente, supongo que desbloqueando mentalmente el chacra de la garganta, y encendió el cigarrillo a la vez que me ofrecía uno. Lo acepté.

—Hay que hacerle entrar en razón —dijo preocupada.

Les pregunté si Chris tenía tanto dinero como para mantenerla a ella y, seguramente, a los tres hijos para los que Iris ya tendría el nombre pensado.

—Que hablamos de levantar una familia con un sueldo, eh... —En ese momento me sonó el teléfono—. Ay, no... Mi jefe. —Hice una mueca.

—¡Qué pesado, Dios! Ni le respondas, eh, estás durmiendo —me vaciló Paige.

No cogí la llamada, así que envió un mensaje al minuto: «Que no se te pase el *check-in* para el vuelo de mañana, por favor».

Respiré hondo, decidí seguir.

—Que tiene veinticinco años, que se pueden divorciar... Entonces, ¿qué?

—No es eso, amor —me dijo Paige—. Ojalá yo confiara tanto en la voluntad de un tío para hacerme bien; es más, el hecho de que no la haga sentir enjaulada... ¿No se agobia? A mí me haría sentir cero realizada, me estancaría.

—Ya, pero no todo el mundo se siente realizado por su trabajo —apuntó Alex—. Yo me sentiría realizada si pudiera pasarme el día pintando o plantando tomates en un huerto.

—Pero eso ya es hacer algo. —Siguieron debatiendo—. ¿Qué hará ella?

Lo cierto es que intenté visualizar a Iris ante un lienzo en blanco de tiempo y posibilidades y me costaba imaginar qué haría. Sabía lo que harían Paige y Alex si se encontraran en esa situación, pero, por alguna razón, se me hacía difícil imaginar qué pasiones elegiría Iris para cultivar, y a la vez me sentía culpable por pensar que sacar adelante un proyecto familiar no era ya un trabajo más que digno y que podía hacerla completamente feliz.

En ese momento pude añadir un par de matices a mi hipótesis acerca del altruismo. Es cierto que el amor era uno de los ámbitos en los que yo pensaba que los humanos dábamos sin esperar nada a cambio, pero cuando a ese amor se le prestaba dinero, ¿había que entenderlo como una donación? No estábamos hablando de pagar una cena, hablábamos de dejar de tener ingresos propios. ¿Era una inversión? Si era así, ¿qué ganancias se esperaban?

Se hizo bastante tarde. Mientras nos levantábamos de la mesa, le pregunté a Paige por los avances en Copenhague.

—Como novedades, hablé con un par de contactos en Dinamarca y me dieron superbuen *feedback* sobre mi idea. Ahora falta que en el estudio la valoren igual.

—A mí me mandó los dibujos y es una pasada —dijo Alex mirándome y asintiendo con la cabeza.

—Seguro que eligen tu propuesta.

Puse punto final a nuestra velada. Paré un taxi y en la radio sonaba *Voglio vederti danzare,* y me imaginé dando vueltas con una falda de vuelo blanco en algún paisaje mediterráneo. Echaba mucho de menos el mar.

También pensé que al día siguiente era viernes y que aún tenía que ir a trabajar. Aún. Como si fuese a llegar un día en que no tuviese que hacerlo. Quizás debería comprar lotería, o casarme con un jeque. ¿Cómo podía juzgar a Iris por aprovechar un escenario favorable que le permitía no entregar su juventud a una gris fuerza de producción? Me daba vértigo pensar en todos los años que me quedaban para seguir quejándome. Podría llegar a morir de descontento. Quizás me iría consumiendo por dentro hasta ser tan solo un cuerpo cansado que clama sin cesar contra su mala fortuna. Como Eco, condenada a un lamento interminable, incapaz de hablar más que repitiendo los sonidos de otros. Tal vez podría pasar una eternidad diciéndome a mí y a todo el mundo que no quería ir a trabajar mañana. Y lo mismo al día siguiente, y al siguiente, y así por décadas.

¡Joder, el maldito *check-in!* Era increíble tener que prepararle los vuelos a un joven que se autodenominaba «ciudadano del mundo»; en fin. Lo hice desde el móvil durante el trayecto a casa.

6

Sábado, 10.00 h
En el altavoz, Snow (Hey, Oh)*, Red Hot Chili Peppers*

Llevaba un buen rato sentada en el suelo del salón con mi café y mi libreta. Max había bajado a por bollos y ahora se comía una napolitana de chocolate apoyado en la encimera de la cocina mientras cantaba a pleno pulmón. Yo iba tocando con fuerza una batería invisible y me sumaba a los *«hey, oh».*

Paige me mandó una foto. Era su mano cogiendo una pequeña bandeja de frambuesas en lo que parecía un supermercado bio de los que frecuenta, y en los que a mí me encantaría poder hacer la compra, pero a los que voy solo a mirar. Me fijé en la etiqueta: 5.55£.

Pensé que eran salvajemente caras, pero sabía que no me había enviado la foto por eso. Respondí con un «??» totalmente retórico, y al segundo escribió: «555: símbolo de cambio y nuevos comienzos. Hoy se abre la puerta a cualquier oportunidad!!». «Qué nervios», le contesté. Era increíble. Pero me la tomaba en serio.

Finalmente, me digné a entrar en la ducha. De fondo escuchaba aún a Max cantar. Me había comido mi cruasán de almendras, no llovía, tenía veinticuatro años y vivía en un piso precioso en Londres, tenía buenas amigas y me gustaba mi aspecto. Tenía salud y, muy a mi pesar, un trabajo. Aun así, sentía dentro un crepitar, un runrún... ¿Qué podía, en mi interior, estar pidiendo a gritos que me sintiera

insatisfecha? «Está todo bien», me repetía. Intentaba hacer memoria y recordar si eso era un estado constante, o si en otras épocas de mi vida las emociones se movían más despacio.

—Oye, ¿tienes plan esta tarde? —me gritó Max a través de la puerta del baño.

—No, quería ir a hacerme las uñas —grité de vuelta. Entreabrió la puerta.

—Una amiga ha escrito un libro y hace hoy la presentación. No la conoces, pero creo que te caería bien, y como a ti te encanta leer y esas cosas...

Paré el agua.

—¿Quieres llevarme a ver con mis propios ojos como alguien es capaz de lograr uno de mis mayores sueños a una edad temprana?

El comentario era para provocar. No era una cuestión de envidia. Sentía curiosidad por saber cómo lo había publicado, pero implicaba que lo había conseguido. Entonces aparecería ante mí la cruz en el mapa, dejaba de ser algo ilusorio y se convertiría en una cuestión de voluntad. Quizás eso era lo que me daba miedo, que la amiga de Max, lejos de causarme una tremenda inseguridad, me inspirara, y entonces tendría que intentarlo.

—Venga, no quisiste venir conmigo a la maratón y te arrepentiste. —Max y Alex la habían corrido el año anterior.

—¡Me arrepentí de no haber ido a veros, no de no correr! —le dije decepcionada, porque si me conociera lo suficiente sabría que ni me habría planteado la opción de correr cuarenta y dos kilómetros.

—Vamos, Liz. Tampoco tienes otro plan.

Me vinieron a la cabeza las frambuesas de Paige y su mierda de número angelical de las oportunidades.

—Venga, vale. —Estaba segura de que era un error—. Pero es muy temprano, ¿no? ¿Me da tiempo antes a hacerme las uñas?

—Sí, te mando la ubicación. ¡Me voy a comer con Olivia y nos vemos allí a las cinco!

—¿Hay *dresscode?*

Se escuchó un portazo y ya no me contestó.

Cuando llegué, estaba de pie en la entrada, comiendo lo que parecía yogur.

—*Bon appétit!* —lo saludé, y después pensé en qué tipo de persona tienes que ser para comer un yogur de pie en la calle.

La presentación era cerca de Green Park Station, no más de veinte minutos de camino en bus por uno de los laterales de Hyde Park. Me esperaba alguna librería *indie* revolucionaria de Brick Lane o algo por el estilo, y me sorprendió ver que la amiga de Max había elegido una zona bastante más relajada.

—¡Ey! Qué bien que no te has rajado, Madeline te caerá genial.

Entramos por el vestíbulo del edificio y empezamos a subir unas escaleras enmoquetadas. Le pregunté de qué la conocía, intentando que no pareciese que no confiaba en que sus amigos leyeran libros, y mucho menos los escribieran.

—De cuando fui a Tailandia a hacer surf; ella estaba haciendo algo de profesora de yoga.

—Ah, ¿el libro es de autoayuda o algo así? —le pregunté, pensando que entonces hubiera sido más acertado invitar a Paige, y también confundida por que alguien eligiera un edificio de estilo georgiano en medio de Mayfair para presentar un libro sobre encontrar tu propósito en Tailandia.

—No, no, qué va —dijo mientras tiraba el yogur en una papelera —. Es de ficción, algo de sociedades secretas, creo.

—¡¿Qué dices?! —exclamé deteniéndome en uno de los escalones —. ¡Me encantan esas cosas!

Max me miró extrañado.

—¿Por qué coño crees que te he dicho que vinieras?

Quizás sí me conocía más de lo que yo pensaba. De repente me hizo mucha ilusión estar allí.

Siguiendo por un pasillo, entramos en una sala con paredes de papel pintado y grandes estanterías de madera blanca hasta el techo que llenaban la estancia de libros. Había ventanales igual de altos, molduras florales y una chimenea apagada con un atril de metacrilato delante. Supuse que allí era donde aparecería Madeline.

Calculé que habría unas setenta personas y me puse a intentar encontrar patrones para descifrar el tono general del público. La mayoría rondaba la treintena, pero no parecía haber un hilo conductor. Había mujeres con tacones y vestidos grises hasta la rodilla hablando con chicas en vaqueros y Adidas Samba; señores mayores con camisas claras y zapatos de vestir compartiendo copas de vino con los que probablemente eran amigos de Max, ya que llevaban su misma combinación de bigote con pendiente de aro y pantalones *carpenter.*

Siendo honesta, si yo escribiera alguna vez un libro, no sé si encontraría setenta personas para que fueran a la presentación. Pero si pudiera imaginarla, la haría en un espacio prácticamente idéntico a ese.

Ahora sentía aún más curiosidad. Quise preguntarle a Max qué editorial estaba detrás, pero pensé que no tendría ni idea y que sería más rápido buscar algún cartel por la sala. También busqué entre los asistentes. ¿Qué aspecto tiene una escritora de libros sobre sociedades secretas que es también profesora de yoga y a quien le

gustan, presuntamente, los espacios de estilo clásico en el centro de Londres? ¿Quién era Madeline?

El fenómeno fan siempre me ha parecido curioso. A lo largo de mi vida he sido fan de alguna cantante, de un equipo de fútbol, a ratos de algún actor, pero nunca había sentido la llamada que había visto en otra gente, esa oda a un desconocido, ese tipo de relación parasocial, como tatuarse en honor de un deportista, los pósteres en la habitación... El fanatismo me era incómodo. Sin embargo, Madeline llevaba tan solo cinco minutos hablando, y ya me parecía lógico pensar que miles de personas podrían adorarla.

No me sorprendió para nada que, por si fuera poco su innegable elocuencia con las palabras, además, fuera guapísima. Había sido premiada con un carisma arrollador, de esos de los que hacen —o quieren hacer— gala las protagonistas de las comedias románticas.

Habló de sus estudios no terminados de Antropología, de su fascinación por los misterios antiguos. Contó que *La búsqueda* era su película favorita y mencionó *One Piece* y a Harriet Chalmers Adams en el mismo discurso, y lo hizo sobre unos tacones de diez centímetros que tenían toda la pinta de ser de The Attico.

La gente aplaudía, ella sonreía, y yo solo podía pensar en que quería ser su amiga, quería saber más.

Max me miró alegre, y con una energía tremendamente inofensiva para un hombre de metro noventa y dos.

—¿A que es genial? —me dijo—. Es una tía superinteresante.

Mi lista mental de preguntas no hacía más que crecer. ¿Cómo había logrado pasar de ser una entusiasta de las leyendas sobre ocultismo a publicar un libro y presentarlo ante setenta personas? ¿Cuántos años tenía? ¿A qué se dedicaba? ¿Era rica? ¿Eran sus padres ricos?

Me interrumpió uno de los amigos de Max, que le dio con fuerza una palmada en la espalda para saludarlo: «¿Qué tal, tío?». Se quedaron hablando y me acerqué a una mesa donde había unos veinte ejemplares del libro cuidadosamente expuestos: *El eco de Babilonia*.

Pensé que el título no era muy pegadizo, ni conciso ni moderno, pero estaba impreso en tapa dura, así que supongo que cumplía su función. Compré un ejemplar. Pensé que pedirle que me lo firmara sería probablemente la manera más suave de iniciar una conversación.

Busqué de dónde provenía el vino y me dirigí hacia la chica que llevaba diez copas de tinto en equilibrio en una bandeja plateada. Di un par de vueltas por la sala, notando como se hundía ligeramente la moqueta a mi paso. Controlé con todas mis fuerzas mis ganas de sacar el teléfono del bolso. Si algo he aprendido de Paige, es que una persona derrocha mucha más seguridad si sabe estar sola rodeada de gente y no agacha la cabeza sobre una pantalla. De repente vi que Madeline se acercaba a Max, así que era mi turno.

Me presentó como su compañera de piso.

—Es superinteligente y también lee mucho y le encanta escribir. Estudió literatura.

—Supongo que ya sé qué poner en mi biografía de LinkedIn —bromeé—. También me gustan los zapatos, los tuyos son preciosos, por cierto —dije mientras le tendía la mano.

El mundo del feminismo neoliberal había dividido a las mujeres en dos grandes grupos: aquellas a las que les gustan la ropa, el rosa y los bíceps, y las que han renacido como guerreras destructoras de estereotipos y, por lo tanto, saben leer, se preocupan por cosas mucho más importantes que su aspecto y son tremendamente distintas. Hacía años que yo, cada vez rodeada de más mujeres

preciosas, a las que había visto gritar por no conseguir un bolso de edición limitada, y que a la vez luchaban armadas con sus mentes brillantes para reclamar su puesto en la cola del éxito profesional, había entendido cuál era el rito de paso hacia el empoderamiento.

La alquimia perfecta, la pipa de la paz, el yin y el yang entre dos personajes de dibujos animados creados para que pudiéramos ordenarnos según si queríamos ser unicornios o doctoras. Un día entendí que no había nada más transgresor que mezclar los papeles de manera orgánica, natural. No suponía ningún esfuerzo, porque si nadie hubiera destripado los posibles caminos que debíamos tomar, nunca habríamos pensado que eran alternativos unos de otros.

¿Cómo se atrevía a ser lista y además vestir genial? Tenía que ser o lo uno o lo otro. Yo siempre perseguía ese momento, poder guiñar el ojo simbólicamente a cualquier mujer que había entendido el juego. El rosa no era una alternativa a la pelota. Y saberlo no te hacía ser una tía guay; era, sencillamente, lógico.

Hablamos durante unos cinco minutos. Le dije que escribía, aunque de forma muy casera, y que estaba trabajando en un guion sobre mitología. Hilamos un par de personas en común, y me contó que durante tres semanas estaría dando clases en un centro de yoga en Camden, que si quería podía ir un día y después tomarnos un café: «¡En serio, vente este domingo! Dame tu Instagram y te escribo por allí».

¿Podría considerarse *networking?* Yo no me definiría como tímida ni con dificultad para establecer una conversación, pero tampoco tenía ningún problema en mantenerme al margen. De hecho, lo prefería a participar en conversaciones sin demasiado sentido.

En los últimos años, y totalmente adoctrinada por Iris, había intentado mejorar mi aptitud para las relaciones públicas y mis conocimientos sobre etiqueta, pero lo máximo que había logrado era

mandar mensajes de agradecimiento después de una velada agradable. Sabía que tenía que empezar a enviar *mails* presentándome, o interesándome por cosas que quizás no sabía si me interesaban de verdad... Paso a paso. De momento, podía aceptar la propuesta de café de Madeline sin sentirme una oportunista.

—Genial, ¡sí! Me encantaría. ¡Nos vemos allí!

Al salir, fui con Max a por una pinta a un *pub* horroroso y a reventar al lado de Picadilly. Todos sus amigos desprendían la misma aura infantil y relajada que hacía fácil integrarse. Con uno de ellos, Leon, me había liado en más de una fiesta. Alex también, así que ninguna de las dos podía casarse con él. Lástima, porque viste genial y, además, es de los mejores amigos de Max y venía mucho por casa. Por suerte, habíamos logrado ese equilibrio perfecto en el que podíamos bromear acerca del tema sin que fuese raro para nadie.

Noté que me estaban llamando. Entonces vi que tenía cinco perdidas de mi jefe. Era lo bastante adulta como para llamar a mis amigas en vez de enviarles un mensaje, pero aún me costaba enfrentarme por teléfono a figuras de autoridad. Aun así, lo hice.

—Hola, he visto las llamadas. ¿Todo bien?

—Joder, Liz. Son las ocho de la noche, te llevo llamando desde las seis.

—Perdona, estaba ocupada. —«Y es sábado», pensé.

—He visto lo que has dejado en la carpeta para la feria. ¿Se supone que ese vídeo es el que saldrá en las pantallas del estand?

—Sí, lo hablé con los de *marketing* y me dieron el *okay*.

—Es un muermo de vídeo, Liz, no dice nada. Nada.

No sé qué tipo de *storytelling* pretendía encontrar en un clip de treinta segundos para describir una *app* que recomienda

restaurantes. Me quedé en silencio.

—¿Miraste las referencias que te mandé? Tiene que contar una historia. Es demasiado plano, nadie se va a quedar más de dos segundos mirándolo, no se entiende lo que hacemos.

No tengo ningún problema en aceptar una crítica constructiva, pero seguía sin entender qué tipo de épica quería transmitir en un vídeo que se iba a repetir en bucle en una pequeña pantalla, en una mierda de estand, en su mierda de feria.

—Vale, oye, no tengo el portátil conmigo; miro las referencias al llegar a casa y mañana te paso opciones.

—Es para el lunes, Liz, joder. Si no estás bien y tienes que estar totalmente *out,* mejor te pides vacaciones.

Lo dijo como si alguna de las veces que las había pedido me las hubiese dado.

—Lo siento. —Quería terminar la conversación lo antes posible.

—Te vuelvo a mandar las referencias. Míralas, por favor. Nuestra misión tiene que quedar más clara.

Tenía ganas de llorar. Tenía ganas de chillarle que por usar palabras como *misión* no era más moderno, al contrario, daba un poco de vergüenza.

—Vale, seguro que lo sacamos.

—Venga, por favor. Estaré conectado mañana, dime algo.

Y colgó. Supongo que a él sí que tenía que agradecerle que hiciera el esfuerzo de trabajar fuera de su horario. Intenté hacer la respiración cuadrada de Paige para calmarme, pero no estaba funcionando. En medio del ruido del *pub,* busqué las puñeteras referencias que me había mandado. Eran anuncios que habían hecho otras marcas. Todas eran nuevas, todas tenían miles de seguidores en Instagram, todas estaban «rompiendo las reglas del juego»... Me tenían harta.

En la mayoría se usaban juegos de palabras y clips de *influencers* saltando a piscinas desde balcones de villas en Grecia. Ninguno decía nada; de hecho, muchos no tenían diálogo, solo *visuals*. Eso era lo que le encantaba a mi jefe: planos aspiracionales con modelos y localizaciones de ensueño bajo un eslogan de marca. No sé qué «misión» reflejaban más allá de demostrar que podrían ser intercambiables y en ninguno serías capaz de adivinar lo que estaba promocionando. Quizás era eso, «vender experiencias». No podía evitar reírme si imaginaba a mi jefe y a toda su tribu de «disruptivos» dándose golpes en el pecho y creyéndose gánsteres después de ver *El lobo de Wall Street* por primera vez y poner un billar en sus oficinas.

Lo único bueno de lo que acababa de pasar era que sabía que me reiría de ello con Paige. Nos encantaba renegar de las marcas nativas digitales que usaban el *lifestyle* para vender hamburguesas o sudaderas, y que se autodenominaban *community-based* por crear un *run club*. Le mandé un mensaje de emergencia por si me podía acoger en su casa.

—¿Tienes queso y vino? ¿Puedo ir? Te hago tortilla de patatas, *please*.

7

Podía estar al borde del colapso, rodeada de hombres con manchas de sudor en la camisa y olor a suelo meado un sábado por la tarde, pero prefería mil veces sentirme perdida y lidiar con el síndrome del impostor antes que tener como referente a cualquiera de estos jóvenes empresarios excéntricos con alfombras personalizadas y *podcasts* de superación personal.

Paige me abrió la puerta con un *short* de lino blanco y un chaleco de punto estilo polo. Llevaba el pelo rubio y brillante recogido en una trenza caída y una copa de vino tinto en la mano.

—¿Vienes de los Hamptons? —le dije al verla tan marinera y americana.

—Uf, ¡ojalá! —me respondió dándome la copa y dirigiéndose a la cocina—. Solo me queda tinto.

—Mejor, lo necesito. —Di un trago con una rapidez preocupante.

Hice la tortilla mientras comíamos queso y se terminaba el vino, y volví a comprobar lo extremadamente lujoso y sencillo que era eso, muy chic.

Nos sentamos en el banco de madera del balcón. Encendió una vela de ron oscuro de Malin + Goetz y dejó sobre la mesa un cenicero de propaganda de un hotel de Francia.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Nada, tía, mi jefe. Cuando lleve otra copa te cuento.

Con el *show* de la llamada no había terminado de procesar la presentación de Madeline, así que preferí empezar por contarle eso.

—¿Con Leon y Max a la presentación de un libro? ¿Han sacado un nuevo *Geronimo Stilton?* —me preguntó. Le hablé de la novela y le dije también que conocerla había sido extraño—. ¿Y si lo que pasa es que te gusta? Quizás es tu gay *awakening*... —lo dijo mirándome fijamente.

—No creo que sea eso, la verdad. Antes te diría que es envidia, pero tampoco —contesté.

Eran como ganas de destaparla, de tirar de la manta y que se viera que era un fraude. Seguramente porque parecía demasiado bueno para ser cierto, demasiado igual a la vida que me gustaría vivir como para que alguien me demostrara que era posible, pero no para mí. Quería que no fuera posible para poder seguir lamentándome de lo difícil que era llegar allí, y así no sentirme mal si no lo lograba. Quería que fuera un truco o una *nepo baby*. Pero a la vez quería que me contara cómo, quería ser su amiga y caerle bien.

—Mira, es esta —le acerqué el móvil con su perfil de Instagram.

Su foto era una flor y tenía siete mil seguidores. Fotos en moto en Guatemala, *dumps* con instantáneas de Brasil, paisajes de montaña, algún que otro selfi... No había nada de su graduación, ni de la presentación del libro o que hiciera pensar que era escritora. Sí que la seguían un par de editores que yo seguía también, y perfiles interesantes en el mundo de la comunicación. El *link* de su biografía te llevaba a una web en la que había fotografías de viajes y textos que parecían entradas de un diario, como si fuera un blog. Era un perfil curioso, pero no nos daba mucha información.

Lo analizó un segundo.

—Uf, amor. Es muy alternativa, ¿no? —Paige era muy clásica para sus cosas—. No sé, me da vibras un poco de que les pidió a sus

padres ir a Camboya y que allí descubrió un tercer ojo que le ha hecho conectar con el verdadero propósito de la vida.

—Pero si a ti te encantan estas cosas —dije sorprendida—. Seguro que tú también buscas el tercer ojo ese.

—Ya, pero yo puedo encontrar el camino de la iluminación cuando el microondas marca 3:33, no necesito tirarme el rollo del espíritu libre y pretender que no me encanta ir al club de campo.

—Me ha propuesto que nos veamos el domingo. Creo que le diré que sí. Puede ser interesante saber cómo ha entrado en el mundillo editorial, a qué se dedica...

—Eso me parece genial. Tienes que rodearte de gente que triunfe en aquello en lo que tú quieres triunfar —dijo mientras cortaba un trozo de *brie.*

—Vaya, ¿eso lo has aprendido en ese libro de ser tu propio jefe?

—No, lo decía Steve Jobs. Deberías saberlo, trabajas en el sector.

—Trabajo en el capricho de un niño rico que cree que va a entrar en la Forbes Under 30 por usar la IA para que la gente indecisa elija un restaurante.

—¿No entró ya el año pasado en la Forbes Under 30? —dijo acercándome un cigarrillo que claramente era el momento perfecto para aceptar.

Asentí con la cabeza y le di una calada. Eso era lo peor, que le funcionaba. Lo poco que sabía de negocios era que debías solucionar un problema. Llevaba un año en la oficina y aún no sabía a quién podía interesarle tanto un *software* que recomendaba platos y restaurantes. ¿Tanta gente sufre por no saber qué le apetece comer? Menos aún entendía que ese concepto pudiera llenar una oficina en Londres y un par más por Europa. Veía titulares del tipo: «Este joven londinense está reprogramando la forma en que el

mundo come», y a mis jefes abrazados y hablando en conferencias como si estuviéramos a días de encontrar la cura del cáncer.

—Trabajo en un maldito Tinder de comida —dije riendo al exhalar el humo.

Paige me cogió de la mano.

—Pero no para siempre. Un día vivirás de tus guiones, lo sé.

—Lo odio, tía. No puedo soportar el tono en el que me pide las cosas. Mira.

Le enseñé en el teléfono el chat de mensajes con mi jefe.

—¿Qué cojones, Liz?

—Lo sé, es un imbécil —dije, y exhalé de nuevo el humo.

—Eh... ¡Y tú! ¿Por qué le contestas siempre?

—Tía, es mi jefe.

—¿Tú trabajas en comunicación o eres su secretaria? No tienes por qué recogerle cosas de la tintorería o reservarle hoteles.

—Eso ha sido solo una vez. —No sé por qué me salió justificarlo. Le quité el teléfono de las manos.

—Me da igual, no es tu trabajo.

Intenté explicarle que era la dinámica habitual en este tipo de empresas, que era gente joven, que la herramienta del móvil hacía que fuese así. Me dejó que intentara justificar mi falta de límites para que llegase sola a la conclusión de que no tenía sentido. Se limitó a dar sorbos de su copa y a mirarme con cierta lástima.

—Ya lo sé, vale. Ya sé que tengo que pararlo.

—Más que nada porque te va a consumir, así vas a ir aún más amargada a trabajar.

—¡Cuéntame lo de Copenhague! —dije echándome más vino—. ¿Cómo vas?

—No me cambies de tema; si no estás bien, haz algo, muévete. Y si no, deja de lloriquear y aguanta.

Nos dimos dos minutos de silencio. Por suerte ya nos conocíamos.

Entramos y me enseñó los dibujos de su propuesta. Eran maravillosos: el auditorio entendido como un organismo vivo que siente la música era el concepto principal, así que había diseñado una cubierta verde para que el edificio respirara. Las paredes combinaban zonas completamente acristaladas que dejaban ver el interior con otras cubiertas por paneles curvos de madera clara que recordaban el movimiento de una onda sonora.

Paige me contó cada detalle, cada función, la inspiración detrás de una forma. Yo quería hablar así de mi trabajo, quería dedicarle horas y horas a algo que me apasionara de ese modo.

8

Jueves, 15.00 h
Casi 30 minutos al teléfono con Alex

—¡Tía, esa excusa no, no! ¡Hazlo! —Parecía una entrenadora de baloncesto en un tiempo muerto.

—¿Cómo voy a saltarme el *afterwork* por eso? Además, trabaja conmigo, mejor le digo que no.

Los cuatro días en la feria resultaron mucho más divertidos de lo que puede parecer un congreso de innovación en un recinto de Greenwich. El lunes pasé primero por la oficina para recoger algunos materiales y me enteré de que Eric estaría conmigo en el estand. Quizás Paige me había metido un cuarzo rosa en el bolso sin yo darme cuenta, porque la feria había sido como coquetear con el chico que te gusta durante un campamento de verano y que termine dándote un beso la última noche bajo el pretexto de algún juego estúpido de verdad o atrevimiento.

Eric era todo en lo que yo nunca me fijaría. No tenía una personalidad arrolladora, parecía más bien reservado. Durante el tiempo que compartimos, lo había visto llevar dos pares distintos de deportivas espantosas de Hugo Boss, usaba un Apple Watch para responder los mensajes y no tenía ni una sola unidad de vello facial.

Cuando llegué el primer día, me lo encontré montando algunos carteles y moviendo dos pequeños sofás.

—Que esto sea feísimo no implica que tengamos que descuidar el *feng shui* —me dijo en un tono de voz sorprendentemente suave.

—Vaya, está genial que se lo digas a quien ha elegido el diseño. —En ese momento aún no había decidido qué estrategia aplicar, o si quería aplicar alguna.

—Es humor holandés, un poco seco, disculpa.

Me traía un café cada vez que salía a dar una vuelta, y me miraba muy fijamente a los ojos al hablar. Era discreto, no hablaba más de la cuenta y tampoco se tiraba el rollo ante los visitantes que se paraban a preguntar. Si no me fijaba demasiado en sus zapatillas de entrenador de fútbol que ha decidido empezar a ir en traje a los partidos, era muy guapo. Algo así como un Nate Archibald sin bronceado.

En la universidad, una chica de mi clase una vez nos contó que podía categorizar a los hombres en dos grupos: los bastante guapos como para ser estúpidos, o los bastante graciosos como para ser bajitos. A mi parecer no había discusión posible: siempre hay que priorizar el humor. Aun así, Paige siempre me decía que tuviese cuidado con el complejo de Napoleón. Ella era claramente del equipo de los guapos estúpidos. De hecho, John podía ser nombrado capitán en cualquier momento.

Eric no parecía demasiado estúpido, pero tampoco el alma de la fiesta, así que en mi cabeza lo coloqué en un gris entre atractivo y sigiloso, un guapo sin salsa. Pero no podía negar que su temple frío me empezaba a parecer sexi.

El segundo día era el de las ponencias y vinieron un par de colegas más de la oficina. Decidimos tomar algo al terminar y fuimos a una taberna que me encanta al lado del Old Royal Naval College. Allí descubrí que, después de dos pintas, el humor holandés no era solo un poco seco, era extremadamente ácido. La empresa me puso

un taxi para volver a casa, así que no hubo una excusa fácil para que Eric me llevase. Al día siguiente se lamentó.

—¿Llegaste bien? Era tarde, me supo mal no acompañarte.

—Tranquilo, el taxi me dejó en la puerta, no te preocupes.

Ese día estuvo más tímido. Pero el último, mientras empezábamos a recoger, me preguntó si me apetecía tomar algo al salir: «Los dos solos esta vez». En serio, no he oído a ningún hombre con un timbre de voz tan suave. Le dije que los jueves quedaba religiosamente con mis amigas después del trabajo y que me lo tenía que pensar. Así que salí un momento a la calle y llamé a Alex para pedirle opinión, o permiso, o consejo, y terminó sermoneándome.

—Me voy a enfadar contigo y Paige aún más si le dices que no por eso. Ya nos veremos otro día, pero no te atrevas a venir sin una buena historia. ¡Dile que sí!

—Estás gritando mucho —le contesté—. ¿Seguro que os da igual que me lo salte?

—¿Crees que hay faltas de asistencia? No me decepciones.

—Vale, ahora voy, cuelgo y te escribo.

Al segundo me mandó un *sticker* de un perro con sonrisa pícara. Volví al recinto y Eric ya estaba cerrando las últimas cajas.

—Me han dado permiso para no ir. Pero no hasta muy tarde, que mañana tengo que hacer el informe de todo esto.

—No te prometo ni una cena; de momento, solo una copa.

Nos sentamos en una terraza y fue la primera de mis escasas últimas citas en la que me sentí realmente escuchada. ¿Quizás debería romper el patrón y empezar a fijarme en chicos más callados?

Jugábamos con la ventaja de ser dos personas extranjeras viviendo en una nueva ciudad. Él se había mudado hacía menos de un mes, así que tenía muchas preguntas. Iris decía que ese era el

secreto para causar siempre una buena impresión: preguntar mucho acerca del otro y hablar poco de ti. Noté que se iba relajando y afilaba el sarcasmo. También que tenía las manos finas, las uñas perfectamente limpias y que se abrochaba y desabrochaba el botón del puño de la camisa cada poco tiempo. Me lo estaba pasando bien.

Cuando me quedé soltera, mentiría si dijese que no pensé en aprovechar el pretexto de vivir en una ciudad como Londres para exprimir la etapa al máximo, y luego no pudo ser más distinto. Después de un breve período maníaco, en el que conocí en profundidad a más de un amigo de Max, me di cuenta de lo mucho que odiaba la cultura del encuentro casual. No tenía nada en contra de un mutuo acuerdo sin sentimentalismos; simplemente, me da pereza la gestión que conlleva: despertarse en otra cama o volver a la mía muy tarde, la posibilidad de encontrarme gente con gustos rarísimos por no conocerla demasiado, el riesgo de descubrir un nuevo olor corporal... Eso sumado a la tranquilidad que había encontrado en mis rituales y en no tener en cuenta el horario, o las aspiraciones, o el sabor favorito de helado de nadie más en mi día a día.

Sabía que, si me ponía a buscar, querría encontrar algo a largo plazo, y como en ese momento no tenía visión más allá de las próximas semanas, pues no buscaba.

Después de dos cervezas por su parte y un Hugo Spritz por la mía, acepté cenar.

—De momento solo he probado un par de restaurantes por aquí, pero uno de ellos me encanta y está muy cerca —lo dijo sonriente, tocándose el pelo, parecía que de verdad le hacía ilusión.

Hablamos de lo raros que eran nuestros jefes y le pregunté si en Holanda realmente les gustaba tanto el regaliz. Pedimos *arancini* y unos *spaghetti alle vongole*. Él no pidió una tercera cerveza.

—Que mañana sigue siendo viernes —se lamentó.

—Lo sé... Creo que mis amigas y yo deberíamos replantearnos nuestro día de reunión, siempre pasa eso. —Me reí.

—¿Quedáis cada jueves sin falta?

En ese momento me puse a pensar y sí. Solo un motivo de fuerza mayor, como una tormenta o la posibilidad de romper un celibato largo con un holandés de metro noventa, nos ausentaba del *afterwork*.

Le dije que mis amigas eran lo mejor de los últimos siete años. Nuestro encuentro semanal era como un bálsamo para evitar las rozaduras y el desgaste que supone andar como adulta por esa ciudad. Vivía las cosas y luego las volvía a vivir cuando se las podía contar a ellas el jueves siguiente.

Pagó la cuenta sin darme opción a dividirla y salimos a ver un pequeño muelle que da a la orilla del Támesis. El exterior estaba decorado con banderas y elementos de inspiración naval, y unas tiras de bombillas iluminaban las mesas de la terraza. No era el sitio más romántico del mundo, pero tenía su encanto. Se podía oír el viento y el agua chocando con los muros de piedra a ambos lados del río.

—¿Por qué te viniste a Londres? Siendo de España, quiero decir. —Todo el mundo hacía el mismo matiz después de la pregunta.

—Por la literatura.

—¡¿Es que vive aquí?! —lo dijo sorprendido, abriendo mucho los ojos, y me hizo mucha gracia—. Lo siento, en inglés aún me cuesta ser gracioso —añadió.

—No, no. —Seguí riéndome—. Ha estado bien, se acepta.

—Entonces, ¿si te llevo al teatro de Shakespeare, me puedes hacer de guía? —lo dijo acercándose ligeramente. Lo miré a los ojos antes de responderle.

—Si me lo pides bien, claro, será un placer. —No aparté la mirada y entonces pensé en lo mucho que estaba inclinando el cuello: no me solía fijar en chicos tan altos.

—Me aseguraré —lo dijo bajito, como si fuera un secreto, y sonriendo, como si estuviera seguro de que lo cumpliría.

Anduvimos hasta el Cutty Sark. Era de mis cosas favoritas que enseñarle a la gente cuando venía de visita. ¿Por qué nadie sabe que hay un barco enorme del siglo XIX anclado en un dique seco a veinte minutos del centro? Lo rodeamos entero, cada uno hacia un lado, y nos volvimos a encontrar al terminar la vuelta.

—¿A que es genial? —Adoro ese barco.

Me miraba sonriente con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo de paño. Empezaba a hacer tanto frío que al hablar le salió vaho.

—Oye, ¿te apetece ir a algún otro sitio?

Podría haber pensado «a la mierda»... No me hubiese juzgado por hacerlo. Podría haberle dicho que viniera a mi casa y probablemente Max se habría alegrado por mí al día siguiente. Las chicas igual. Tenía la voz de Alex y Paige en la cabeza gritándome «hazlo, hazlo, hazlo».

—Creo que iré a casa a dormir. —Intenté usar mi tono más dulce y sincero—. Me lo estoy pasando genial, pero, si no, mañana me costará muchísimo funcionar.

—Claro, faltaría más. Yo también debería descansar bien hoy. Espero a que te recoja el taxi y entonces me pido uno. —No parecía haberse molestado, ni mucho menos. Parecía que se había quitado un peso de encima; creo que estaba más nervioso por hacer la pregunta que por la posible respuesta.

—¿Sabes que puedes coger el barco-bus? Creo que aún circula y te deja en el Shakespeare's Globe en menos de una hora. —Le

señalé el embarcadero que había justo enfrente.

—Vaya, es que no puedo ir al teatro de Shakespeare sin mi guía, así que creo que me reservaré lo del barco-bus para cuando ella también esté. —Me estaba gustando el humor holandés.

Utilizó el pretexto del teatro para pedirme el número de teléfono, pero le dije que sabía dónde me sentaba en la oficina, así que no le hacía falta para localizarme.

—De hecho, no —me corrigió—. Se dónde te sientas ahora, pero he buscado tu mesa en el nuevo *layout* y no la he encontrado.

—¿En serio? Qué raro... A ver, lo cierto es que aún no lo he mirado, mañana preguntaré. —Me reí; en ese momento me importaba incluso menos de lo habitual dónde me tocaría sentarme.

—Tendré que darme prisa e ir mañana a tu mesa antes de perderte de vista. —Lo dijo muy serio.

—Más te vale.

Me pillé a mí misma sonriendo en el taxi de camino a mi piso. Al llegar me permití tumbarme en la cama y saborear durante un rato la tontería propia de una buena primera cita junto con mis galletas de chocolate y naranja.

Sabía que Paige ya no me cogería el teléfono, pero vi que me había escrito: «A por todas, déjalo loco», junto con el emoji que guiña el ojo. Supuse que Alex se había chivado. Le respondí: «Mañana comemos juntas. No te libras. Tenemos que hablar».

Viernes, 9.00 h
En los auriculares, 1973, James Blunt

Tengo que admitir que ese día entré en la oficina con algo más de ganas. Por fin un día distinto, una pequeña ilusión. Era viernes,

parecía que todos estábamos recuperando el aliento después de la feria, así que el ambiente era un poco menos hostil.

Pensé en subir a visitar la impresora 3D para encontrarme casualmente con Eric, pero me aguanté, quería ver cómo movía ficha. Aun así, cada vez que se abría el ascensor de mi planta, giraba la cabeza y me aseguraba de tener bien el pelo.

No era él, por quinta vez; quien sí se acercó fue mi jefe.

—Liz, ¿puedes venir un momento?

—Claro. —Supuse que quería hacer un poco de *recap* sobre la feria. Pensé en aprovechar y preguntarle por mi puesto en la nueva distribución. Había mirado el *layout* y Eric tenía razón: mi mesa no salía.

Me quedé de pie en su despacho y vi que tenía un portaincienso y un mechero de Aimé Leon Dore. A Paige le habría encantado.

—¿Cómo estás?

—Bien, contenta con la feria, creo.

—Me alegro. Estaba esperando a que terminase porque sé que has estado a tope con la planificación del estand, pero, como sabes, hemos tenido que fusionarnos con Róterdam y no podemos tener ciertos puestos duplicados. El tuyo se ha visto afectado.

—¿Por eso no salgo en el *layout?*

Había visto en TikTok algunas maneras divertidas de enterarse de que te están siendo infiel. Creo que iba a ganar el *trend* de maneras divertidas de enterarse de que estás despedida.

—El *layout* se mandó hace semanas y no has venido a preguntarme. Eso me sugiere que no estás muy comprometida con el proyecto.

No se lo iba a rebatir.

Por suerte, en mi mesa no había más que un bloc de notas y bolis, así que recoger mis cosas no se vio muy dramático desde fuera. Me

dieron una *tote bag* de las que había diseñado para la feria. Era bastante irónico.

Quería subir un momento a la mesa de Eric y contárselo, pero después vi lo estúpido que sonaba. Habíamos tenido solo una cita, qué le iba a importar.

Fui discretamente a despedirme de un par de chicas de *marketing* con las que me llevaba bien, y pasé por el lugar que realmente echaría de menos: el Health Bar. No valoras el suministro ilimitado de barritas energéticas hasta que lo pierdes.

Y ya está.

Bajé a la entrada y vi a Paige plantada sin falta en la puerta de mi edificio con sus gafas de sol, dos zumos amarillos y una *blazer* marrón de ante por encima de una sudadera gris claro con capucha.

—Toma, de piña y jengibre, te irá genial ahora que vuelves a tener vida sexual. —Me dio uno. —La miré. Supongo que en mis ojos detectó una mezcla entre desesperación y pánico—. Oh... ¿No vas a tener? Lo siento, amor. Habrá otros —dijo vacilándome.

—Me acaban de despedir.

9

Nos sentamos en el primer banco que encontramos.

—¿Qué dices?

—Ahora mismo, de la nada.

—¿Te han dicho por qué?

—Por la fusión con Holanda. Dice que no pueden tener puestos duplicados. —Casi me termino medio zumo de un solo trago. Estaba en *shock*.

—Joder.

Creo que no sabíamos muy bien qué se decía en estos casos. A ninguna la habían despedido antes. Aun así, Paige lo intentó:

—Pues ellos se lo pierden, la verdad. Vas a encontrar algo mucho mejor.

—Amor, no es una ruptura.

—Un poco sí. El *glow up* te va a llegar igual, ya lo verás.

Me quedé allí sentada, con mi amiga y mi zumo, lejos del consejo de mis padres y en un país en el que no tenía muy claro si podía optar al paro.

—Hacemos una cosa. —Paige se giró hacia mí—. Vamos a por comida china, te vienes a dormir a mi casa y trazamos un plan. —Me quedé en silencio—. Tengo *whisky* si lo necesitas.

—Lo cierto es que me apetece hacerme una bola en mi casa y no pensar durante un buen rato.

—Vale, no te preocupes. Pues mañana te llamo o te paso a ver.

La quería muchísimo. La abracé, y en ese momento dudé de si podría soportar tenerla lejos si finalmente se iba a Dinamarca.

Al llegar a casa me puse un polar y salí al balcón. No teníamos sillas, las últimas se habían estropeado por la lluvia y no las habíamos repuesto, así que me senté en mi lugar favorito para sentarse, el suelo. Apoyé la espalda contra la pared y recordé que detrás de una maceta escondía mis cigarrillos de emergencia. Era eso o llorar. Respiré hondo. Solo quería creer que podría ponerlo todo en orden. Lloré.

Sentía frustración. Por no ser capaz de reconocerme, por sentir que estaba perdiendo la voluntad —a manos no sé muy bien de qué, o de quién—. ¿Desde cuándo pensaba que ya no decidía sobre mí? La conciencia sin capacidad de acción. Como Ío al ser convertida en vaca por Zeus: «Intentaba tender los brazos suplicantes, y veía que brazos no tenía». Había algo que se repetía en los mitos de Ovidio que me parecían más trágicos: en todos ellos la víctima de la transformación no lo era por su culpa, sino por quedar sometida a un destino sobre el que no tenía poder.

¿Era mi jefe quien me había sometido a ese destino? ¿Era la alienación? Si así era, me iba a permitir el gusto de culpar por mi condición actual al sistema de producción.

Empezó a llover. Me levanté del suelo. Era increíble cómo podía calmarme tanto ampliar la superficie de apoyo. Una vez Iris me contó la razón científica detrás del *grounding*. Me dijo que activaba la propiocepción, que era algo así como la conciencia del espacio que ocupa tu cuerpo, así que tenía sentido que me encantara recurrir a eso en momentos en que disminuía el control sobre mí misma.

Max entró por la puerta sobre las diez y me encontró en el sofá en absoluto silencio.

—¿Estás meditando o algo?

—Me han despedido.

—Oh, no, qué pena. Lo siento, ¿Quieres *ramen?* —dijo levantando una bolsa de papel *kraft*—. Me ha sobrado mucho.

Sí quería. Y llamar a mi madre, un abrazo de mi padre y que alguien me diera un manual de instrucciones a seguir sin tener que pensar demasiado. Quería que mis abuelos me hiciesen croquetas y que el dinero no fuera el bien que tenía que dedicar mis días a encontrar.

Me llevé el *ramen* a la cama y me puse a leer mientras veía rayos agrietando el cielo por la ventana. En el fondo había algo reconfortante en saber que el lunes no tenía que ir a trabajar. El primer lunes en mucho tiempo sobre el que podía decidir.

Esa noche hubo tormenta.

En las *Metamorfosis,* Ovidio usa el diluvio como elemento de regeneración. A diferencia del Génesis, donde se impone como castigo apocalíptico, los dioses griegos y romanos lo usaron como símbolo de una nueva era. El diluvio no quería marcar el fin del mundo, sino el fin de la decadencia, del mal, de lo que ya no servía. Se usaba la lluvia más torrencial como una limpieza purificadora.

El diluvio es parte de un ciclo narrativo más enfocado a la transformación que al castigo. No cierra, sino que abre. No era tanto un juicio ético como un cambio de forma.

No puse el despertador. Me permitiría un fin de semana de total descomposición antes de empezar a decidir cómo seguir subsistiendo. Podría optar por las drogas duras, seguro que Alex sabía dónde se conseguían. Max entró a mi habitación sobre las once con un café y un cruasán de almendras.

—Haces que tenga aún un poco de fe en los hombres buenos —le dije dándome la vuelta sobre mí misma en el edredón.

—Ya... Olivia me ha dicho que te lo traiga. —Claro, Olivia es un cielo.

Había decidido que sería un día sin culpa, un día totalmente de relleno, así que lo pasé en pijama, viendo vídeos en el ordenador y guardando en mi *wishlist* artículos de decoración que no era el mejor momento para comprar. Me estaba gustando mi primer sábado después del diluvio.

Paige me llamó preguntándome si quería que me trajese algo de comer; no tenía apetito.

—Vale, pues entonces nos vemos mañana por la tarde y me cuentas qué tal con la chica del libro.

Mierda, Madeline. Me había olvidado por completo.

—Uf, no me acordaba, tía. No sé si estoy en el *mood* correcto —lo dije como esperando que me levantase el castigo y me dejara no ir.

—Vamos, ¡te irá bien! Quizás es una señal que la conozcas justo ahora.

Entré a su Instagram y vi que me había mandado un mensaje durante la semana: «¿Nos vemos el domingo? La clase es a las 8 a. m., pero después desayunamos si te apetece».

Paige tenía razón. Le contesté que había tenido una semana de locos y que lo sentía por mi mensaje a última hora, pero que allí estaría. No imaginé mejor momento para volverme una yogui y replantearme mi espiritualidad.

Domingo, 7.30 h

En los auriculares, Agüitaecoco*, Simon Grossmann*

Llegué embarazosamente temprano al estudio de yoga. Hacía meses que no pisaba Camden. La última vez había sido para acompañar a Alex a probar unos perritos calientes coreanos envueltos en *hot cheetos* que había visto en TikTok y que resultaron estar malísimos. Desde fuera ya olía a incienso; no me encantaba. Ante la posibilidad de encender una vela, ¿cómo ibas a elegir el incienso? Hice tiempo en una cadena de zumos que había enfrente. ¿Se puede tomar cafeína antes de hacer yoga?

Cuando se acercó la hora, distintas chicas fueron llegando y entrando al local. A mí el concepto «clase grupal de deporte» me suena diabólico. Si en algún momento sintiera la llamada del ejercicio, lo último que querría sería tener que incluirlo como actividad social.

Madeline me abrazó en la puerta.

—¡Qué bien que hayas venido! Te va a encantar. —«Eso espero», pensé.

Las otras chicas se estaban colocando alrededor de la sala, hablando entre ellas como si ya se conocieran mientras hacían estiramientos. Era difícil no ponerse a observar tantos cuerpos en mallas. Yo no estaba demasiado fuerte, pero sabía que mi cuerpo encajaba entre la mayoría. Era como cualquiera de los que podías encontrar en anuncios o películas. Un cuerpo al que no le costaba encontrar tallas y por el que no había recibido comentarios hirientes en la pubertad. No sabía hasta qué punto me había condicionado a ser quien soy. Tenía épocas mejores y peores, pero mentiría si dijera que mi aspecto me había frenado a la hora de hacer cualquier cosa.

Me fijé en el conjunto blanco de una chica y en cómo de bronceada se veía su piel en comparación. «Si en algún momento hago deporte, me compraré un set blanco. ¿A lo mejor ahora que no tengo trabajo debería unirme a un *run club?* Si no puedes con el

enemigo, únete a él», me dije. De repente la chica se giró: tenía el culo perfecto. Decidí que la próxima vez que cogiéramos el metro haría como Paige y subiría por el lado de las escaleras no mecánicas.

La clase me pareció bastante aburrida. Se ve que el yin yoga es así de lento. Cuando Madeline nos pidió que «dejáramos la mente en blanco», pensé en si era siquiera posible. Notaba cómo, aún con los ojos cerrados, mis córneas se movían en todas direcciones.

En un momento, me puso una sábana encima y me presionó los hombros hacia abajo. Fue incómodo. En primer lugar, al imaginarme tumbada en medio de una sala con otras diez personas mientras sonaban cuencos tibetanos. Y para colmo, que ese inofensivo contacto físico me hiciera recordar lo mucho que hacía que nadie me tocaba de otra manera que no fuera para darme un abrazo. Eso fue peor.

La práctica duró cincuenta minutos, pero me pareció una vida entera.

Tuve que esperar hasta que todas las chicas se despidieron de ella. La saludaban con las manos en el pecho o las palmas juntas como si fuese una especie de dalái lama.

—¿Me cambio y vamos? Hay una tetería increíble aquí cerca.

Madeline era de padre francés, su madre era inglesa. Se divorciaron cuando era pequeña y se había criado entre Londres y Marsella. Ahora pasaba allí los veranos. Se había puesto un pantalón de traje negro *oversize* que reposaba perfectamente sobre sus caderas huesudas. Era muy delgada. Llevaba una camiseta de rayas que le dejaba al aire el ombligo y unas bailarinas tipo *tabi* en color caqui. Movía mucho las manos al hablar, se tocaba los pendientes, oía como chocaban entre sí sus brazaletes. Tenía el pelo castaño y el tono de bronceado de quienes pueden permitirse veranear en cualquier estación.

Hacía todo el rato referencia a amigos: «Tengo una amiga que trabaja de eso», «Mi amigo hizo una exposición allí». No sabía qué pensar. A veces me costaba leer el aura de los demás a primera vista. A Alex se le daba bastante bien. Seguro que ella pensaría que era una tía guay.

Me preguntó por mis estudios de literatura y mis textos. Le dije que lo que más me gustaba era escribir guiones. Que me encantaba la literatura clásica, especialmente la inglesa, de ahí mi decisión de estudiar en Londres. Le dije que a veces soñaba con escribir obras de teatro o monólogos que humildemente quisieran honrar al melodrama de la época victoriana, y otras con hacer *sketches* sarcásticos para *late nights shows*.

Le pregunté cómo era que había escrito un libro.

—Siempre he escrito. Con diecisiete autopubliqué un poemario, y el año pasado decidí escribir ficción.

—¿Te contactó directamente una editorial?

—Es una muy pequeña.

Me resolvió pocas dudas, por no decir ninguna. Trabajaba como asistente en una productora. Eso me tranquilizó un poco. Esperaba que fuese editora jefe en BoF o algo así. Ver que ni ella se libraba de la etiqueta de «júnior» la volvía un poco más real. Le dije que acababa de quedarme sin trabajo.

—¡Entonces es el momento perfecto! ¿Has pensado en hacerte de Substack? Ahora es cuando hay que subirse a ese barco.

—Ya, no creo que mis guiones encajen demasiado allí.

No sé si esperaba que Madeline me diera una receta secreta para alcanzar el éxito, pero me decepcionó un poco el consejo. Aun así, parecía que ella formaba parte de algo de lo que yo me sentía ajena, como si tuviera el mapa de un sistema secreto de túneles por encima y debajo de la ciudad para acceder a sitios ocultos para la

mayoría. Me contó que muchos de sus amigos eran autores, y que se juntaban a menudo para ir a eventos que organizaba alguno de ellos, o simplemente para compartir ideas.

—Cuando hagamos algo te aviso, hay gente muy top.

—Mil gracias, de verdad.

Era realmente encantadora. Me dio un par de Instagrams de conocidos suyos dentro del mundillo y me obligó a seguirlos. Pero era inquietante. ¿Por qué habría accedido a tomar un café y abrirme las puertas a su mundo de artistas *nepo babys?* —suponía que lo serían—. La gente no hacía esas cosas. ¿O sí? Quizás era yo la que no las hacía y ese era mi problema. Del mismo modo que años atrás me había autosaboteado el placer de encontrar buenas amigas porque en el fondo no sabía si yo podría serlo, tal vez me costaba confiar en que alguien quisiera compartir sus recursos porque yo no sería capaz de hacerlo si los tuviese.

No era una buena jugadora de equipo. Otra vez el altruismo se me cruzaba por delante como un desconocido del que no me quería fiar.

—Tengo que irme, pero ¡mándame algo que hayas escrito! La productora en la que estoy tiene que subvencionar algunos proyectos de jóvenes para no sé qué programa público. Sé que buscan como locos formatos.

—¿Crees que podría enviar algo? Es decir, si te mando un proyecto, ¿puedes decirles que lo miren?

—¡Claro, tía, por eso te lo digo!

Me abrazó al despedirse. Supuse que su propuesta iba en serio. Yo nunca le mentiría a alguien mientras lo abrazo.

Madeline se fue y me quedé allí sentada, con mi Earl Gray, intentando luchar contra los gramos de escepticismo que habitaban mi cuerpo. Quizás por eso no era capaz de entrar en ciertos círculos, porque me frenaba mi convicción de que no pertenecía a ellos. Y

querer hacerlo era performativo, como si me disfrazara de alguien que lo tenía todo mucho más controlado que yo.

10

Me quedé un rato más en la tetería. Mi fin de semana de indulgencia llegaba a su fin, y sabía que en algún momento tendría que ponerme a buscar trabajo, así que decidí que, si solo tenía un par de semanas antes de que mi inactividad se considerase excesiva, las aprovecharía como un retiro espiritual: «El yoga no me ha convencido, pero no abandonaré la senda hacia la iluminación, a ver qué encuentro».

Abrí mi libreta nueva e hice lo de siempre cuando las empezaba: me senté delante de la página en blanco y dejé que todos mis frentes abiertos se lanzaran hacia ella como una catarata de agua fría sin control. Anotaba en ellas cualquier malestar pasajero para que ocupara un espacio en el plano físico y estorbara menos en el plano mental: gestiones pendientes, preocupaciones varias, hábitos que debería implementar...

Las últimas veces me había costado más, porque cada vez mi rutina se estaba volviendo más estricta, y aunque eso me permitía vivir un poco en piloto automático y ahorrar tiempo en tomar decisiones, también hacía que me cuestionara menos qué coño estaba haciendo con mis días. Odiaba eso, el estancamiento, la invariabilidad. Encontré otra cosa buena en mi reciente despido: me proporcionaba algo distinto sobre lo que escribir.

No me atreví a hacer una lista de objetivos a largo plazo. Pedir ahora un Mercedes y una casa con una isla en la cocina me pareció pretencioso, pero intenté hacer una a corto plazo:

Terminar mi texto sobre las metamorfosis.
Encontrar un trabajo que me guste un poco.
No aceptar más cigarrillos de Paige.

Bien. Por algún lado tenía que empezar. Pedí un *porridge* con nueces pecanas y sirope de arce y me recogí el pelo. Luché contra el vértigo que me producía siempre abrir la *app* del banco y miré de frente al saldo disponible. Tenía que evaluar cuánto tiempo de autosuficiencia me podía permitir sin ingresos.

Tenía una cuenta de ahorros que mi familia me había ido llenando para la universidad, y que no había gastado del todo al conseguir más de una beca. Había unas nueve mil libras. Era mi fondo de emergencia. Tenía unas cuatro mil en mi cuenta corriente, así que calculé que podía permitirme unos dos o tres meses de desempleo si no me compraba ropa nueva y reducía drásticamente la comida a domicilio y los cafés caros. No pretendía liquidármelo, pero si tenía que usarse para emergencias, aquella era una.

Si el universo me había eximido de mis responsabilidades adultas a la fuerza, que al menos me sirviera para algo. Si me iba a permitir no reanudarlas hasta uno o dos meses más tarde, tendría que usar ese tiempo para no volver a cometer los mismos errores.

Sentí cierto alivio dentro de mi desdicha. Parecía que tenía algo más de control sobre mí misma que un par de semanas antes, cuando aún tenía trabajo. Lo que hacen un bolígrafo y una lista con un poco de intención...

Llamé a Paige.

—¿A que no sabes de dónde vengo?

—De un *after* no creo, pero no se me ocurre otra cosa para un domingo a las doce. ¿De misa?

—Casi... De yin yoga.

—¡Ay! Tenías el café con la chica esa del libro, ¿qué tal?

Le conté todo lo que había percibido de Madeline: su trabajo, sus amigos y su aparente generosidad para presentármelos.

—Parece *El gran Gatsby,* qué miedo.

—A ti lo que te parece es esnob, que te conozco.

—Ya sabes que no creo en los *hippies* con dinero. El libertarismo es más fácil con un fondo fiduciario.

—Lo que tú digas. ¿Cenamos después?

Me planté en su casa con dos platos de pasta y un arsenal de pan de ajo. Me prestó una sudadera vieja de un grupo de *country* y nos sentamos en su balcón. Decidí empezar al día siguiente con el objetivo de los cigarrillos.

—Si quieres, hablamos de otro tema. ¿Qué tal tu cita? Al final no me contaste nada.

Mordí con rabia un pan de ajo y empecé por lo bueno: el abrigo de paño, las bromas agudas, el barco-bus...

—Fue genial, la verdad.

—¿Y habéis vuelto a hablar?

—No le di mi número. Pensé que nos veríamos en la oficina.

—Dios, ya es tener mala suerte.

—Eso pienso yo. Gracias, Paige. —Me manché de salsa Alfredo.

—¡Vamos a buscarlo! Seguro que lo tenemos en dos segundos. ¿Cómo se llama la empresa en Instagram?

Le dije que mejor no. No me apetecía enfrentarme a dos rechazos en pocos días. Si tenía interés, seguro que se espabilaba para encontrarme.

—En el fondo quieres que lo haga.

No le respondí, claro que quería. Estaría bien que alguien quisiera que me quedase en un sitio y me lo hiciera saber.

—He estado pensando en qué hacer.

Cambié de tema antes de ponerme a llorar. Le conté mi plan para mantenerme a base de ahorros durante un par de meses.

—Es una inversión en mí misma a cambio de pensar seriamente qué me apetece hacer y ponerme a ello.

—¿Eres tú, Liz? ¿Te has drogado? —me vaciló.

—De verdad, voy a ser positiva. Estoy motivada, ¡no tengo jefe!

—Es genial que lo veas así, de verdad. ¡Atrae la abundancia!

—Eso intento. Madeline me ha dicho que la productora donde trabaja busca formatos nuevos y quiere que le mande algo. Dime cuál de tus piedras tengo que dejar bajo la luz de la luna para que les guste —le dije tratando de mantener el humor en mi momento más crítico de los últimos años.

—Te irá bien un citrino. Aun así, no te fíes al cien por cien.

—¿Del citrino? Descuida.

—No, de Madeline, digo... Me parece genial si puede acercarte a todo este mundillo, pero tampoco te dejes deslumbrar.

Me ofendió un poco el comentario. ¿Es que me creía tan ingenua?

La filosofía de Paige parecía sostenerse en una confianza ciega en el universo, pero en el fondo su principal apoyo era ella misma. Se le sumaban unos padres ricos y un aspecto increíble, lo que aumentaba significativamente su tasa de éxito, pero no su confianza en los demás.

Confiaba en John porque confiaba en su capacidad de levantarse si él la dejaba caer, pero nunca sería capaz de dejar en sus manos su bienestar. No se fiaba de los demás porque no los necesitaba. Y el universo era algo externo fácil de convertir en tu guía espiritual

porque nunca te corregirá si le otorgas la responsabilidad de algo que en el fondo has hecho tú.

Yo había decidido que empezaría a confiar en los demás; tal vez haría que también confiara más en mí.

—Solo le voy a mandar un guion, no me va a operar de apendicitis —dije.

—Pues claro, no digo que no. Envíale el guion y, ya que estás, envíamelo a mí.

Comentamos un artículo que había publicado *The Cut* y vimos el último programa de *Saturday Night Live* mientras comíamos frambuesas heladas recubiertas de chocolate.

Entonces Iris me llamó.

—Dime, estoy con Paige.

—¿Qué tal tienes la semana que viene? ¿Podrías teletrabajar el viernes o el lunes y hacer un finde largo?

No me apetecía arruinar sus planes con la sorpresa de mi despido, así que le dije que sí.

—¿Por qué lo dices? ¿Es que te casas ya?

—Ah, pensé que Paige te lo habría dicho: el jueves, cuando estabas en tu cita, propusimos una escapada para celebrar las buenas noticias recientes.

Puse el altavoz y miré a Paige, que puso una expresión extraña. Iris hablaba de pueblos y actividades y yo ya había desconectado. Solo miraba a Paige, que me miraba de vuelta con culpa. La conocía demasiado bien.

—Perfecto, amor. Mientras no sea muy caro y me dejes contratar un *stripper,* lo que quieras.

—No seas vulgar, Liz. No habrá *stripper.* —Colgó.

A Paige no le quedaban más formas de cruzar las piernas.

—¿Cuáles son las buenas noticias que hay que celebrar? —Noté que se me ponían los ojos vidriosos. Luché para frenar cualquier lágrima.

—Me lo han dado. Me voy a Copenhague.

—Dios mío, Paige...

—Lo siento, lo siento, en serio.

—¿Y por qué coño no me lo has dicho? ¡No me llamaste! ¿Desde cuándo lo sabes?

—Se lo conté a ellas en el *pub* y te lo iba a decir el viernes al salir. Pero justo te despidieron y no me pareció buen momento.

Me sentía fatal. Paige había logrado uno de sus mayores objetivos y llevaba días sin celebrarlo por mi culpa.

—¿Eres tonta? ¿Cómo no iba a ser el momento? Es increíble. —Nos abrazamos—. Me alegro tanto. ¿Cuándo te vas?

—En tres semanas.

Estaba tan contenta por ella que en ese momento no procesé lo que dijo. Tres semanas. Daba igual. Con las amistades no es como con los hombres. Si una pareja me dijera que se muda a tres mil kilómetros, tendría que sentarme a trazar un plan de viabilidad. Llamaría a mi madre, a mis amigas. Sometería a ese chico a un tercer grado, haría un *research* exhaustivo para asegurarme de que había una posibilidad de que funcionara la relación a distancia.

Con una amiga, con Paige, no existía la opción de que no saliera bien. Tendríamos la mejor relación a distancia del mundo. Nunca dudaría de sus sentimientos hacia mí. La quería tanto que verla cumplir sus sueños me hacía más feliz que tenerla siempre a mi alcance, y así debería ser con la gente que amas. Con Paige era extremadamente fácil.

—¿Y John qué? —pregunté un poco por inercia.

—Se viene conmigo.

—¿Ah, sí? —Creo que se notó la sorpresa en mi tono. Me pilló totalmente desprevenida.

—Sí. No está dentro del proyecto, pero conoce un par de firmas en Copenhague y está intentando que le den allí un puesto. —En los ojos de Paige vi algo que solo aparecía cuando encontraba un Prada Vintage de segunda mano a buen precio: ilusión.

No me cuadraba. Quería de verdad creerle, pero me sorprendía mucho que John estuviera dispuesto a dejar su perfecto y socialmente encantador puesto por nada, y aún menos por ella. No es que pensara que no valía la pena. A mis ojos valdría la pena empezar una guerra por una mujer como ella, pero para eso hacía falta un hombre valiente y seguro de sí mismo, y John no era ninguna de las dos cosas, sino un niño con un maletín de piel y tres argumentos para defender que machismo y feminismo son opuestos. ¿Cómo iban sus colegas a aprobar que lo dejara todo por amor? En dos años no había querido llamar a Paige «mi novia» más que cuando le entraba otro tío en el bar.

Aun así, elegí creer, como ella, supongo.

—Guau, me alegro mucho, Paige. Así podéis vivir allí juntos, es un gran paso. —Lo hice lo mejor que pude...

—Sí, es increíble, por fin.

Allí, allí lo vi. En el pequeño suspiro de alivio y en su manicura francesa chocando nerviosa contra su copa. Ese «por fin» escondía mucho más de lo que iba a reconocer nunca. Su parte emocional estaba reservada a creer en el karma y en las energías del universo, pero se tomaría al pie de la letra su maldito libro del poder e impondría una ley mordaza sobre todo un país antes que tener que expresar un sentimiento romántico por un hombre.

Me contó que hacía ya días que su jefe le había dicho que estaba seleccionada. Sus compañeros veían genial que ella fuese la

coordinadora, y un par de chicos más irían también a Dinamarca.

—A veces la meritocracia sí existe —dije dando un sorbo a mi vino.

—Supongo que sí.

Aunque me intentó convencer para que me quedara a dormir en su casa, me apetecía ir paseando hasta mi apartamento sin prisas. Al día siguiente no tenía un trabajo por el que madrugar.

Crucé Hyde Park desde el Royal Albert Hall hasta la iglesia de St. James. ¿Me llevaría mi voluntad de abrazar una nueva ruta teológica a encender una vela en una iglesia un domingo a las diez y cuarto de la noche? Me acerqué a la puerta valorando si era un movimiento demasiado dramático solo para encontrarme la iglesia cerrada. ¿Desde cuándo cierran? ¿Es que Dios no es omnipresente?

No pude poner mi vela. En la entrada había una mesa con distintos folletos informativos y les eché un vistazo por si había algún cursillo de verano para hacerse monja. Nada. Había algunas velas, estampitas y un plato con canicas y pequeñas piedras de cristal al lado de una urna transparente con una pegatina: «Toma una y reza».

Miré las distintas piedras. Había una azul marino, casi opaca. Otra totalmente transparente y más aplastada. Terminé cogiendo una que tenía reflejos azul claro y turquesa y la encerré en mi puño derecho.

No he rezado en mi vida, no sabía muy bien qué palabras tenía que usar, pero supongo que Dios tendrá en cuenta la intención. Iba a pedir salud, aunque pensé que estaba mal hacerlo si seguía fumando de vez en cuando. Prometí en mi breve oración que cumpliría con mi objetivo de erradicar el tabaco. Entonces pensé en qué podía pedir sin culpa.

¿Qué quiero? ¿Un marido como Iris? ¿El éxito laboral como Paige?

No sé cuándo habíamos pasado de estar haciendo cola para entrar a una fiesta universitaria a esto, pero de repente el paso del tiempo era algo palpable, como una emoción concreta. El viento traía cambios. Y daba un poco de miedo no poder controlarlos.

En las *Metamorfosis,* muchas de las transformaciones que narra Ovidio son castigos para quienes osaban desafiar a los dioses. Les eran impuestos como única salida a su desdicha después de haber intentado jugársela a quienes elegían el orden del mundo.

Sin embargo, esa voluntad de retar a seres con mucho más poder a menudo nacía de los más profundos deseos de reconocimiento de quienes terminaban condenados. Como Aracne, que tan solo quería demostrar su infinito talento como tejedora, o Faetón, que ansiaba demostrar a sus amigos que era legítimo hijo de un dios. Esperaban con tanta fuerza un reconocimiento ajeno que los hiciera sentirse seguros en su piel que estaban dispuestos a echarle un pulso a las deidades por lograr esa confirmación de que eran quienes creían ser, o tenían lo que creían merecer.

En el caso de mis amigas, en el mío propio incluso, solo deseaba que los cambios no fuesen para nosotras castigos.

Eso quiero. Un cambio, pero uno que decida yo.

Que todas nuestras nuevas formas nazcan siempre fruto del propio deseo. Que no se nos pase por la cabeza someternos al vértigo de un nuevo comienzo solo por contentar a una mirada externa. Que no exista nadie a quien demostrarle nada. Que todas logremos la paz del éxito para nuestros adentros.

«Si se me da la oportunidad de hacer un cambio a mejor, prometo esforzarme y valorarlo», pensé. Y metí la canica en la urna transparente.

11

Lunes, 9.00 h
En el altavoz, Don’t Stop Believin’*, Journey*

Max se había ido a trabajar. Era el primer día de mis vacaciones autoimpuestas, pero tenía objetivos que cumplir; ahora Dios era testigo de mi voluntad, sería terrible fallarle el primer día.

Pensé que era hora de sacar mis pertenencias de la bolsa que me había llevado de la oficina, así podría prenderle fuego: tres tipos distintos de bálsamo labial, cuatro bolígrafos idénticos de tinta negra, dos gomas de pelo, una minifrasco de mi perfume favorito de madera y sal, dos cuadernos din-A5 y un bloc de pósits. Me resistí a quemar la bolsa, pero la aplasté hasta el fondo de la papelera.

Iba a buscarles un nuevo sitio en mi habitación cuando vi que el bloc de pósits estaba escrito. Se me aceleró el pulso. Corrí a por mi teléfono y le mandé una foto a Paige.

Mira esto.
Lo acabo de ver.

En el pósit había un número de teléfono y algo escrito en lo que supuse que era holandés por la firma en mayúsculas de la esquina: ERIC. Paige me respondió al segundo:

Paige
Tradúcelo ya. Qué monada.

Ya lo he hecho.

Paige
¿Qué dice?

Estos tiempos de aflicción
no dejan lugar al cortejo.

Paige
WTF

Es de *Romeo y Julieta*,
Shakespeare.

Paige
Si a ti te parece sexi...

Sí que me lo parecía. Me había sonrojado un poco. Si no estuviera mandando mensajes, Paige se habría reído de mí.

Paige
Escríbele, que te conozco.

Lo haré.

Nunca lo admitiré si me lo preguntan, pero esa pequeña victoria me dio aliento. Tenía hasta el jueves por la tarde en blanco en el calendario. Podía asomarme y sentir vértigo por la altura del vacío, o disfrutar de cuatro días enteros en los que nadie más que yo esperara nada de mí.

Aún tenía fuerzas para el optimismo. Fui a llenar la nevera, compré café un poco mejor para evitar salir y gastar seis libras

diarias en uno, improvisé un despacho temporal en el salón y me pasé horas escuchando *jazz* y anotando el libro de Ovidio.

No tenía un ritual para escribir. Ni una *playlist* concreta ni un opioide. De hecho, encontraba el trance una vez dentro, en el proceso. Es lo divertido de la ficción, que te permite entrar en un mundo tan extenso como tu mente sea capaz de soportar, y tan alejado de tu realidad actual como te sea necesario para evadirte. Me evadí un par de días en los que de verdad sentí un propósito, veía un rumbo, aunque las únicas cartas de navegación en las que estaba depositando quizás demasiadas esperanzas fueran mis propios textos.

El miércoles quedé con Madeline para desayunar. Me levanté temprano para imprimir y encuadernar en espiral un par de copias del guion terminado y me esforcé más de lo habitual en mi *outfit* porque uno de sus amigos inauguraba una exposición e íbamos a pasarnos después.

Me contó que esa semana había estado filmando en Berlín, y que ahora estaba hablando con unos chicos que hacían vídeos para ver si iban a Connecticut y podían sacar material gráfico sobre los Skull and Bones.

—¿Te suenan? Son una sociedad secreta de la Universidad de Yale. Me encantaría hacer un *spin off* de un libro donde se hablase de ella.

Me contaba cosas, y yo me preguntaba si en su círculo se consideraba un *catch up* normal de lo que has hecho en la semana.

Llegó la comida y me preguntó por mi propuesta.

—Tengo un guion al que le faltan solo retoques. Es algo *coming-of-age,* la incursión de una chica en el mundo adulto como si fuese

el infierno mitológico. Reflexiona sobre el cambio involuntario.

—Eso es lo mismo que *Hadestown*.

Hadestown es un musical que se estaba representando en el West End basado en el mito de Orfeo y Eurídice. Lo había ido a ver con Alex meses atrás, me había gustado.

—No del todo: en *Hadestown* rescatan a una chica del inframundo, pero habla más de la fe y de la duda. Yo hablo de la evolución de una misma, y no es una historia romántica.

Me molestó su comentario. Me gustaría saber si también se hubiera atrevido a decir en el *pitch* de *Clueless* que estaban contando la misma historia que Jane Austen en *Emma*.

—Además, si estuviese prohibido hacer *retellings* mitológicos de vez en cuando, *Furia de titanes* nos habría privado de la obra maestra que es Percy Jackson —lo dije riendo. A ella no le hizo gracia. Creo que no sabía quién era Percy Jackson.

—Ya —siguió—. Sinceramente, yo tiraría por algo más sencillo. Al fin y al cabo, a la gente siempre le gustan las mismas cosas: un amor prohibido, algo de superación, un patito feo que se enfrenta a la crueldad del mundo... ¿Tienes algo así? ¿Más «facilón»?

—Oh, sí —mentira—. Claro. Tengo muchas cosas que dejo a medias justamente por parecerme «facilonas», seguro que alguna se puede retocar.

—Fantástico, pues te diría que mejor si vamos por ahí.

No llegué a sacar el guion impreso del bolso. Tendría que pasarme horas revisando todo lo que había escrito en el último año, sabiendo que absolutamente nada giraba en torno al amor romántico o a la lágrima fácil, para encontrar algo que enviarle.

La exposición estaba en un *loft* de Belgravia. Había unas cuarenta personas y no vi ni una bandeja de canapés. Madeline me presentó al autor.

—Es de México. Estudia Spatial Practices en la Central Saint Martins, es un *crack*.

En media hora estreché la mano a unas doce personas que estudiaban en la Saint Martins. Mi discurso para cualquiera que me dirigiese la palabra era que había estudiado literatura y que justo acababa de terminar un guion que estaba presentando a productoras. No era para nada mentira, pero aún tenía la sensación de estar en una fiesta de disfraces.

—¿Y eres *freelance?* —me preguntó una chica que llevaba un gorro de Arc'teryx y un anorak de plumas (dentro del *loft...*).

—No. Hasta hace nada trabajaba en *tech*. Para la *app* de Spoon. No sé si la conoces.

—¡Tía, sí! ¡Me encanta esa *app!* Qué locura. El tío que la montó salió en Forbes, creo.

La madre que me parió.

Alex me llamó mientras la comisaria de la exposición hablaba. Salí a una de las terrazas.

—Hola, reina. ¿Dónde andas?

—Tía, ¿tú sabes qué carrera es Spatial Practices?

—Es algo que tiene que ver con el diseño innovador de todo tipo, creo. ¿Por?

—Nada, estoy en una exposición de un chico que estudia eso.

Me dijo que se había encontrado a Max y Leon tomando algo y que se iban a cenar, por si me apetecía ir con ellos.

—Es que la chica que me ha traído me va a ayudar con una cosa de trabajo y no quiero irme antes y parecer maleducada.

—¡Claro! No te preocupes. Pásatelo bien y nos vemos mañana. ¿Te ha dicho ya Paige lo de que John se va con ella? Menudo notición, ¿eh?...

—Qué mala eres —dije riéndome.

Colgué y observé a la gente. No volví a entrar. Necesitaba un momento. Me sentía tan ajena a todo aquello. Me recordé que estaba abriéndome a cosas nuevas, aprendiendo a confiar. Paige me diría que merecía estar allí igual que cualquiera de los presentes, aunque también pensaría que todos los presentes eran unos vendehúmos alternativos. «Esta gente se mueve en círculos interesantes, trabajan en museos, en instituciones culturales», eso me había dicho Madeline. «Esto es lo que hace la gente adulta. Se pone en situaciones que le son incómodas pero necesarias para llegar donde quieren», me decía a mí misma.

Seguía sin entender entonces por qué a los demás se los veía tan cómodos haciéndolo. Los miraba a través del ventanal: reían, se saludaban con interés genuino, se hacían cumplidos y se felicitaban por su último documental independiente sobre barrios marginales. No parecían estar fingiendo. ¿Era yo la única a quien le suponía un esfuerzo?

Busqué un poco de dopamina en otro lugar y respondí a Eric. Llevaba todo el día repasando frases de *Romeo y Julieta* hasta que una me convenció: «¡Oh! No jures por la luna, por la inconstante luna, cuyo disco cambia cada mes, no sea que tu amor se vuelva tan variable». Enviar.

Conseguí aguantar una hora más en la exposición, en la que seguían sin servir nada de comida.

—Sobre todo, mándame el texto. Algo facilón, apuesta segura —me recordó Madeline mientras me subía al taxi.

Entré a casa con la batería social destruida. Me tumbé en el sofá y abrí Instagram. Tenía que devolver la solicitud de seguimiento a las quince nuevas personas que me habían presentado y que ya habían colgado una *storie* sobre la exposición.

Analicé mi perfil pensando en qué primera impresión podría causar. Tenía poco más de treinta fotos. Muchas eran obras de arte, muebles que me gustaban, tipografías que encontraba en *packagings*. Tenía una foto con las chicas que nos hicimos en un espejo cuando fuimos a Berlín hacía un par de años. Salíamos riendo.

Ese año la madre de Alex había sufrido un infarto cerebral y nos habíamos prometido vivir de manera más consciente. Le regalamos entre las tres el viaje a Berlín, corrimos una 5k que organizó la facultad de Iris y leímos sobre el estoicismo. Entonces terminamos la universidad, empezamos a tener horarios distintos, y aunque sentía que no habíamos roto del todo la promesa, es cierto que el mantra se había ido diluyendo entre la rutina.

Me encantaba esa foto. De repente me apetecía mucho la escapada con las chicas.

Saqué el guion impreso que había llevado encima todo el día y lo lancé sobre la encimera de la cocina. «Yo creo que eres bueno». Se lo dije telepáticamente. Al guion, y a mí.

Entendía el consejo de Madeline. Supongo que debía hacerle caso; al final, ella era quien trabajaba en la productora y sabía qué funcionaba mejor. Sin embargo, pese a mi reciente crisis de identidad, yo nunca nunca iba a caer en las garras del sentimentalismo barato. Podía no tener ni idea de qué estaba haciendo con mi vida, pero no renunciaría a mi profundidad por ser más fácil de digerir. Antes rechazada que básica. Decidí que le mandaría el guion sobre mitología.

Me tumbé en la cama junto a la infusión de melatonina —habíamos renunciado temporalmente a la menta poleo; este período vital requería algo más fuerte—, y vi en el móvil algunos mensajes

de mi madre. Me preguntaba si todo estaba bien y cuándo podía llamarme; me echaba de menos.

Se me hacía complicado decirle que no estaba del todo satisfecha. «Bueno, es que no se puede tener todo», me decía siempre que me quejaba por teléfono. Yo no quería tenerlo todo, pero tampoco quería sentir dentro aquel nudo constante. ¿Y si no se iba nunca? O peor, ¿y si todo el mundo lo tenía? Quizás ese era el verdadero secreto.

A medida que envejeces, tienes la responsabilidad de seguir manteniendo la Navidad como una época mágica para los niños, y de guardar el secreto de ese malestar constante para quienes llegan nuevos a las puertas de la edad adulta. Quizás debería preguntarle a mi madre si ella lo tenía también. No, no quería saberlo. La compadecería.

En mi esfuerzo por navegar el despido como una aventura, opté por dejar a mi madre al margen y no preocuparla. Ya se lo contaría una vez que tuviese una alternativa, o un plan, o un nuevo trabajo. Como era incapaz de mentirle, llevaba casi una semana sin llamarla. Yo también la echaba de menos.

Al día siguiente no había *afterwork*. Paige tenía una reunión importante, así que por la tarde íbamos a prepararle una cesta de despedida para su nueva vida en Dinamarca, y la idea era dársela durante el fin de semana. Antes dejé la bolsa de viaje preparada y llamé a Madeline para decirle que finalmente le mandaría el guion que le había comentado.

—Ey, ¿estás libre? Justo voy ahora a una obra de teatro de una amiga; ven y lo das en mano. Y una copia para ella.

—¿Dónde es?

—En The Factory, un estudio encima del Arts Theatre, al lado de Seven Dials. Yo estoy allí en cinco minutos.

Había quedado para lo de la cesta, y lo cierto es que odiaba cambiar planes en el último minuto, pero poder enseñarle mi texto a alguien que estaba representando su obra en el Arts parecía una excusa aceptable.

—Dame un segundo y te escribo.

Llamé a Alex.

—Me vas a matar...

—Joder, tía.

—Lo sé, pero es que le va a pasar mi texto a una chica que tiene su obra en el Arts Theatre.

—Otra vez me cambias por Madeline. ¿Sois novias?

—Lo sé, lo sé, es que es una oportunidad —me excusé.

—Vale, escribo a Iris a ver si ella puede.

—No, no, yo quiero hacer la cesta. Vamos otro día, por favor.

Fui a meter el guion impreso en el bolso, pero no pude encontrarlo. Hice un par de copias de camino. Escribí a Madeline que llegaría en treinta minutos y salí por la puerta.

La obra estuvo bien. Conocí a la chica que la había escrito y que hacía también uno de los personajes, se llamaba Amelie. Me contó que la habían presentado de manera independiente en el Camden Fringe del año pasado y que a un productor le interesó. Ese verano empezarían a girar por Inglaterra.

Charlamos un rato y, antes de irse, Madeline me pidió el guion.

—¿Tienes también una copia para Amelie?

—Le pasaré el *feedback* a Madeline para que te lo haga llegar —añadió la chica.

—¡Claro, por supuesto! —Entregué a cada una de ellas todas mis esperanzas en ciento cincuenta páginas encuadernadas en espiral—.

No sabes cómo te lo agradezco. Y aunque no lo elijan, si tienen algún comentario para mejorar, yo, encantada.

Era la primera vez que algo así sucedía, que dejaba volar un texto. Aunque no tenía por costumbre ver nada de lo que hacía como un gran hito, intenté imaginarme la voz de Paige celebrando y sintiéndose orgullosa por mí. Había hecho algo distinto, un cambio elegido.

12

Viernes, 9 h
En la radio del coche, Tulsa Time*, Don William*

La estampa era increíble. El SUV verde oscuro de Paige, cuatro chicas y cinco maletas para dos noches.

—Dijimos a las ocho y media. —Iris se giró desde el asiento del copiloto.

—Había mucha cola en el Pret y necesitaba un sándwich de huevo —contestó Paige sin quitarse las gafas de sol.

La propuesta inicial había sido la costa amalfitana, pero entre que yo no tenía presupuesto y que Alex tenía el pasaporte caducado, finalmente optamos por Kingham, un pueblo de Oxfordshire famoso por sus casitas de piedra, sus cuchillos artesanales para cortar carne, y por ser el destino favorito de las celebridades inglesas para alejarse del bullicio de Londres.

Paige solo puso *country* durante las dos horas y media de trayecto. Alex se durmió al segundo e Iris miraba por la ventana. Yo aproveché para hablar conmigo misma un rato. Iban a ser tres días increíbles con mis amigas. No podía estar en un peor momento en mi vida, así que no había motivos para arruinarme la escapada con pensamientos intrusivos. ¡Más bajo que el suelo no podemos caer! Podía disfrutar de un fin de semana largo sin tareas pendientes o la cabeza en otro lado. Iba a practicar el *mindfulness,* iba a ser una con la naturaleza.

Pensé en avisar a mi madre y apagar el teléfono hasta el lunes, pero mi nivel de presencia no llegaba a tanto. Además, Madeline me había dicho que esa semana se resolvía el concurso para los proyectos subvencionados y, aunque no me había permitido ilusionarme, estaba esperando su mensaje.

—¡Ay!, paramos aquí, por favor —dijo Paige haciendo un cambio de sentido que casi nos hace derrapar.

—Tía, cuidado —dijo Alex despertándose.

—Pero si es un supermercado, ¿no? —dijo Iris abriendo la puerta del coche y teniendo casi que saltar para tocar el suelo.

Daylesford Organic era la versión campestre de esos supermercados carísimos y ecológicos a los que van los famosos en Los Ángeles. Lo cierto es que a mí también me hacía ilusión parar. Un par de tiendas en Notting Hill vendían algunos de sus productos, y su mantequilla salada había sido más de una vez mi capricho semanal. Aprovechamos para comprar un par de quesos, tostadas y vino, y Alex se pasó una hora en *shock* tras encontrar un kétchup a siete libras.

Por fin llegamos. Iris tenía cada detalle de las próximas setenta y dos horas estudiado con precisión. Nos quedábamos en un *cottage* que organizaba despedidas de soltera, y aunque ella había prohibido cualquier tipo de globo, banda o confeti, teníamos un extenso programa de actividades para las que se nos entrenó a conciencia: yoga a las 8.00 h, cerámica a las 11.00 h, taller de pasta a las 16.00 h.

La casa era de piedra miel con tragaluces abuhardillados y enredaderas de hiedra cubriendo la fachada. Los marcos de las ventanas estaban cuidadosamente pintados de azul claro, a juego

con las hortensias que las decoraban. El césped del jardín era de un verde intenso y había una mesa redonda de mimbre con cinco sillas alrededor. El interior estaba decorado con el mismo gusto: papeles pintados, sillones a cuadros, muy *Nancy Meyers meets the English countryside*. Me encantó.

—¿Cómo dormimos? —Me daba igual, solo quería dejar caer mi pesada bolsa de viaje en algún sitio.

—¡Sorpresa! ¡Todas juntas! —dijo Iris levantando los brazos.

—¿En serio? —saltó Paige.

—Son dos noches, estarás bien —le contestó Iris subiendo unas escaleras y abriendo la puerta del dormitorio.

Efectivamente, había una gran habitación con suelos y vigas de madera, y dos camas a cada lado decoradas con colchas de *patchwork*.

—Vamos a parecer los abuelos de *Charlie y la fábrica de chocolate* todas apretadas. —Alex se descojonaba.

—Voy a avisar a la chica de la casa de que hemos llegado. A la una es la comida en el jardín.

—Yo voy a ver este balcón —dijo Paige dejando su Keepall 50 de Louis Vuitton sobre una de las camas y sacando un cigarrillo de sus vaqueros.

Me había tomado bastante en serio mis *looks* para esos días. Me puse una chaqueta tipo Barbour y unas botas de agua caqui y bajé a la mesa donde las chicas me esperaban junto a una bandeja de pollo al horno y *mashandgravy.*

Iris inauguró la comida con un discurso. Brindamos por la amistad, por el amor, por el refugio de animales donde quería que hiciéramos una donación como regalo de boda...

—¡Somos muy afortunadas de crecer juntas! —Y chocamos las copas.

Hay pocas cosas que disfrute más que una sobremesa sin prisas. La idea de un jardín y un postre, y la posibilidad de hablar horas y horas hasta fusionar la conversación con la cena.

Estuvimos charlando sobre un par de polémicas que habíamos visto en internet y el último programa de *Love Island*. Alex juraba que si en dos años no tenía novio, se presentaba al *casting*.

—Eso es horroroso, allí no se encuentra nada más que lujuria —dijo Iris, como si le diera miedo.

—Por lo que estoy viendo, en Londres tampoco —contestó Alex. Y nos reímos—. Ah, hablando de lujuria... —Se giró hacia mí, ya casi ni recordaba que les debía el relato de mi cita: era el momento—. ¿Qué tal tu cita? Dime que te saltaste el *pub* por un buen motivo, por favor.

Les dije que Eric era encantador, que habíamos cenado *arancini* y que me había reído mucho con sus bromas.

—¿Y no hubo beso?

—No. Mejor.

—¿Mejor para quién? —Iris estaba realmente condicionada por la Bella Durmiente.

—Pues mejor para todos. Me lo pasé bien igual, y tampoco surgió. —Lo creía de verdad, no era para mí un indicador de éxito o fracaso.

Parecía que habíamos superado bien el tema, pero entonces Alex llegó a la conclusión lógica.

—Uf, y ahora lo ves por la oficina... Qué sexi.

Paige casi se atraganta. No podía mentirles.

—No creo que lo vea más. —Decidí al menos darle dramatismo.

—¿Por qué no?

—Es solo que no creo que vuelva a la oficina. Me han echado. —Vi ojos muy abiertos y manos tapando bocas de la sorpresa. Nadie

rompía el silencio, así que me vi en la obligación de tranquilizarlas—. Pero no pasa nada, de verdad, estoy bien.

—Alicia, no volverás a España por eso, ¿no? —preguntó Alex.

Me alivió caer en que no se me había ni pasado por la cabeza. Se ve que, dentro de mi indecisión respecto al camino correcto, alguna parte de mí estaba convencida de que debía seguir en Londres.

—¡Claro que no!

Les conté lo de la nota y les pareció demasiado romántico como para ser cierto.

—Será un psicópata, si no, no lo entiendo —dijo Alex.

—Vale, gracias. ¿No crees posible que nadie haga eso por mí?

—A mí me parece precioso.

—Gracias, Iris. Por eso a ti te va bien en el amor.

Esa era nuestra tarde libre antes de convertirnos al día siguiente en un grupo de *scouts* en un campamento de verano, así que aprovechamos para dar una vuelta por el pueblo y visitar las tiendecitas que vendían adornos navideños y salvamanteles de puntillas.

Noté a Paige un poco más apagada de lo normal. Esa noche nos esperaba una cata de licores, algo que encajaba sin fallos con su definición de diversión, y aun así no la veía emocionada.

El hombre que dinamizaba el taller resultó ser un encanto. Tenía unos sesenta años y un fantástico acento escocés. Nos describió con cariño los matices de cada bebida y no paraba de repetir lo mucho que le recordábamos a su hija.

—¿Y tiene usted nietos? —El tema favorito de conversación de Iris.

—Sí, una nieta, Poppy, nació el año pasado.

—¡Poppy es el primer nombre en mi lista para bebés! —Iris se emborrachaba poco, pero cuando lo hacía, no callaba nunca.

Lo de dormir las cuatro en una habitación después de probar ocho tipos diferentes de alcohol fue realmente una prueba de convivencia.

El yoga a las ocho de la mañana estuvo sorprendentemente bien. No pregunté qué tipo de práctica estábamos haciendo, pero no debía de ser yin yoga porque me divertí.

Aproveché que no teníamos cerámica hasta las once para empezar un nuevo libro, y Paige, que tuvo la misma idea, vio que ya no leía a Ovidio.

—Eh, es un libro nuevo. ¿Has terminado el guion?

—Sí, de hecho se lo he mandado a Madeline.

—¡Tía! ¿Y te ha dado algún *feedback?*

Lo cierto era que no había oído nada de ella desde el teatro, así que le mandé un mensaje preguntándole «si lo había podido presentar bien».

—No te lo conté, pero fui a una obra de teatro de una amiga suya en el Arts.

—¿Y qué tal fue? El teatro *amateur* suele ser divertidísimo.

—No seas así... Fue muy interesante. Eran solo tres actores que se encontraban en el funeral de un amigo mutuo, no se conocían entre sí y se ponían a recordarlo y acababan narrando la misma noche desde tres puntos de vista, creo.

—Ah, me lo imaginaba peor, no tiene mala pinta.

—Tienes muchos prejuicios: ¿sabes que Lloyd Weber empezó siendo un compositor *indie* antes de hacer *Phantom?*

A Paige le encantaba *Jesucristo Superstar*.

—No es eso, es que a veces la escena *indie* que va de diferente me da un poco de pereza, nada más. Pero entiendo lo que dices, hay que empezar por algún sitio, está claro.

La clase de cerámica no salió tan bien como la cata de licores. Nos recibió una señora con collares de bolas y el pelo rojo, que, obviamente, desconocía los conocimientos de Paige sobre estructuras y estética. Fue divertido verlas discutir sobre si la base de la taza era lo bastante gruesa como para aguantar el resto del barro.

Después nos tocó el taller de pasta. Me lo pasé genial haciendo ñoquis con un tenedor. «Cuando me jubile, haré esto todo el día», dije mientras estiraba restos de pasta y los ataba en forma de lazo.

Normalmente odiaba los talleres en los que al terminar tienes que comer lo que ha cocinado el grupo. No tenía fobia a los gérmenes, pero la imaginación me jugaba malas pasadas. Sin embargo, podía soportarlo esa vez que solo éramos las chicas y yo. Preparamos raviolis con ricota y una salsa de miel picante, y *pappardelle* con ragú.

Hacía bastante frío, era marzo en los Cotswolds, pero nos abrigamos bien y pusimos la mesa de fuera con un par de velas y un mantel de lunares. Me preguntaron más acerca de mis planes ahora que no tenía trabajo y Paige nos enseñó un par de pisos que estaba contemplando en Copenhague.

Cuando llegó el momento del tiramisú, Iris hizo sonar la copa con el tenedor.

—¡Atención todas! —Llevaba una balaclava crema que solo dejaba ver sus mofletes maquillados y hacía aún más evidentes sus enormes ojos marrones. Se puso de pie para hablar—. Después de este finde perfecto, solo puedo daros las gracias. Christopher y yo no tenemos aún fecha para la boda, pero quería aprovechar este momento para preguntaros si queréis ser mis damas de honor el día más imp...

—¿Te estás escuchando? —Alex la cortó de repente—. ¡No puedo más! ¿Cuándo os habéis vuelto así?

—Alex...

—¡No, Alex nada! —me contestó—. Estamos haciendo raviolis y hablando de damas de honor como si tuviéramos cuarenta años, por Dios. Y lleváis así un tiempo. Salgo más con Max y sus amigos porque vosotras estáis insoportables jugando a las amas de casa y las *businesswomen*.

—Alex, relájate —dijo Paige.

—¡Estoy relajada! ¡Sois vosotras! Tú con lo de Copenhague, Alicia está pesadísima con la chica esta que cree que la va a enchufar a trabajar en la National Gallery, y tú... —Miró a Iris como si la hubiera decepcionado, como si de verdad se sintiera traicionada—. ¿Te casas y quieres dejar el trabajo? ¿A nadie le parece una locura? Te vas siempre a casa a las once, ya no haces nada sin tu novio, tienes veintiséis años, tía. ¿¡Y por qué cojones tienes una lista con nombres de bebés?!

—Creo que estás proyectando —dije yo.

—No sé qué coño significa eso. —Se levantó de la mesa—. Me voy a hacer un porro. No llaméis a la policía, antes vosotras también lo hacíais.

Y se fue. Paige y yo nos quedamos mirando a Iris, que no se había movido en todo el discursito. Estaba llorando.

—Disculpadme.

También se fue. Me enfurecieron las palabras de Alex, la superioridad moral con la que creía hablar. No es culpa mía que no tenga ningún tipo de ambición. Sin embargo, la conocía lo suficiente como para detectar el evidente miedo que se desprendía de su pataleta. El mismo miedo a que el tiempo corra, a no poder controlar en qué nos transformamos, a ver a tus amigas mutar en nuevas

versiones que a lo mejor no encajan. Podía llegar a entender su temor.

—Buena fiesta —dije acercándome el Marlboro de Paige—. Y tú, cuando quieras, también me cuentas qué te pasa. —La señalé con un cigarro.

—¿A mí?

—Llevas todo el finde con la cabeza en otro sitio.

No me miraba a los ojos. Estaba jugando con un mechero tipo Zippo, abriendo y cerrando la tapa, con las piernas cruzadas y un poncho de lana crema encima de los hombros.

—John me ha dicho que no quiere venir a Dinamarca. Bueno, que no quiere nada, en general.

Ahí estaba, la caída. Y allí iba a estar yo, preparada desde hacía meses para ese momento. Aunque no esperaba tener que hacerlo a distancia.

—Oh, Paige... Lo siento. Menudo imbécil.

—No pasa nada, de verdad. Así también empiezo esta etapa sin distracciones. Mejor que me lo haya dicho ya y no allí con un alquiler a medias.

—No, total. Pero es una ruptura, al fin y al cabo, te va a costar.

—O no. Quizás es una bendición. Seguro que el universo me está protegiendo de algo.

—Paige...

—Estoy bien, de verdad. No te preocupes. —La abracé fuerte.

Subí a la habitación. No encontré a Alex, pero vi a Iris en la cama hablando por Facetime con Chris. La puerta estaba abierta, pero hice el gesto de tocar.

—¿Te apetece que hablemos?

Ella asintió con la cabeza y le dijo a Chris que después le escribiría. Me senté a su lado.

—No te lo tomes al pie de la letra. Creo que, simplemente, tiene miedo, como todas, pero ya sabes que no siempre es delicada al hablar.

—Creéis que tiene razón, ¿verdad? Aunque sea un poco.

—Cada relación es un mundo, Iris, no todas funcionamos igual.

—Ya, pero creéis que soy aburrida y que hago todo lo que quiere Chris.

—Estás comprometida y eso te coloca en un momento vital distinto, es normal.

—No me hables así, Liz, no soy idiota.

Tenía razón: si yo estuviera en su lugar, me moriría de aburrimiento. Cuando le preguntábamos qué había hecho durante la semana, todas las actividades incluían a Chris: «Fuimos con los amigos de Chris al teatro», «Vinieron los hermanos de Chris a cenar», «Chris encontró un sitio increíble donde cortan encimeras a medida»... No quería juzgarla o asumir que no tenía vida más allá de él, pero si la tenía, no la conocíamos.

—Bueno, solo es que nos da miedo que, Dios no lo quiera, pase algo, y que hayas descuidado partes de ti por estar con él, solo eso.

—Pero es que no estoy descuidando nada, soy feliz.

—Lo sé, de verdad. —Me lo creía—. Pero dejar el trabajo es perder mucha independencia. Y tener compañeros de curro, no sé, la vidilla que te da.

—¿A ti te gustaba ir a la oficina? ¿Verdad que no?

Es cierto que no nos hablaba de su día a día en el trabajo como algo agradable, ni nos había contado sus sueños profesionales, pero tampoco de su deseo de ser madre joven, o de pasarse el día eligiendo telas en Liberty para tapizar sillones. En ese momento caí en que no conocía sus pasatiempos, solo sus gustos.

—No, era horrible.

—Pues ya está. Igual que tú quieres escribir, yo quiero ser madre. No sé por qué lo veis tan mal.

—Bueno, yo también quiero ser mad...

Me interrumpieron Alex y Paige al entrar en el dormitorio. No sé si habían estado hablando, no dijeron nada. Nos fuimos acostando en silencio, apagando una a una las luces de las mesillas. Cuando estábamos ya todas en la cama, como esperando a que pasara una profesora a darnos las buenas noches, Iris volvió a encender su lamparita.

—No he organizado este finde con toda la ilusión para que te comportes como una adolescente en plena rabieta. Y Paige, a ti sé que también te pasa algo. Si no os apetecía venir, me lo hubierais dicho y habría ido sola al *spa*.

—No todas vivimos entre unicornios, Iris —saltó Alex en la oscuridad—. Alicia se ha quedado en el paro y Paige lo ha dejado con John.

Es decir, sí habían estado hablando.

—Pensaba que os ibais a vivir juntos. —Iris se giró hacia la cama de Paige.

—No, al final no —dijo ella sin destaparse.

—Vaya, lo siento mucho.

Ya nadie dijo nada e Iris apagó la luz de nuevo. La escena era bastante cómica.

Supongo que es lo que tiene crecer de la mano de tus amigas: no siempre podéis ir al mismo ritmo. Hay veces en las que te toca aplaudir por ellas mientras tú con suerte tienes fuerzas para sostenerte a ti.

Al volver estuvimos casi dos semanas sin vernos. Estaba un poco saturada de Alex, y aunque no tenía ningún problema con Iris y había seguido hablando por teléfono con Paige, la situación general era tensa.

No se lo dije a Paige, pero ponía de fondo sus vídeos de frecuencias milagrosas por las noches esperando el mensaje de Madeline. Aún no había pasado a la fase de buscar trabajo. Era un pequeño acto ritual, por actuar como si supiera que aceptarían mi texto y que no necesitaba alternativa. Ocupé esos días evitando cualquier tipo de reflexión que hiciera tambalear el ritmo de mirar hacia delante.

La conversación con Eric iba a más. Empezó mandándome frases y me hacía adivinar si eran de Shakespeare o de carteles publicitarios que veía por la calle: «Sabemos lo que somos, pero no en lo que podemos convertirnos». Al principio solo era eso. Luego seguí yo enviándole fotos de todos los puestecitos de tortitas holandesas que me encontraba y él puntuaba la pinta que tenían.

Eric
Cuando quieras te llevo a
probar las únicas que valen
la pena.

¿Dónde las hacen?

Eric
Las hago yo.

Me estaba empezando a caer muy bien. No sentía ninguna presión por que me gustara, ni que estuviera haciendo un esfuerzo por causarle buena impresión. A veces le mandaba a propósito un

mensaje sin sentido, simplemente para ver hacia dónde lo llevaba, y siempre conseguía sorprenderme para bien.

Una vez me mandó lo que parecía un mapa del tesoro, y luego vi que era la ruta para llegar al Shakespeare's Globe en el barco-bus. «¿Tenemos un rumbo claro?». Odio admitirlo, pero le sonreí a la puñetera pantalla del teléfono.

Esa fue la segunda vez que quedamos. Estábamos esperando en la pasarela de Embankment para coger el barco cuando me cogió de la mano para ayudarme a subir. «Al abordaje», le dije en cuanto puse un pie en la cubierta.

Le hizo mucha gracia y me besó. Llegamos al teatro y se empeñó en ir todo el rato con la mano en la oreja, como si yo fuera su guía y él llevase un pinganillo mientras le contaba los datos curiosos que recordaba de la universidad. Aún no sabía qué contestaría cuando mis amigas me preguntasen en condición de qué quedábamos, pero sabía que quería decirle que sí a cualquier propuesta.

13

Paige se iba el lunes. Mañana era sábado y habíamos reservado mesa para una última cena juntas antes del pequeño *show* de Kingham, así que no me quedó más opción que ver a Alex e Iris para organizar el regalo de despedida.

Acordamos vernos en Covent Garden a las dos, así no teníamos que comer juntas. Nos saludamos como siempre y fuimos a Choosing Keeping, una papelería increíble en la que compramos un par de lápices y utensilios que sabía que a Paige le harían gracia. Tendríamos que ponerle tabaco, seguro que allí era más caro. Esperamos a que terminaran de grabar la caja de cerillas personalizada que compramos en Matilda Goad, y cogimos también una bufanda de Ralph Lauren y una *gift card* de Joe and the Juice.

Iris dijo que no iba a colaborar a comprarle tabaco, así que se me ocurrió cambiarlo por un par de *vapers*.

—Los odia, le va a parecer una chorrada —comentó Alex mientras nos sorprendía la infinita cantidad de sabores que hay disponibles para encharcarse los pulmones.

—Esa es la gracia, le cogemos uno de pepino. —Compré también uno para mí.

Nos habíamos puesto de acuerdo más rápido de lo que cabía esperar, así que Iris nos convenció para sentarnos en una terraza y tomar un café.

Mi manera de gestionar el conflicto a menudo se limitaba a evitarlo, así que viendo que Alex no hacía ningún amago de pedir

perdón por su comportamiento, le pregunté a Iris por los preparativos de la boda y confié en que nos diera suficiente conversación como para volver a instaurar poco a poco la armonía. Cuando llevaba media hora hablándonos de las pruebas de peinado y de sabores de tarta, me arrepentí de no haberles preguntado si estaban viendo alguna serie que valiese la pena.

—¿Y tú que tal, amor? ¿Conseguiste contactar con el chico del trabajo? —me preguntó Iris

—Sí, nos hemos visto un par de veces. De momento es genial.

—¡Qué! ¿Cómo? ¡No nos has dicho nada!

Hace años aprendí que, cuantas menos capturas de pantalla les mande a mis amigas para que me ayuden a descifrar mensajes de hombres, mejor augurio para la relación. Lo cierto era que desde que empecé a hablar con Eric no había pedido ayuda en ningún momento y sabía que era buena señal.

—También he estado quedando mucho con Madeline. Me ha presentado a gente superguay. El otro día fuimos a una gala que organizaban en Shoreditch y estaba Paul Mescal allí. Fue increíble.

—¿Y te ha colado ya a trabajar en algún sitio? —preguntó Alex.

—¿A qué viene ese tono? —Ellas no sabían nada del guion, pero yo llevaba días esperando un mensaje de Madeline y no encajé bien que eso fuera lo primero que se dignaba a decir desde que nos habíamos sentado—. No es mi culpa que no tengas ningún tipo de ambición. —Fui bastante reactiva.

—Tu problema es que piensas que todas queremos lo mismo que tú.

La manera en que lo dijo, con una voz monótona y casi sin mirarme a la cara, me enfureció.

—¿Y qué crees que quiero?

—Creo que os han comido la cabeza con la idea de ser CEO y tener un Birkin, y si no tienes eso, vas a ser miserable toda la vida. Habéis asociado el éxito laboral al éxito en la vida y os olvidáis de que la mayor parte de eso es humo.

—Ya, pero tú me sueltas este discurso sin prescindir de nada. Es fácil ir de *hippie* cuando tienes dinero —le respondí.

—Y también es fácil ir de víctima cuando en el fondo no tienes un puto problema.

—Es decir, como no tengo cáncer ni he vivido una guerra, ¿no puedo quejarme de nada?

Vi que Iris se iba poniendo tensa y recordé que, efectivamente, yo no había vivido nunca un problema real que paralizase mi mundo. Alex sí. Sabía que debía tener cuidado con mis palabras, pero no me daba la gana.

—Puedes quejarte lo que quieras, pero asume que mientras lo haces pierdes el tiempo. No estás perdida en la vida, Alicia, tienes veinticuatro años.

—No sé hasta qué punto lo dices por mí o por reafirmártelo a ti misma.

Lo creía de verdad, que Alex tenía el mismo miedo que yo al paso del tiempo y a los cambios, a la sucesión de la vida, pero no le hacía frente y se dedicaba a reírse de quienes al menos lo intentábamos.

—No eres la única que no sabe qué hacer con su vida; no eres la única, en general. Nadie sabe qué hacer con su vida, pero ¿sabes qué? Vamos tirando. Y seguramente se nos hace más fácil porque no nos machacamos cada día pensando que ya tendríamos que haber comprado una casa o mierdas así. Simplemente nos levantamos y vemos qué toca hacer hoy y lo hacemos, y no lloriqueamos todo el rato con que una vida mejor nos espera al otro lado del arcoíris.

—Perdona por querer asegurarme de llegar a los cincuenta sin levantarme cada día con la sensación de que me paso ocho horas en un trabajo que odio —le contesté.

—Y crees que eso es lo que me va a pasar a mí, ¿verdad? Crees que me conformo. Nos miras a los demás con pena porque piensas que nuestra vida va a ser aburrida y miserable, por eso te encanta Madeline y te encanta Paige, porque a ellas no las compadeces.

Quizás simplemente eran la prueba de que era posible: sentirme cercana a ellas me aproximaba a la realidad que yo quería. Como una especie de ley de la atracción en la que nunca iba a aceptar que creía.

—¡Basta! —intervino Iris—. Es la noche de Paige, por favor. Os vais a comportar o me voy.

Llegamos al restaurante y Paige apareció unos minutos más tarde, elegante y sonriente, con el pelo recogido, un precioso vestido negro con hombreras que no le llegaba a las rodillas y unas botas de piel. Logramos establecer una tregua mientras los martinis estuvieron presentes. Comimos un atún riquísimo y recordamos noches de nuestra época en la universidad. «No te vas para siempre, ¿verdad?». Se lo hice prometer.

Llegamos a la tercera ronda de martinis y prometimos que sería la última. Siempre intentaba que las despedidas fueran lo menos reales posible, hablando como si la semana siguiente fuéramos a vernos en el mismo sitio a la misma hora, repitiendo una y otra vez los planes que teníamos para el futuro en los que estaríamos juntas.

Cuando tocó ir pidiendo taxis, le volví a preguntar si quería que fuéramos al aeropuerto a despedirla, aunque por dentro rezaba para que dijera que no.

—No, tranquilas. Iré con mis padres.

—Envía un vídeo del piso cuando llegues —le pidió Alex.

Quizás tenía razón: no solo quería a Paige, la admiraba de verdad. Pese a no soportar su doble estándar para los hombres y la vida, y la certeza de que con ella lejos seguramente cumpliría con Dios y dejaría de fumar, saber que no podría simplemente llamar a su puerta y cenar humus mientras veíamos *Al encuentro de Mr. Banks* por décima vez sonaba aterrador.

La abracé lo más fuerte que pude y le susurré muchas veces que me llamara tan a menudo como fuera posible.

—Te quiero mucho —le solté.

—Y yo. Estarás genial, ya verás.

Hacía bastante frío, pero el restaurante estaba a pocas manzanas de mi casa, así que volví andando. No fueron cuarenta y ocho manzanas ni llevaba unos tacones de cuatrocientos dólares, pero sí dejé caer alguna lágrima que, en contraste con el aire helado, me irritaba las mejillas. De nuevo el viento traía cambios. Sentía que era el peor momento, que habían venido todos de golpe y sin avisar, pero después pensé que nunca nada trascendental había llegado a mí con preaviso.

Antes de dormir volví a abrir el chat de mensajes con Madeline y me quedé mirando el que le había mandado semanas antes:

Hello, *baby*. Sabemos
algo del guion? Tenían que
haber elegido ya, no?

Aún sin respuesta. Y en persona no me había dicho nada tampoco. Otra cosa que había aprendido con el tiempo era que, por mucho que te quedes mirando fijamente la pantalla del móvil, el mensaje que esperas no llega antes.

Sabía dónde trabajaba porque había salido ya en un par de conversaciones, así que no me costó buscar la productora en Instagram y encontrar un teléfono de contacto. El lunes, quizás para que ese día pasara algo, además del vuelo de Paige, llamé a primera hora.

Me atendió un señor muy amable al qué le expliqué la situación.

—Sí, sé el concurso al que te refieres, esta semana tengo que ponerme yo en contacto con los seleccionados.

—Genial. ¿Así que ya se han elegido los proyectos?

—Sí, sí. Dime tu nombre de nuevo, por favor.

—Alicia Díez.

—Veamos... No me sale nada.

—Qué raro. Lo presenté a través de una amiga mía, Madeline... ¿Quizás está a su nombre?

—¿Madeline? Sí, trabaja aquí.

—Exacto, ¿podría comprobar si lo presentó con su nombre?

—Lo miro, pero no ha presentado ningún proyecto... Efectivamente, nada. —Me quedé en silencio—. Lo siento. ¿Quieres que le deje un mensaje de tu parte?

—No, no se preocupe. Gracias.

Dejé el teléfono sobre la mesa y brotó el llanto de golpe. Como una botella de champán descorchándose por la presión.

Mi plan. Mi optimismo. Mi esfuerzo por ser un músico que sigue tocando mientras se hunde el Titanic se había agotado. Había mantenido la esperanza, les había dicho a mis amigas que no tenía miedo, había enfocado mi energía en una sola oportunidad y había aguantado semanas sin confesarle mi miseria a mi madre.

Podía con todo eso, pero no con la humillación. Me estaba privando de ilusionarme con un tío por no llevarme un palo, y ahora

resulta que me la había metido una niñata bohemia mintiéndome a la cara por puro placer.

Me sequé las lágrimas con el puño de mi jersey de algodón de J. Crew.

No entendía nada. O sí, y tal vez por eso siempre me he encargado de todos los pasos. Odiaba tener que confiar en los demás, se me daba mucho mejor hacerlo yo. Me tendría que haber fiado de mi intuición.

Me sentía como Atlas cargando con la bóveda celeste. Llevaba meses cumpliendo mi deber de sostenerme, de soportar el peso, cuidando de mi centro de gravedad. Madeline había aparecido como Heracles, con su heroicidad, y había confiado en ella. Me había dicho que me sujetaba; yo visitaba el Jardín de las Hespérides y recogía las manzanas de oro que ella juraba que allí existían, para luego ser engañada y tener que volver a mi cometido de sobrevivir y ya, mientras ella se iba con los frutos a seguir con sus hitos.

No entendía qué ganaba con eso. Tenía que ser un error. No le mandé ningún mensaje. No me atreví.

Allí empezó. Con un pedido a domicilio inofensivo, con los platos sin fregar de la comida. Fue en aumento. Empecé a usar mi *vaper* de pepino tumbada en el sofá; pasé a estar gran parte del día tumbada en el sofá.

14

La primera semana aún quedé con Eric. Cuando vimos anunciada la última película de Christopher Nolan, yo no había entrado aún en mi estado de marchitamiento, Paige seguía en la ciudad, y no sabía que Madeline me iba a hacer quedar como una estúpida, así que decidimos que iríamos a verla en cuanto la estrenaran y no pude decirle que no cuando me mandó dos entradas por sorpresa.

Pensé que verlo podría disipar alguno de mis malos presagios sobre el mundo. Y, un poco, así fue. Con él me sentía en calma. Hacía tiempo que no me gustaba alguien, pero recordaba las últimas veces como un ir y venir de preguntas a mis amigas, de malos presentimientos, de adivinar constantemente. Ahora no había nada de eso. El tiempo con Eric era cálido, como si fuese lo lógico, inevitablemente correcto.

Como las últimas tres veces, dormí con él. Al despertar, me aseguré de memorizarme dentro de ese edredón. Protegida de cualquier realidad exterior por una armadura de plumas con funda de algodón azul marino. No era la primera vez que echaba de menos momentos mientras los vivía. Convivo con esto desde hace años. Ante un paisaje increíble, después de un buen día, durante un beso, de repente me detenía, «mierda, esto lo echaré de menos», incluso antes de saber si siquiera tenía final. Lo odiaba.

Lo peor era que, como medida de protección, me alejaba, me iba. A veces en contra de todas las partes de mí que se merecían experimentarlo y lo querían, y yo lo sabía. Pero no siempre era

valiente para esperar a ver dónde llegaría si me dejaba llevar. No quería arriesgarme a que fuese otro quien me arrebatase nada, así que me lo negaba yo. Me convencía de que no estaba preparada, de que no era lo que buscaba, de que, de que, de que... Como si no supiera que en el fondo me daba igual y que quería sentir, y que saliera bien. Y como si tampoco supiera que de lo que me había convencido era de que la caída era inevitable, así que mejor saltaba yo antes de que me empujaran.

Esa tarde, cuando me mandó una fotografía de una nueva panadería que había descubierto, asumí que me tocaba irme.

Los primeros días Max me preguntaba. Si había comido, si había llamado a Paige. Después ya no. Cuando se quejó por tercera vez de los envoltorios de barritas proteicas en el sofá, me trasladé a mi cama.

Empecé a jugar con mis relojes internos hasta desorientarlos. Dormía todo lo que el cuerpo me pedía, y cada día me pedía más. Hacía un par de meses había leído *Mi año de descanso y relajación,* y me parecía una fuente de inspiración más que adecuada para seguir adelante. Yo también me iba a encerrar durante un año hasta que todas las células de mi cuerpo se regenerasen y nacieran distintas, y luego saldría al mundo tras el cautiverio como una nueva versión de mí que no compartía tejido biológico con la anterior. Quizás podría hacerlo a mi manera, y alimentarme a base de cruasanes de almendra y cafés americanos con hielo hasta que el cuerpo me dijera basta.

En un principio era una tregua, un alto al fuego para recomponerme, pero encontré confort en el desapego total.

Es fácil soltar las riendas y dejarse marchitar, apagarse, que la voz en tu cabeza que asegura que no vale la pena suene cada vez más alto. Pasa más rápido de lo que crees.

Empieza en silencio, por eso la gente a tu alrededor no siempre lo ve. Con dos copas de más en una fiesta, o dejando de lavar el coche. Y cuando quieres darte cuenta, la lista de cosas que ya no importa si haces bien o mal es tan larga que te convences de que nadie va a estar atento a lo que elijas.

Me sentía cansada, aunque no daba más de treinta pasos al día. Era a la vez un cansancio físico y del alma.

Dejé de responder a Paige. Contestaba a mi madre lo justo para que supiera que seguía respirando y no me llamase. Tenía la sensación de vivir con una nube dentro que se hacía cada vez más y más opaca. Más de una vez pensé en escribir a Madeline. Me prometí que le diría algo respecto al guion cuando ella me citase para vernos, pero no me había escrito desde la noche de la gala en Shoreditch.

Tampoco hablaba ya con Eric, solo le contestaba. Un día me preguntó si me pasaba algo y simplemente escribí: «Nada». Desde entonces no me escribía y no le culpaba. Mezclado entre las muchas cosas que estaba haciendo mal esa semana, echar a perder mi relación con él quedaba camuflado. Empecé a sentir resentimiento hacia mí misma, hacia mi descuido, me daba pereza yo. Mi mente, que había sido siempre afilada y ágil con las palabras, no era capaz de describir los sentimientos con los que convivía. Y aunque a ratos lo intentaba, cada día daba un poco más igual seguir así.

Esa no era mi naturaleza. Lo sabía. No me importaba que los demás conocieran mi estado y se lamentaran: «Oh, qué pena, con lo joven que es, se ha echado a perder sin ambición». Qué más daba. Era yo misma quien, entumecida y frágil, sabía que por cada estación que dejase pasar sin prestar atención a mi propio suelo, pagaría un precio mucho más alto cuando intentase que de allí volvieran a salir frutos.

Por eso, cuando sentía que el nudo de dentro no estaba tirante, intentaba usar el sobrante de cuerda para alcanzar mi libreta y sacar algo fuera, ponerlo en limpio, y elegir qué hacer. Pero luego, como si fuera Penélope destejiendo su sudario a escondidas de Laertes, retrocedía y desdibujaba cualquier posible camino para evitar tener que decidirme por uno y aplazar un poco más mis deberes.

Maté así casi tres semanas. Ya no me quedaban episodios de *The Office* por ver y había llegado al punto de encontrarme más de una vez por semana con el mismo repartidor de comida al abrir la puerta. Eric me había llamado un par de veces, y ya era más vergonzoso contestar que no hacerlo. El único hoyo en el que no había caído era el de las redes. Llevaba muchos días sin entrar a Instagram y eso había hecho aún más real mi encierro.

Neel estaba en la ciudad y había insistido un par de días en desayunar. Me mandó un mensaje.

> Neel
> He visto a las chicas y dicen
> que no saben nada de ti.
> ¿Todo bien?

No le respondí y me mandó otro al día siguiente.

> Neel
> Como no me digas dónde
> quieres desayunar mañana,
> voy a tu casa y te saco a
> rastras.

Sabía que no le costaría pedirle a Alex o a Iris mi dirección y le creía totalmente capaz. No podía permitir que ni Neel ni nadie viera el estado de desorden extremo al que había sido capaz de llegar mi

habitación. Quizás tendría que ser mi primer contacto con el mundo exterior.

En el fondo me apetecía verlo, pero me daba miedo que me contase lo que le habían dicho las chicas y saber si se había liado otra vez con Alex, y en general tener que hablar. Pero luego pensé que sería más fácil mi reinserción en sociedad con alguien que tenía mucho que contarme y no al revés. Además, de primeras él no sabía nada de mi despido ni de mi reciente episodio maníaco, así que me parecía un encuentro poco hostil. Sabía que tenía que salir.

15

Me duché por primera vez en casi cinco días. Encima tenía la regla. Dejé a mi pequeño cuerpo de metro sesenta descansar bajo el chorro de agua caliente sin prisas. En un momento me puse de rodillas y así me quedé otro rato.

Lavarse el pelo a menudo es como darse otra oportunidad en la vida. Para los últimos diez segundos, puse el agua helada. Pensé que si me empapaba la cabeza con frío, notaría algún tipo de ligereza. Un poco sí funcionó.

No podía recordar la última vez que había escuchado música. Abrí mi lista con la intención de poner un *blues* de fondo, pero sin querer le di al *play* y empezó a sonar *Till the World Ends* de Britney Spears. Eso colmó el vaso. No fue la decena de tazas que se hacían compañía mutua al lado de mi cama, sino el *hit* electropop de 2011 lo que me delató por completo. Escuché toda la canción sentada en la tapa del váter, con una toalla en la cabeza y el albornoz blanco que compré por error dos tallas más grande, pero que me abrazaba como necesitaba. La cantaba y lloraba, y paraba de llorar, y volvía a cantar y a llorar sin orden alguno.

Me puse un conjunto de chándal en gris y me aseguré de que ningún centímetro de piel estuviese expuesto. Coloqué los calcetines ligeramente por encima de la goma del bajo del pantalón y la camiseta interior por dentro. Me puse la capucha, unas deportivas y un abrigo de paño azul marino hasta los tobillos.

Quedamos en el Serpentine Lido. Era una de mis zonas favoritas de Hyde Park y de la ciudad. Subiendo unas escaleras hay un pequeño puestecito de comida que poca gente conoce, donde sirven *tater tots* y granizados de margarita a cualquier hora del día. Pedí el primero a las diez de la mañana.

Le pregunté a Neel por sus últimos viajes y me contó que planeaba quedarse una temporada larga en Japón: «Quiero recorrer prácticamente toda la isla y estar allí hasta que empiece la temporada de esquí». Le recomendé un par de sitios que habían abierto en Londres desde su última visita y hablamos de lo mucho que nos gustaba el nuevo alcalde demócrata de Nueva York. Estaba evitando preguntarle por Alex, así que pasé directamente a Iris.

—¿Qué te parece lo de la boda?

—Bueno, ya sabes, a mí no me va, pero Iris siempre ha querido su cuento de princesas.

—Ya, supongo. —Me relamí el dedo y lo usé para rescatar los bordes de azúcar ácido de mi *frozen* margarita—. Pero me sorprende que alguien haga el esfuerzo de sacarse la carrera de enfermería para luego dejar de ejercer antes de los treinta, y más con algo tan vocacional. Te ha dicho que quiere dejarlo, ¿verdad?

Dudé de si era un error comentar con él el tema del trabajo, no estaba segura de que lo hubieran hablado entre ellos, pero después pensé que si Neel lo veía igual de retorcido que nosotras, él podría hablar con ella y hacerle entrar en razón.

—Yo creo que en un primer momento la idea fue de Chris y ella no solo se la ha comprado, sino que ha llegado a creerse que es lo mejor.

—¿Cómo vas a creer que eso es lo mejor?

—Bueno, en mi casa siempre hemos tenido que preocuparnos por tener un trabajo y dinero, supongo que casarse con alguien que

tiene esos dos ámbitos más que cubiertos es una manera de sentir que lo has logrado.

Lo miré como si acabara de descifrar un enigma.

Era cierto que, metida de lleno en mi día a día, podía perder la perspectiva del privilegio que me rodeaba. Mientras Paige había nacido en los Cotswolds, Iris creció en las afueras de Londres y no fue hasta empezar a salir con Chris que se mudó a la ciudad. A mí la carrera me la habían pagado mis padres; ella se había costeado la universidad a base de becas a la excelencia y trabajando de azafata en eventos de todo tipo; allí había conocido a Chris.

Quizás sí que era eso más que su creencia en los roles tradicionales. Poder dejar el trabajo simbolizaba haber cumplido el deseo por el que tanto había visto rezar a sus padres: dejar de preocuparse por tener uno.

—¿Sabes que una vez casi se hace un *piercing* en la nariz por Alex?

—¿Qué dices? —No me sonaba la historia.

—Sí, un día de San Patricio. Se ve que Iris dijo que no en el último momento, y como el trato era hacérselo juntas o nada, quedó en anécdota.

Me encantaría verla ahora con un *piercing* en la nariz. O en una *rave*. Sacarla de ese retrato perfecto que no sabía si se había creado a base de querer aparentar una imagen, o si era su verdadero yo y simplemente ahora tenía la libertad para mostrarlo.

—Ahora nunca se lo haría. Antes molaba mucho.

—Quizás la infantilización es la consecuencia del sobreesfuerzo, como la despolitización es la respuesta a una adolescencia defendiendo sin éxito causas mucho mayores que tú. Quizás derivarle a otro adulto la responsabilidad de tu subsistencia, y que

eso, además, se sostenga en la certeza de que te quiere, es una manera de curar a tu niña interior.

—Vaya, eres bastante lista, deberías ser escritora —dijo riendo.

—Bueno... —Terminé mi margarita—. Quizás no.

¿Quién me creo para estar buscando el sentido a la vida de mis amigas con una copa en la mano cuando llevo meses sin el valor de encontrarle uno a la mía?

Agradecí que, pese a mi evidente aspecto de mierda, Neel no me preguntara si me encontraba bien.

—Iris me dijo que estabas buscando trabajo de eso.

—Sí, bueno, buscando tampoco es la palabra. Intenté vender un guion a una productora, pero al final nada. Y ahora no sé, tengo que mirar qué hacer, no quiero tener que volver a España.

—Tampoco te estreses, está todo fatal. —Era reconfortante escuchar eso y no un discurso motivacional sobre que en un abrir y cerrar de ojos encontraría El Dorado.

—¿Tú cómo lo haces? Para subsistir sin tener un trabajo, quiero decir.

—Sí trabajo, pero lo hago en remoto. Si sumas tres o cuatro cosas pequeñas, te da para vivir de sobra.

—Vamos, como Alex, vives al límite.

Le hizo gracia el comentario. En el fondo, tenía mucho sentido que hubiesen estado saliendo.

—Espero que no sea así para siempre, pero por ahora me va bien.

Me resultaba muy curioso cómo podían tener ese estilo de vida y no sufrir a diario ataques de pánico.

—Por cierto, ¿has hablado con Alex? ¿Sabes si al final irá a la boda? —me preguntó. No le había contado que llevaba casi un mes sin saber de ella.

—¿Qué boda? ¿La de Iris?

—¿Qué? No, la de su padre en España.

—¿Su padre se casa? —No estaba entendiendo nada. A lo mejor se me había ido de las manos lo de hibernar.

—Sí, eso parece. La vi el otro día y estaba fatal, no quería ir.

Mierda. La madre de Alex seguía haciendo frente a muchas secuelas del infarto. Cuando salió del hospital, su padre les dijo a ella y a su hermana pequeña que no podía seguir así y que tenía que pedirle el divorcio. Alex fue viendo poco a poco cómo su padre se desentendió y cómo su madre tuvo que volver a aprender a hablar y hacer frente a los problemas de coordinación, a la vez que sufría el rechazo del que había sido su marido durante más de veinte años. Todas temíamos el momento en que su padre encontrase nueva pareja. Sabíamos que Alex lo llevaría fatal. De hecho, temíamos por la seguridad de la mujer que ocupara ese rol. No tenía ni idea de que ya había llegado, y mucho menos de que se fuera a casar otra vez.

—¿Y por qué se casa? Qué innecesario...

—No te lo ha dicho, ¿verdad?

Negué con la cabeza. Alex tenía la mala costumbre de no contar nunca sus problemas. Me ponía de los nervios, porque luego, cuando un día le echabas algo en cara, de repente te contaba las distintas batallas que estaba librando en silencio —de las que no te había dicho nada—, y las usaba como excusa para su comportamiento.

—Joder, tengo que hablar con ella. ¿Sabes cuándo es la boda?

—Me dijo que en un par de meses. No sé más.

Aunque quería matarla, el caso es que estaba pasando por un mal momento y yo no lo sabía.

—¡Oye! Pasado mañana es cuando corre la maratón. Yo estaré con Iris animando, vente y le das una sorpresa.

El año pasado no había podido ver a Max y Alex correr, y me había pasado los meses siguientes escuchando anécdotas increíbles. No era mala idea. De los siete años que llevaba en la ciudad, uno de mis días favoritos fue el de la maratón de hace cuatro o cinco, cuando salimos juntas y terminamos de fiesta en un *laser tag* con unos australianos.

Sabía que ese año también la corrían juntos, porque Max llevaba semanas probando todas las marcas existentes de geles de sales y tenía un *ranking* en la pizarra de la nevera para elegir su favorita y usarla en la carrera.

—Venga, hacemos eso. Te escribo.

16

Tuve un día para preparar mi vuelta al mundo. Me daba vergüenza, y miedo, y me parecía difícil. Había ciertos hábitos que habían nacido en mi letargo y a los que ya había cogido cariño: no tocar el móvil, comer en la cama. Suponía que en la calle tendría que mantener al menos una conversación, y lo cierto es que no sabía qué había pasado en el país en las últimas semanas.

Si pensaba en hablar con Alex, o en que me preguntasen por el trabajo, me encogía. Decidí que mi único propósito para ese domingo sería no dormirme.

Sonaron más de siete alarmas. Apliqué la técnica de los cinco segundos de Mel Robbins, y cuando llegué al cero me levanté camino de la ducha sin darle tiempo a mi cerebro a convencerme de que no lo hiciese. Estuve dentro casi una hora. Subí la temperatura al máximo hasta dejarme el pecho rojo por contacto con el agua. Me puse una mascarilla en el pelo, me eché crema... Lo que hiciese falta para convencerme de que quería salir de casa.

El concepto de correr, como el de muchos deportes, me parecía poco práctico. ¿Correr para qué? Sin embargo, había algo enternecedor en animar. Miles de personas reunidas simplemente para apoyar que otras miles logren hacer algo dificilísimo.

Iris, Neel, Leon, Olivia y yo nos colocamos en una esquina ya cerca del kilómetro 40, pasado el Strand. Los grupos de amigos se reunían estratégicamente en las terrazas de los bares orientados al río, y no había mejor plan para ese día que pasarlo entero bebiendo

y chillando por aquellos que demostraban mucha más autodisciplina que tú.

No era una ocasión triste, era una fiesta, y, aun así, me despertaba un tipo de nostalgia difícil de explicar.

Llevábamos desde las nueve de la mañana en posición. Había visto correr a gente con prótesis en una pierna, con pañuelos rosas en la cabeza, con fotos de seres queridos en la camiseta. Pasaron madres e hijas de la mano y personas mayores que quizás corrían por décima vez, o que habían decidido empezar ese mismo año.

Yo no había corrido una maratón, pero conocía la sensación de querer dejarlo estar, de cuando todo tu cuerpo ya te ha convencido de que no puedes más y tienes que seguir. Londres era miles y miles de personas luchando contra eso durante horas y ganando.

En más de una ocasión a lo largo de la mañana deseé saltar la cinta que marcaba los límites y ponerme a correr. Acelerar tan rápido como pudiese. Chillar. Saber que estaba delante de un reto y conseguirlo. Esforzarme por algo durante mucho tiempo y hacerlo bien. Quería volver a sentir orgullo de mí misma.

Vimos a Alex y Max aparecer desde una esquina y nos pusimos en pie a saltar y gritarles con los brazos abiertos. Se acercaron y nos abrazamos todos sin parar de gritar.

—¿Qué haces aquí? —me dijo Alex acercándose.

—¡Animar! ¡Estoy muy orgullosa de ti! —La abracé fuerte.

—¡Te quiero! ¡Después te vienes de fiesta! —Me dijo adiós con la mano y siguió corriendo.

Cuarenta kilómetros separaban el campo de batalla de Atenas, y esa fue la distancia que Filípides corrió sin descanso tras el enfrentamiento para avisar a su pueblo de que habían vencido a los persas. Cuarenta kilómetros para anunciar que habías salido victorioso de la lucha.

Miraba orgullosa a cada persona que pasaba por delante, les íbamos recordando que ya prácticamente lo tenían, faltaban menos de dos kilómetros.

Hubo un tiempo, cuando tenía catorce o quince años, en el que me dio por hacer listas de las grandes gestas que querría lograr en mi vida, y recuerdo que una de ellas era correr una maratón. Otras que puse fueron ir al Nepal, dormir en un desierto y aprender a surfear. De estas tres, ahora tan solo me parecía relativamente divertida la del surf. ¿Cuándo tuve ese espíritu aventurero? Supongo que el realismo, o el riesgo, o el precio de las cosas no son conceptos que aparecen instantáneamente en la cabeza seguidos de cualquier idea hasta pasados los veintialgo.

Después recordé que también decía que a los dieciocho me mudaría de país y tardé un poco más, pero lo hice. No había sido por escapar de nada, ni por perseguir un sueño en concreto; simplemente decidí que quería un lienzo en blanco y me fui. Cuando miraba atrás, lo recordaba como un muy buen momento. Entonces no me dio miedo la incertidumbre.

Estaba siendo testigo de cuánta gente era capaz de hacer cosas difíciles que seguramente le daban miedo, o para las que no se sentía preparada. Si pudo una anterior versión de mí, ¿cómo no la voy a honrar pudiendo también ahora?

¿Cómo iba alguien a parar ahora, a menos de dos kilómetros de la meta, si una versión de esa misma persona la había levantado cuando aún les faltaban treinta o veinte?

¿Qué coño llevo haciendo más de tres semanas pudriéndome en la cama y repitiendo lamentos exagerados como si no tuviera miles de motivos para levantar el culo y hacer algo?

Cuando cogí la piedra aquella noche en St. James, le había prometido a Dios que sabría aprovechar y valorar el tiempo si me lo

concedía. De momento, no me había echado de este mundo y yo no estaba cumpliendo mi palabra. Me sentí una dramática y, aun así, me puse a llorar. Ahora resulta que las maratones son los nuevos vídeos de militares americanos volviendo a casa.

Decidimos ir corriendo hasta la meta y encontrarnos allí. Íbamos cortando por las calles colindantes y empezamos a ver gente que ya había terminado y que sonreía y levantaba los puños al aire. Al llegar, la carga energética era tan fuerte que el lugar habría podido explotar en cualquier momento. Max cruzó la meta y Alex lo siguió un par de minutos después. Lloré de nuevo.

Nos abrimos paso entre cámaras de televisión y grupos de gente celebrando. Había un hombre al que estaban entrevistando y se había formado un corrillo a su alrededor. Dijo que había salido a correr por primera vez con cincuenta y tres años. En ese momento decidí que tenía tiempo para todo lo que quería, y que quizás en el futuro me volvería a poner de acuerdo con mi yo de catorce años y me prepararía para correr una maratón.

—¡Todos a The Crown! —gritó Alex.

Y eso hicimos. No íbamos al *pub* desde que Paige se fue. No sabía si iba a ser extraño ahora que no estábamos todas, pero esa noche no lo fue. El sitio estaba a reventar. Marcus corría de un lado a otro con raciones de alitas y no comentamos nada acerca de nuestras recientes trifulcas. Me reía sin esfuerzo. La tristeza que llevaba semanas sintiendo con certeza de repente parecía que no sabía a qué aferrarse.

Cuando cerró el *pub,* la gente se movilizó en masa hasta un local de *jazz* un par de calles más abajo, y de allí terminamos en una discoteca latina donde ponían reguetón.

—¿Me acompañáis a fumar fuera? —les dije.

—¡Claro!

Nos sentamos en el escalón de un portal.

—¿Queréis hacer un *afterwork* esta semana? —pregunté expulsando el humo—. No tengo un *work* al que ir, pero es la excusa más que nada.

—¡Sí, por favor! —Iris me puso la mano en la rodilla—. No sabéis cómo lo echo de menos.

—Claro, sí. Por mí genial. —Alex aceptó.

En ese momento le sonó el móvil a Iris.

—Pues no sé, por Waterloo creo... No es tarde, aún no son las dos... Sí, me quedaría un poco... Vale, ahora voy... Que sí... —Miré a Alex, confundida; «Ahora te cuento», dijo bajito—. Me tiene harta —dijo Iris al colgar.

—¿Era Chris? —le pregunté extrañada.

—Sí, tengo que ir pidiendo un taxi.

—Oye, si te apetece quedarte, quédate. ¿Mañana no tienes turno de tarde? —dijo Alex.

—Ya, sí, sí, tienes razón. También es verdad que estoy cansada. Hablamos para vernos, ¿vale? Y haced las paces, por favor.

Seguí mirando a Alex sin entender demasiado.

—Es que, como has desaparecido, no te has enterado... —me dijo Alex—. Se ve que le contó a Chris nuestra bronca en Kingham y creo que a él no le hizo mucha gracia... Están un poco picados.

—¿Con Chris? ¿No le hizo gracia qué?

—Cree que le hemos comido la cabeza a Iris con lo del trabajo.

No sé si me sorprendía o no, pero me preocupaba que Iris acabase pensando algo por el estilo.

—Oye, ¿y tú con el chico ese de la oficina? —me preguntó Alex.

—Pues genial, la verdad. Hemos quedado bastante.

Omití la parte en la que ya había decidido que autosabotearía mi posible relación con el único hombre con potencial que había encontrado en los últimos años.

—Me alegro.

Seguíamos sentadas en el escalón del portal. Aún no le había dicho que sabía lo de su padre ni que quería pedirle perdón.

—Oye, ¿te apetece que comamos juntas el martes o así? Antes de vernos con Iris el jueves. Y nos ponemos al día. —Pensé que era mejor hacerlo a la luz del día y sin dos *gin-tonics* encima.

—Claro, sí —me dijo sin apartar la mirada del frente—. ¿Te puedo pedir un cigarrillo?

—Claro, toma.

—Gracias.

17

Lunes, 10.00 h
En el altavoz, Work Song*, Hozier*

Odio salir los domingos. No es que tuviera un plan increíble para el lunes que echar a perder, pero me sentía un poco peor si veía a toda la ciudad en pie y funcionando a las ocho de la mañana y yo apenas podía hacerme un café sin manchar la encimera.

Recordé que el día anterior había decidido poner fin a mi autocompasión. Nunca pensé que los *runners* me iban a dar tanta perspectiva. Me senté en el suelo, que ya estaba calentito por el sol que entraba de fuera, y apunté en mi libreta las cosas pendientes mientras sostenía la taza.

Se me empezó a hacer bola: tenía que hablar con Paige y contarle todo, darle explicaciones a Eric, encontrar un trabajo... Tenía que llamar a mi madre. De repente me vi a los pies de un monte muy empinado que no sabía por dónde subir y todas mis ganas del día anterior no fueron suficientes.

Pensé que lo mejor sería empezar por Paige. Tenía un mensaje suyo sin responder hacía semanas. Me había llamado tres o cuatro veces, y no lo había cogido. Contestó la llamada.

—¿Quién es?

—Paige...

—¿De parte de?

—¡Paige!

—Te voy a matar. No he sabido nada de ti. Tuve que escribirle a Max para asegurarme de que estabas viva y me dijo que habías jurado una especie de voto de silencio.

—He estado fatal, tía.

—Y yo también, joder. Quería hablar contigo.

—Lo siento.

Me daba vergüenza contarle el punto al que había llegado mi decadencia el último mes, sabiendo que Paige no se autorizaba a sí misma a tener más de dos días malos seguidos.

—Alex me dijo que solo quedabas con Madeline.

Que la mencionase me pesó en el estómago. No le había dicho que me la había jugado; a nadie.

—No la veo desde hace un mes. —Me limité a eso.

—Vaya, ya me contarás.

La conversación no estaba fluyendo.

—¿Qué tal por allí? ¿Estás ya totalmente instalada?

—Sí. Aún se me hace un poco raro, pero el trabajo es genial.

—Qué bien. —Oí el ruido del mechero a través del teléfono y a Paige haciendo una pausa para dar una calada.

—Sé lo que estás haciendo. Te compré un *vaper* de pepino por algo. —Se rio.

—Menuda vergüenza, qué asco. No lo he tocado más que una vez. —Me reí yo también.

Poco a poco fuimos cogiendo ritmo, acompasándonos. Hablamos de temas más triviales, de que Neel esta vez no se había liado con Alex, de que en Copenhague las tiendas eran increíbles. Acabé saliendo al balcón a por mis cigarrillos de emergencia y fumando uno a distancia con mi mejor amiga. Supongo que Dios no me lo tendrá en cuenta.

—¿Cómo llevas lo de John?

—Bien, bien. Al final todo pasa por algo.

Qué rabia me daba.

—Vale, pero, aparte de eso, las cosas no solo pasan, también hay que sentirlas.

—A ver, divertido no es. Creo que me ilusioné sin motivo. Fui tonta.

Ahí quería llegar yo.

—Tonta no, Paige. Lleváis dos años actuando como si fuerais pareja, ¿se supone que no tenías que sentir nada?

Me contó que el muy cobarde no le había dirigido la palabra desde que se había ido. Ni un «buen vuelo», nada.

—Me encantaría estar allí, de verdad —dije.

—Tía, pues vente. ¿Cuándo mejor que ahora que puedes venir entre semana? Busco unos días en que pueda teletrabajar y ya.

—Los vuelos son carísimos. Ahora no puedo, pero a la que encuentre trabajo, voy.

—Te lo pago yo y me lo devuelves cuando puedas. En serio.

—No, Paige. Me sentiría fatal.

—Y yo si no vienes. Necesito hacer un café contigo, aquí casi no tengo amigos, por favor. Además, ¡recuerda lo que te dijo la tarotista!

No me acordaba. El año pasado a Paige le habían recomendado una mujer que supuestamente leía las cartas mejor que nadie en la ciudad. Contra mi voluntad, me arrastró a un piso en Whitechapel, en el que pasé el peor frío de mi vida, y además de mil tonterías abstractas que cualquiera podría interpretar a su gusto, la señora me dijo que en Copenhague iba a encontrar una persona que cambiaría mi mundo.

—Tienes que venir a encontrar al amor de tu vida.

Me negué un par de veces más, pero acabé aceptando. No por encontrar al amor de mi vida, sino porque habría ido andando hasta Dinamarca sin rechistar solo por una mesa, un vino y poder contarle a Paige lo que me pasaba.

—Hoy miro vuelos y te digo. No puedo esperar. Te llevaré a un restaurante increíble.

Nos despedimos e hice un *check* en mi lista mental de cosas a las que hacer frente. Me sentó bien empezar.

En ese momento, Max apareció en el salón en calzoncillos y sudadera. Tenía una pinta horrible y hacía sonidos extraños. Vi que no estaba en el mejor estado para conversar, así que le dejé espacio mientras intentaba abrir la nevera y servirse un bol de leche con cereales.

—Joder, no bebo más —dijo, dejándose caer en el sofá y salpicando de leche su pierna—. Qué mierda.

—Un poco más e invitas a todo el bar a casa, ¿eh? —dije levantándome del suelo. Ignoró el comentario.

Intenté mantener el ritmo durante la semana. Levantarme relativamente temprano, hacer un esfuerzo por maquillarme, salir de casa. Sabía que el paréntesis llegaba a su fin, y después de ir a visitar a Paige, no podría tardar mucho más en ponerme a trabajar. En casa la memoria muscular aún me arrastraba hasta la cama por inercia y me sentía tentada de hacerme un ovillo, pero empecé a negociar conmigo misma y me obligaba a ir andando a una cafetería cercana a cambio de un bollo de nueces pecanas.

Eso había hecho el día anterior, y ahí estaba otra vez. Abrí el portátil dispuesta a resolver algo. Había logrado actualizar el perfil de LinkedIn sin ponerme a llorar, así que pensé que estaba preparada para echar un vistazo en un portal de empleo.

Casi todas las ofertas eran para ser profesora o trabajar como *copywriter* en empresas de otros sectores, que era básicamente lo que había hecho hasta ahora. Mientras me resignaba a las consecuencias de estudiar literatura, hice una última búsqueda por si había alguna vacante como guionista: «Experiencia en el sector, tres años de experiencia en el sector, dos años de experiencia en el sector...». ¿Cómo iba a lograr experiencia si para entrar ya tenía que haber estado en el sector? Sabía que la manera de acceder a ciertos *mundillos* no era mediante ofertas de internet. Eso había aprendido de Madeline. Yo también quería saltarme la cola.

Quizás debía hacer algo tan increíble que me diera las suficientes credenciales como para irrumpir directamente en la cumbre. ¡Pum! Lin-Manuel Miranda, cuatro premios Tony con su debut en Broadway, algo así. *My shot*.

Las ofertas que parecían interesantes tenían, además, un sueldo ridículo. ¿Así cómo va a tener una chica su nevera de doble puerta y con dispensador de hielo?

Pensé en sitios que quería visitar y cosas que quería poder hacer en mi día a día y me sentí culpable al ver qué poco de lo que estaba logrando me podría llevar hacia allí. Me sentí culpable por querer cosas tan fuera de mi alcance. ¿Es avaricioso querer vivir una vida que te haga ilusión? ¿Qué culpa tengo yo de tener gustos caros? Pero entonces me abofeteaba y me sentía ya no culpable, sino ingenua. Ingenua al pensar que había algún tipo de sistema que podría *hackear,* que todo el mundo quería algo bueno, pero que iba a ser para mí.

Debía serlo. Envié mi currículum a un par de ofertas que parecían decentes y luego me puse a ver un vídeo ensayo en YouTube.

Sonó una notificación en el teléfono, el nombre de Eric aparecía en la pantalla.

Eric
Ey. Sé que verás el
mensaje. ¿Hablamos?

Joder. A saber cuántos años de mala suerte acumularía si no le respondía a un hombre que había tenido el valor de enviar ese mensaje. La vida me había brindado la oportunidad de gestionarlo sin ser yo la que diera el primer paso, así que la aproveché.

Hola. Perdona, lo he
hecho fatal. Estas últimas
semanas he estado bastante
mal. Te parece si te llamo?

Me llamó él. No oía su voz desde poco después de que Paige se fuera, y por algún motivo escucharla me hizo sentir que ya hacía mucho tiempo de eso.

—¿Qué ha pasado?

Había algo en su templanza que me hacía muy difícil no sentirme a salvo. No lo dijo enfadado, ni en tono acusatorio, ni siquiera parecía preocupado.

La pregunta directa me desarmó. Era la misma que me hacía yo. ¿Qué ha pasado? Sin embargo, cuando la intentaba responder en mi cabeza, parecía tan compleja que optaba por seguir quejándome y no perder energía. Ahora, en voz alta, de repente sentí que no había pasado nada y que no podía decírselo sin que sonara ridículo.

Lo intenté. Le conté lo de Madeline, que me había mentido con lo del guion. Le dije que Paige ya no estaba en Londres y que lo llevaba fatal. Que aún no había sido capaz de decirle a mi madre que me habían despedido y que eso me quitaba el sueño. Le dije

que no sabía cómo iba a conseguir un trabajo que me hiciera feliz y que había estado semanas sin hablar con mis amigas.

—¿Y por qué me dijiste que no pasaba nada cuando te pregunté?

¿Cómo explicarle que me había invadido la certeza de que mi tiempo con él se acabaría tarde o temprano? Que, lejos de ilusionarme ante la posibilidad de que se convirtiese en algo cotidiano, sentía que ya había abusado demasiado de la buenaventura y que si seguía, más inútil sería la amortiguación cuando me tocara poner los pies en la tierra.

—No lo sé. No quería agobiarte. Lo siento.

Le pregunté por el trabajo, por su hermano, por la última película de Wes Anderson. A los cinco minutos parecía que el último mes no había existido. Hablábamos y yo me reía, me relajaba sin esfuerzo; hablar con él me hacía bien.

—Oye, ¿te apetece ir a cenar un día de estos?

Me gustaba mucho, pero sabía que odiaría acostumbrarme a ese ritmo, ir pisando cada vez más el acelerador, quizás hasta confiarle el volante para que finalmente frenase en seco una tarde cualquiera y me dijese que tenía que bajarme. Antes me tiraba del coche en marcha. Era estúpido. No había nada en Eric que avisara de un mal pronóstico, y aun así allí estaba yo planeando mi huida. Por miedica. Por negarme a aceptar que podía ser algo bueno en un mal momento, por no querer darle esa responsabilidad, ni ese poder.

—Estas semanas tengo que encontrar trabajo como sea, y he de ir a ver a Paige, y no sé si podría estar con la energía que mereces... Creo que por ahora no puedo aceptar.

«Cobarde. Sí puedes. Deja de convencerte de que tienes miedo cuando lo que te da miedo es que tienes ganas». Eso me tendría que haber dicho Eric, y seguramente haberme mandado a la mierda también.

—Vaya, es una pena. Está bien, espero que poco a poco te ordenes.

Era plenamente consciente de que estaba haciendo lo que tantas veces había criticado en los exnovios de mis amigas: usar el pretexto de un mal trago en un ámbito concreto de mi vida, para justificar mi pésima voluntad respecto a los otros ámbitos.

—Yo también.

18

Jueves, 17.30 h
En los auriculares, Piano Man*, Billy Joel*

Esa tarde tenía que estar en The Crown a las seis, así que le propuse a Alex quedar sobre las cuatro en Clerkenwell. Apareció con un cortavientos beis, una bandolera cruzada y unos pantalones caqui a juego con un gorro de lana que le dejaba dos rizos rubios sueltos en la frente.

—Antes de que digas nada, quería pedirte perdón —dijo nada más sentarnos a la mesa.

—No, tía —la interrumpí—. Yo también tengo que pedir perdón.

—¿Crees que está mal? ¿Crees que en algún momento tendré que elegir? —Le dije que no sabía a qué se refería—. Es decir, casarme, comprar una casa, tener un solo trabajo para siempre, llevar a mis hijos a Disneyland...

—Si no quieres eso, no. Además, Disneyland es superdecadente.

—Ya, pero no sé cuál es la alternativa. Siento que poco a poco todo el mundo pasa por ese aro. Total, ¿para qué?

—Pero no tienes por qué llevar a los niños a Disneyland, quizás te cases con un moderno y pasaréis los veranos en Biarritz surfeando.

—Qué agobio, tía. Me toca tanto los ovarios que se haya decidido que eso es lo que hay que hacer.

Podía llegar a entender su inquietud. Sabía que a mí no me daba miedo la idea de construir un hogar, encontrar alguien con quien

compartirlo, ir a ver a mis hijos jugar al fútbol los fines de semana, hacer cenas en el jardín. Pero también sabía que afrontaba ese escenario con optimismo. Si bien llevaba semanas dudando de cómo seguir adelante, en ese momento me reconfortó ver que continuaría apostando por tener un buen sueldo, una casa preciosa y un marido que no me pediría el divorcio si me daba un infarto cerebral.

—¿A mí qué más me da ser rica, o tener dos coches y un marido banquero? Es que me da igual, es todo fachada, tía. Me agobia perder así la vida, no quiero.

Sabía perfectamente qué había llevado a Alex a pensar que era «perder la vida». Aun así, me sorprendía la poca confianza que mostraba.

Nunca había analizado hacia dónde ir. Se movía en direcciones opuestas o retrocedía, y le daba igual si era bueno o malo. Paige lo consideraba una condena, un desorden constante, un conformismo extremo. Yo estaba empezando a dudar. Quizás Alex tenía la capacidad de hacer agradable cualquier situación en la que se encontrara, y por eso le daba igual dónde estar.

—Alex, pero tú me lo dijiste, que solo querías un trabajo que te permitiera vivir para hacerlo como quieras.

—Ya, es que me da miedo que al final no me quede alternativa. Que con cuarenta años todas estéis establecidas y me miréis con pena y penséis que soy un desastre.

—Nadie pensará eso.

—Tía, todo el mundo piensa eso. Al final tienes que seguir el mismo patrón porque, si no, no cabes en ningún sitio. Te lo dije, os comen la cabeza con ser tu propia jefa y hacer dinero y lo peor es que con el tiempo perseguir cualquier cosa que no sea eso parece un error. —No dije nada porque quizás era cierto—. En algún momento tendré que vivir una vida en la que no creo, es eso.

No la podía culpar. Yo tampoco quería nada que no incluyera una cocina preciosa con una isla central y un despacho en casa desde el que trabajar bajo mis normas.

—Oye, Neel me contó lo de la boda de tu padre.

—Menudo cabrón. —Lo dijo en castellano.

—¿Irás?

—No sé. Mi hermana sí... Creo que usaré la excusa de la distancia.

Estaba triste, se le notaba. De repente dejó de gesticular y de mirarme a los ojos al hablar.

—No sabía que tenía pareja —le dije.

—No sé. —Dejó la taza en la mesa—. Es de su trabajo. Mi hermana me dijo que era viuda. Hace meses que vive con ella y convive con sus hijos y todo... Vamos, que puede salvar a una familia, solo que no es la suya.

No podía imaginar lo complicado que debe ser sentir rabia hacia uno de tus padres y a la vez tratar de entenderlo, o desear seguir queriéndolo. Me limité a escucharla. Sabía que nada de lo que dijera podría servirle.

—Es que no quiero que mi madre esté sola ese día, ¿sabes? Hablaré con mi hermana, y si ella va a la boda, quizás yo vaya a casa.

En momentos así veía lo fáciles de resolver que eran mis problemas.

—Lo siento mucho, Alejandra. Qué mierda.

Me miró y vi que tenía los ojos vidriosos.

—¿Crees que escapo de las cosas?

—¿Qué?

—Que por eso no me puedo atar a nada, porque necesito tener la opción de irme. Cambiarlo todo, todo el rato, para no llegar a ver

nada morirse, no sé. Así en ningún momento habré elegido mal, me voy y ya. Puede que sea igual que mi padre.

—No digas eso. Tienes una energía que no he visto en nadie más para hacer cosas y conocer gente. Si no lo persigues, te apagas, no es que huyas de algo. —Lo creía de verdad.

—Creo que me reboté tanto con Iris porque sentí que si todas empezáis a elegir una cosa, yo también tendré que elegir y quizás me equivoque.

—Yo también puedo equivocarme, o Iris, o Paige. Mientras el error no sea mortal, podremos rectificar. —A veces, dando consejos a mis amigas encontraba lo que me gustaría que ellas me dijeran a mí.

Cogimos el metro para ir hacía el *pub*.

—Ostras, ¿y lo que me has dicho de Chris?

—Ah, sí, tía, qué *heavy*. Neel se ha estado quedando en su piso y me dijo que los había oído discutir sobre lo del trabajo.

—Joder. Bueno, ahora le preguntamos.

Marcus se alegró de vernos allí de nuevo.

—¡Mis chicas favoritas! Pensé que os habíais vuelto a España o algo.

Iris llegó, como siempre, puntual y con el pelo perfecto.

—¡Argh! ¡Qué ganas tenía de veros, por Dios! —Nos abrazó.

Pedimos y empezamos a comentar la noche de la maratón.

—No os liasteis cuando me fui, ¿no? Neel me ha dicho que no pasó nada.

—Nada, los estuve vigilando. Todo correcto —confirmé yo mientras Alex hacía una mueca.

—Oye, Iris. —Casi nunca le preguntábamos por su relación, así que no estaba segura de cómo reaccionaría a la pregunta—. ¿Todo

bien con Chris? Nos sorprendió un poco cuando te llamó.

—Bueno, es que hemos hablado de lo del trabajo y no sé, tengo dudas. —Alex y yo nos miramos. Disimuladamente, pero con optimismo—. Le pregunté qué pasaría si no lo dejase y me dijo que qué necesidad tenía de trabajar pudiendo estar en casa. Tiene razón, pero ¿y si a él en algún momento no le va bien? Tener dos sueldos es más seguro.

Me daba un poco de pena que lo llevase al terreno logístico y que no le molestase que Chris se tomara la libertad de decidir sobre si a ella le tendría que apetecer o no trabajar, pero algo era algo.

—Claro, tía, por eso te lo decíamos, ya que tienes una buena plaza —dijo Alex, intentando no desviarla de ese carril.

—Sí, sí. Hablaré con mi *manager,* quizás podría pedir una reducción de jornada cuando tengamos niños o algo así.

Casi me atraganto con el martini, pero no se notó.

Vi lo mucho que había echado de menos el *afterwork*. Cuando me faltaban mis amigas, me costaba poco encerrarme en mí misma y dejar que se condensara el aire negativo hasta que impregnaba todas las paredes. Quedar con ellas era como abrir las ventanas y ventilar, volver a mirar afuera, ver el horizonte a lo lejos.

Cuando me preguntaron por Eric, les conté por encima nuestra última llamada.

—Tía, si te gusta, ¿por qué no quieres seguir viéndolo? —dijo Iris.

Es curioso cómo consideramos simples las situaciones ajenas y no las propias.

—Ya, pero él no quiere nada serio y sé que me acabaré pillando, así que mejor cortarlo ahora.

—¿Lo habéis hablado? ¿Él no quiere nada serio de verdad? —dijo Alex.

No, no lo habíamos hablado.

—Bueno, no directamente, pero empecé a notarlo. ¿Sabéis, cuando lo notas en la energía, que sientes más que el otro?

—Yo le habría preguntado antes, pero si crees que te va a doler, mejor así, sí —dijo Iris, quitando delicadamente una aceituna del palillo de su copa.

—Sí, mejor así.

—¿Y te vas el domingo a Copenhague? —preguntó Alex—. Allí está «el amor de tu vida» —se burló.

—¡Es verdad! —Iris me cogió fuerte del brazo—. ¿Crees que os encontraréis de casualidad? Qué intriga.

Se ve que todo el mundo recordaba mi destino menos yo.

—Ay, dejadme vivir. No voy a eso, voy a ver a Paige.

Todas coincidimos en que sus últimos mensajes no eran igual de optimistas, y hacía tiempo que no mandaba un número angelical o un mantra sacado de Pinterest. Se la notaba apagada.

—Seguro que lo de John la está matando, pero hace como si nada —comentó Alex, y en eso coincidíamos las tres.

Sin darnos cuenta, se nos hizo de noche y Marcus nos dijo que, sintiéndolo mucho, tenían que cerrar.

—Volvamos a hacerlo cuando vuelvas de Dinamarca, por favor. Y nos cuentas qué tal por allí y cómo está Paige y eso.

—Venga, sí —añadió Alex mientras quitaba la cadena a su bici.

—Sí, sin falta —dije antes de despedirme.

19

Domingo, 6.45 h
En los auriculares, Old Ties and Companions*, Watchhouse*

Me encantaba volar. No me gustaban las montañas rusas ni las situaciones en las que no tenía el control, pero volar era distinto. Era una pausa, como las horas extraoficiales de la noche que puedes llenar sin remordimientos, pero durante el día. ¿Quién va a reclamarte algo durante un vuelo? Me encantaría implementar en tierra el concepto «modo avión». Pensé en escribir un rato o en leer, pero acabé mirando dos horas por la ventana y analizando cada ámbito de mi vida, intentando que la altura me diera perspectiva.

Paige me mandó un *transfer* para recogerme. En el asiento de atrás, con mi abrigo de paño largo y mis mocasines con calcetín de lana, casi parecía una empresaria que llegaba a la ciudad para alguna reunión importante. Me quedaría genial ese papel, pero no tenía ni trabajo.

Su apartamento estaba en Nørrebro, en una calle tranquila llena de cafeterías y restaurantes locales. Era el último piso de una pequeña fachada de tres plantas que conservaba el estilo tradicional danés. Tenía los suelos de pino claro y los techos altos. El salón estaba abuhardillado y dejaba entrar mucha luz. Era práctico pero acogedor, con personalidad pero sin florituras, como Paige.

Cuando llegué, dejé el equipaje y cogimos dos bicis hacia el sur de la ciudad. Nos sentamos en Alle Tiders, un restaurante local con

interiores amaderados y una terraza con mesas largas en un patio interior.

—Tienen un chocolate increíble y están todo el día abiertos, vengo mucho a trabajar —me dijo mientras se quitaba su bufanda Burberry.

Parecía que hacía menos de veinticuatro horas que no nos veíamos. «Perdóname, señor», pensé, y le robé un cigarrillo. Tenía mucho que contarme y yo a ella, así que decidimos que dejaríamos el turismo para el día siguiente y que nos limitaríamos a ir cambiando de mesa en la terraza según se moviera el sol.

—Empieza tú —insistió—. Lo primero, ¿qué tal las chicas?

Le conté que había podido hablar con Alex con calma y que habíamos resuelto el pequeño malentendido de Kingham. Paige tampoco sabía lo de su padre.

—¡Ah! Iris se está planteando no dejar el trabajo. —Usé un tono pícaro.

—¡Gracias a Dios! ¿Ha sido Chris? ¿La ha bajado de su nube?

—No exactamente.

La puse al día y, sin darme cuenta, eran casi las dos.

—La firma está supercerca, así que vendrán unos compañeros del trabajo a comer. ¿Te importa?

Me sorprendió. No solo que hubiese hecho amigos en el estudio, sino que además aceptara planes sociales. Bien por ella.

—No, para nada, claro.

Eran dos chicos y una chica, todos daneses. Nos presentamos y se sentaron con nosotros durante un rato. Sin querer, me pregunté si alguno de ellos se parecía al amor de mi vida. Eran encantadores, el tipo de personas que sabes que ahorran desde los dieciocho y a quienes no te daría miedo dejar al cuidado de tu gato si te vas de vacaciones.

La mezcla de acentos, de costumbres, me recordó a mis primeros años en Londres. En la universidad iba de fiesta en fiesta, conociendo a estudiantes internacionales a todas horas. Ahora no podría soportarlo.

Se tomaron con nosotras el café y vi que Paige se reía excesivamente de las bromas de uno de ellos. En cuanto se fueron la interrogué.

—Te gusta el de verde. El del gorro.

Se le escapó la sonrisa.

—Un poco. ¿Se nota?

—Un poco, tía. ¿Tenéis algo?

—Ay, ahora no. Después con un vino te lo cuento. —Me reí con ella.

A veces volvíamos a tener diecinueve años y seguíamos en la cafetería de la universidad. Me preguntó por Madeline.

—¿Te ha dicho algo del guion? Me dijiste que llevabas un mes sin verla.

Veamos. El tema ya me provocaba una pereza terrible. Le conté que, cuando vi que llevaba días evitando el tema, había llamado por mi cuenta a la productora y me habían dicho que no había entregado nada.

—¡¿Qué dices?! ¿Y qué motivo te dio?

—¿Quién? ¿El señor de la productora? Ninguno, pobre, qué iba a decir.

—No, coño, Madeline. —No contesté—. Liz, ¿no le has dicho nada?

—Total, ya qué más da, para que me deje en ridículo otra vez, paso.

—¡Ridícula ella! Tendrías que acorralarla y preguntarle. No te jode. Te miente a la cara y encima se va de rositas sin dar explicaciones.

—Me lo he tomado como una lección del universo, la verdad.

Terminé aceptando que me había dejado deslumbrar un poco por Madeline y su círculo de contactos increíbles.

—Desde el principio mi intuición me decía que nunca sería mi ambiente. Supongo que, en el fondo, los veía por encima y creía que podría entrar en su mundillo.

—Es que no tienes que ser como ellos, amor. Ya te lo dije, son unos vendehúmos. Seguro que ella no tiene el poder de influir en la decisión y solo lo dijo por tirarse el rollo.

—Bueno, el caso es que me lo creí. Y me habías advertido. No tendría que haber confiado en ella.

—Es que no se puede confiar, tía. La gente te la cuela a la que puede.

No dije nada. Después de los cambios, el tema de la confianza estaba en mi lista de conceptos abstractos que debía aprender a manejar como adulta. Sabía que Paige no era la mejor para hablar de eso.

—¿Como John? ¿Por eso lo dices?

—Otro que te la cuela a la que puede... —Encendió otro cigarrillo.

—Paige, no fuiste una ilusa, tenlo claro. Es un inmaduro.

—Es que no sé cómo no lo vi venir. Siempre pillo a la gente cuando no es de fiar. Mira con Madeline, te lo dije. —Dio una calada —. Y este gilipollas... Se va a quedar calvo sin haber tenido una relación estable, y yo pensé que se mudaría por mí...

—Él te lo dijo, Paige.

—Pero yo me lo creí.

—¿Y qué tenías que hacer? ¿Anticiparte? ¿Mentir y decirle que no querías apostar por vosotros por si acaso te decía que no?

—¿Como has hecho tú con Eric?

Fue como una bofetada con la mano abierta.

—¿Cómo lo sabes?

—Alex me lo contó por encima, pero, vamos, que no me sorprendió.

—Seguro que iba a acabarse pronto, paso de llevarme un palo.

—Bueno, no te puedo culpar por eso.

Nos quedamos en silencio. Dos locas del control, dos estrategias distintas: dejarlo antes de que salga mal, o negar rotundamente el dolor cuando pasa.

Le quería hacer entender que había sido valiente, más que yo, como mínimo.

—Tienes que permitirte estar triste. Es normal que te duela.

—Lo sé. Pero es que no quiero darle ese poder, me jode que encima se lleve eso. No me voy a distraer de mi proyecto más importante.

—¿Qué poder? Si lo has querido, lo has querido; no depende de dos personas.

Se resquebrajó un poco su armadura y bajó el tono de voz, como si fuera a confesar un pecado.

—Es lo único que se me ha escapado, tía. No suelto las riendas de nada, nunca. Y para una vez que me permito no hacer cálculos, que acepto que algo no dependa de mí, mira... No se puede confiar. —Supongo que por cosas así yo tampoco me lo había permitido—. Sé que estaré bien. Me dolerá dos semanas y seguiré adelante. Tengo objetivos más importantes. Quema los barcos, siempre.

En eso éramos iguales. El problema era que yo los quemaba antes de tiempo, por si acaso alguien que no era yo les prendía fuego. Al menos el ego no me lo tocarían.

Era descorazonador. Paige es una de las personas más seguras que he conocido. Por muy alto que apunte, ella sabe que lo logrará. Y, aun así, cuando se trata de dejarse sostener, de algo a lo que no puedes trazarle un plan, de dejarse querer... No creía que alguien

pudiera nunca apostar por ella con tanta seguridad como ella misma.

—¿Cuál crees que será el orden? —le pregunté—. ¿Vendrá alguien que te enseñe a confiar, o tú aprenderás y será entonces cuando llegue alguien?

—Joder, qué pregunta. —Se quedó pensando.

—Creo que puedes creer que lo tienes trabajado, pero cuando llega alguien con quien quieres hacerlo bien, de repente sientes que no tienes ni puta idea.

—¿Y entonces has de confiar por narices?

—Supongo que por algunas personas te apetece aprender.

Yo había aprendido por mis amigas. A discutir, a no tomármelo como algo personal, sobre todo a confiar. A menudo había requerido un esfuerzo, pero si lo ponía en perspectiva, lo volvería a hacer miles de veces. ¿Le había aplicado una vara de medir distinta a lo romántico? En ese aspecto, hacer esfuerzos era algo mucho más vulnerable, incluso humillante.

—Perderte a ti me haría mucho más daño que perder a cualquier tío, y sin embargo no me da miedo confiar en ti.

—Es que ningún hombre te cuidará como te cuido yo —dijo vacilando.

—Qué bonito... Pero a la vez qué mierda. —Nos reímos.

Ya que, aparentemente, ninguna de las dos confiaba en los demás, confié en el tiempo y en que el día que la primera de las dos se casara estaríamos ambas completamente enamoradas y tranquilas, y que recordaría ese momento con ternura.

—Bueno, y el chico de antes, ¿qué?

Pensé que tocaba llamar al optimismo de algún modo. Me dijo que trabajaba en la constructora con la que hacían el proyecto del

auditorio. Era danés, cuatro o cinco años mayor que nosotras, y había vivido en Estados Unidos.

—Se llama Rasmus, pero vamos a obviar el nombre, no me encanta.

—¿Y sabes si le gustas? Guapa seguro que le pareces, pero ¿te ha dicho algo?

—Bueno, hace unos días me preguntó si me apetecería tomar un café después del trabajo, pero no sé si estoy preparada, la verdad.

—Ya, lo entiendo.

—Paso de usarlo como tirita o que le salpique algo de la mierda de John; parece buen chico.

Paige era capaz de racionalizar sus emociones y de cerrar etapas sin dejar rastro. No era el tipo de persona que jugaría sucio, yo sabía que no era realmente lo que la preocupaba.

—Muy responsable por tu parte, pero tampoco creo que pase nada por aceptar un café.

—Verás, no estará listo, o tendrá novia y le mentirá por mí, o volverá con su ex... Ya he aprendido la lección. —Eso era lo que la preocupaba.

—No podemos ser así, tía, ¿no dices que siempre hay que tener mentalidad de abundancia? Ahora te toca algo bueno, ni que sea para equilibrar el karma.

—Pero yo hablo de dinero; ese no te usa.

—Tampoco te hagas la dura.

—Hacemos una cosa: yo le acepto un café y dejas que te busque un lío para estos días, ese es el trato.

—¿De qué sirve?, si estoy aquí una semana.

—¡Por eso! No tienes que encontrar marido. ¿Qué pierdes? Si dices que con Eric ya nada...

Cuando hablábamos, parecía que la hoja de ruta se escribía sola. Era fácil. ¿O lo hacíamos fácil? Quería pensar lo segundo, y que Paige podía decir lo mismo de mí. Pero a veces, al levantarnos de la mesa o del sofá, o del bordillo de la calle donde estuviéramos hablando, la luz de ese faro perdía fuerza, yo la perdía de vista. Como un truco de magia de los que da rabia no entender. ¿Dónde iba? Ojalá hubiese podido cerrar los ojos en cualquier momento de duda y que en la oscuridad de mi cabeza estuviese allí, una conversación con ella anunciando la tierra firme.

Pero así no funciona. El precio a pagar por tener a alguien con quien crear eso es la presencia. Todas las partes tienen que estar. Hay que cuidar el vínculo, alimentarlo de charlas, mantenerlo vivo. Si no, no funciona.

—Bueno, vale, pero escribes mañana a Rasmus, que yo lo vea.

El restaurante cerró y cogimos un taxi a su piso. Nos terminamos un paquete de frambuesas recubiertas de chocolate mientras veíamos *La vida secreta de las esposas mormonas* y agradecí haber venido. En ese momento podía estar en Copenhague o en su antiguo piso en Londres, podía ser ahora o seis meses atrás. Eso me encantaba.

Me tumbé en su sofá y abracé la manta de Arket y el cojín extremadamente suave que me había dejado preparados. Cerré los ojos un poco menos confundida. Todo se movía, pero nuestra relación siempre sobrevivía al cambio.

Al día siguiente fuimos a ver un par de tiendas *vintage* y nos sentamos en un parque enorme cerca del palacio real. Paige insistió en coger mi teléfono y abrirme un perfil en Tinder mientras yo escribía en mi libreta.

—Madre mía, es que aquí todos son guapísimos. —Me iba enseñando perfiles.

—Ay, pero no les des *like* a todos, voy a parecer una enferma.

—Tenemos que encontrar uno rápido, confía en mi método.

—A ver qué fotos me has puesto. —Una que tomó en Menorca el verano que fuimos juntas; bronceada, comiendo un helado recostada en un banco del paseo marítimo. Me gustaba, me veía feliz—. Vale, está bien. No pongas ninguna con el pelo recogido, que se me ven las orejas enormes.

—¡Mira, un *match!* ¿A ver quién es? ¡Friedrick! El del bigote. ¡Me gusta!

Me enseñó su perfil. Friedrick, veintisiete años, danés. Tenía una foto en lo que parecía una lancha de pesca, una con unos amigos en una mesa de algún tardeo en verano y, cómo no, una con un perro.

—Uf, ¿de qué trabaja?

—Pone *freelance.*

—Mal, busca otro.

—Cállate, es guapísimo, nos va genial.

Sí que era guapo, pero habría apostado dinero a que podía hablar durante horas y aun así me iba a parecer menos interesante que Eric callado.

—Según el tarot, en esta ciudad está el hombre de tu vida. Colabora.

No quería caer en el error de conocer a alguien nuevo con quien sabía que no tendría nada, para que eso me obligara a comparar y llegase a la conclusión de que Eric me encantaba. Más le valía a la tarotista tener razón.

—Venga, escríbele.

—¡Sí, hombre!, ¡que escriba él!

—No seas rancia. Le escribo yo.

—No, no. Dame el móvil. Ya lo hago yo.

Fui directa al grano. Le dije que estaba unos días en la ciudad visitando a una amiga y que solo quería tomar algo. Enviar.

—Qué vergüenza, Paige. Como sea un psicópata y me secuestre, será culpa tuya, que lo sepas.

Más tarde seguimos con las compras y alquilamos *Orgullo y prejuicio*.

Había cruzado un par de mensajes con el chico de Tinder a lo largo de la tarde, y en ese momento me escribió para ver si quería tomar algo al día siguiente. Me giré hacia Paige y pensé que si le estaba reclamando un poco de optimismo a ella, lo más justo era también pedírmelo a mí, así que acepté.

20

Martes, 17.00 h
En el altavoz de Paige, Nobody's Son*, Sabrina Carpenter*

Quedamos en que me pasaba a buscar a las seis de la tarde. Decidí que haría un esfuerzo por verme guapa. Le robé a Paige unos vaqueros ajustados con una ligera campana y unos tacones en ante marrón chocolate, a juego con un jersey de cuello alto de COS.

Al verlo en la esquina, me bastaron segundos para confirmar que era mucho más parecido a mi prototipo que Eric. También era alto, pero de complexión más fuerte. Llevaba unos pantalones rectos de pana clara y un chaleco polar por encima de una camiseta de manga larga tipo *waffle*. Se podía ver su pelo castaño a ambos lados de una gorra azul marino. Lo único que le pude escribir a Paige con el móvil medio escondido cuando empezamos a andar fue: «Buen bigote».

Lo prejuzgué al instante. Con ese *look,* seguro que cuando le preguntase por su trabajo me diría que era «creativo». Era lo último que me apetecía, alguien igual de predecible y prepotente que los miles de amigos de Madeline.

Paige me había advertido de las tendencias en flirteo en aquel país. Decía que los chicos solían ser mucho menos lanzados, y que eran las chicas quienes daban el primer paso. Si así era, iba a ser aburridísimo.

No hablamos mucho durante el camino. «¿Qué haces en la ciudad? ¿Es tu primera vez aquí?». Cosas así.

Me llevó a una hamburguesería cerca del río. En el interior había mesas estilo *booth* de piel granate, y el hilo musical solo parecía contener Radiohead y The Goo Goo Dolls.

Nos llevó unos minutos pillar el ritmo de la conversación. Me preguntó por mi trabajo y le dije que era escritora, por probar la teoría de fingir hasta lograrlo; supuse que fuera de casa no pasaba nada por creérmelo.

—¿Y qué has escrito? ¿Un libro?

—No, bueno. Trabajaba en comunicación en una empresa, pero me echaron. Y después me rechazaron un guion. —No pretendía hacerle un vaciado de mis traumas en la primera cita, pero a veces no puedes evitarlo—. Lo cierto es que estoy saliendo de unos meses bastante malos, he venido un poco por eso también.

¿Cómo condensar en una frase horas y horas de autoanálisis?

—¿Y has venido a inspirarte?

—No, más bien a ver si la hora de diferencia con Londres hace que llegue antes mi momento. —No pretendía hacer una broma, pero le hizo gracia.

—¿Cuál será tu momento?

—Pues cuando me levante sin prisas, me gane la vida con mis libros, quizás un par de columnas en un periódico. Tampoco le haría feo a un barco.

—¿Y hasta que no llegue eso serás infeliz? Menuda condena...

—¿Crees que debería rebajar mis expectativas? —bromeé.

—¡Nunca! —Se recostó en su silla—. Pero espero que estés cómoda con la posibilidad de no lograrlo, y más si no tienes claro cómo llegarás allí.

—Me niego. —Yo también me recosté, volviendo a poner recta la espalda—. No voy a aceptar menos.

—¿Menos de qué? ¿De un barco?

La barrera lingüística hacía mucho más divertido el tono épico que estaba adoptando la conversación.

—No, menos de una vida para la que me levante ilusionada.

—¿Y eso no puedes hacerlo ya? —Me reí. Claro que no podía—. O sea, ¿quieres llegar a un lugar que no sabes aún qué forma tiene, pero te has convencido de que no estarás bien hasta que llegues?

—Cuando llegue estaré bien.

—¿Y cómo sabrás que has llegado? Si no tienes idea de cómo es, digo...

—Supongo que sabré reconocerlo, que habrá un momento de alivio, como recoger un premio.

—Todos los premios son a elegir.

Empecé a pensar que solo era un chico que había leído un par de libros de estoicismo, pero que gracias a un buen bigote y un ceño fruncido hacía que sonara todo mucho más profundo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Pues que si en ese momento lo decides, pues ese será tu premio, pero también podría ser que ya estés allí y simplemente no lo quieras ver.

—No estoy allí aún. Tengo grandes aspiraciones para mi futuro.

—A eso me refiero. ¿Cuáles tienes para tu presente?

Joder. Le pregunté a qué se refería con *freelance* en su perfil, a ver si era un gurú del emprendimiento o algo así.

—Ah. Monté una empresa de logística con un colega hace tiempo. Caí en la movida del *dropshipping* y eso. Funcionó genial, la verdad, saqué pasta. —Ah, perfecto, estaba teniendo una cita con mi antiguo jefe—. Bueno, lo dejé.

—¿Lo dejaste? ¿Por qué?

—Depender de ti todo el rato es una mierda.

Quizás no le faltaba razón. De momento llevaba dependiendo de mí casi dos meses y uno de ellos había sido el peor episodio maníaco de mi vida.

—Pero si te iba bien. Tu empresa, dinero... Mataría por eso.

—Pues yo mataba por llegar a un edificio, fichar mis horas y dejar allí todo el marrón al salir, por no llevarme nada a casa.

Era la primera vez que escuchaba a alguien desear eso.

—¿Y no lo sientes como una derrota? Luchar tanto por construir algo y luego dejarlo así...

—Bueno, puedes tener una idea muy clara de cómo quieres que sea el final, pero a veces, a medida que vas trazando el camino, te das cuenta de que ya no tiene sentido. Eres escritora, deberías saberlo. —Me quedé callada. Supe en ese momento que no soportaría tenerlo de novio—. Mira, vamos a ponerlo así. —Sacó un bolígrafo del bolsillo y empezó a dibujar en el salvamanteles de papel—. Tú eres esta. —Hizo un pequeño muñeco con una falda y una coleta.

—Afirmativo —contesté.

—Ahora no estás contenta. —Le puso una carita triste al dibujo.

—Así soy yo... —le vacilé.

Arrancó el trozo de papel y le dio la vuelta. Volvió a dibujar el muñequito. Al lado hizo tres escalones y encima del último una cara sonriente.

—La situación es que ahora mismo no estás satisfecha y crees que lo que quieres está al final de la escalera. —Puso el bolígrafo encima del último escalón.

—Te sigo.

—Pues esto... —Hizo un tachón en el último escalón— no existe.

—Claro que existe —dije robando una patata frita de su plato.

—Si ahora llegases aquí arriba por arte de magia, estarías igual de amargada que ahora. —Me quitó la patata—. Además, nadie te tomaría demasiado en serio, sospecharíamos de tus medios.

—*Amargada* es un término un poco duro, pero vale —asentí.

—Al ir subiendo —trazó una línea que hacía botes entre los escalones— la felicidad que llevas contigo no es la que ves en el siguiente escalón, es la que decides llevarte del anterior.

Miré el trozo de papel, contemplando la escasa viabilidad del que hasta ahora había sido mi plan. ¿Tenía que venir un maldito niño con gorra a recordarme que la felicidad no era un destino al que llegar?

—Es bonito lo que dices, pero lamentablemente lo que no haga hoy por esa yo del futuro es más trabajo que le estoy dejando para que haga ella.

—No seas tan egoísta con tu yo del futuro. La estás condenando a vivir algo que quieres tú, no ella.

También es más fácil decir eso si has vendido una empresa con veintiocho años y ya puedes vivir de rentas, la verdad. El idealismo siempre tiene letra pequeña, pero le pillaba el punto.

—¿Y qué propones?, ya que sabes tanto —le dije, vacilándole.

—Propongo que te relajes. Que busques la satisfacción en lo que tienes ahora. Hay que trabajar tu capacidad de adaptación, quitarle idealismo al final.

Me estaba haciendo una sesión de *coaching* y el tío era bueno.

—Vaya, pues sí que se te da bien la logística. —Me terminé el vino.

Al salir, cogió una moto de alquiler para acercarme a casa.

—No sé si besarte o pedirte consulta para la semana que viene —bromeé.

—La semana que viene estoy en Marruecos por trabajo, así que mejor elige beso.

Eso hice.

Abrí la puerta y Paige me estaba esperando en el sofá con un bol de palomitas.

—¿Qué? ¿La tarotista tenía razón?

Dejé el bolso en la mesa y me senté a su lado.

—Tía, pues un poco sí.

21

Al día siguiente fuimos a Rug, un restaurante dentro del *hall* de un hotel centenario cerca de los jardines de Tivoli, y pedimos un desayuno completo para acompañar la narración más detallada posible de mi cita.

—Y hasta aquí. Nos besamos y ya.

Paige se bajó las gafas de sol para poner cara de asombro. Sabía que a ella le parecería presuntuoso, incluso arrogante.

—Es como un sabio encerrado en el cuerpo de un *fuckboy,* no debe de ser su primera reencarnación.

—Mira, no sé, pero si saca un cursillo *online,* se lo compro.

—Qué fuerte. ¿Y tienes su número o algo?

—No, su Instagram. Lo iré siguiendo, *chill.*

Era la primera vez en mi vida que decía *chill* y de verdad lo sentía. No iba a funcionar, pero me hizo tragarme mis palabras con respecto a las citas casuales y a los hombres con fotos con perros en Tinder.

Paige se tuvo que ir a trabajar, así que decidí coger una bicicleta y perderme por la ciudad. Era mayo y creo que superábamos los doce grados, así que las terrazas estaban abiertas y en los parques la gente se tumbaba en pequeños grupos a tomar el sol.

Atravesé las tiendas del centro y llegué a Nyhavn, el típico *spot* de casitas de colores que había visto en todas las guías de viaje y que tenía las mismas tiendas trampa para turistas que se repetían en la mayoría de las capitales europeas. Entre las dos aceras de piedra, una hilera de más de veinte barcos reposaba en el canal. Ninguno

era tan grande como el Cutty Sark, pero bajé de la bicicleta y los fui siguiendo hasta llegar al final del paseo, donde un puente colgante conectaba con la otra mitad de la ciudad.

Aún era mediodía, calculaba que Paige no volvería al apartamento hasta las seis, y aunque no sabía nada sobre esa parte de la ciudad, volví a subir a la bicicleta y lo crucé.

Aquel lado del río parecía distinto, no era tan señorial, estaba menos agitado. De repente las calles pavimentadas de piedra oscura terminaban y las seguían grandes espacios de hierba al lado de un muelle de madera rojiza que seguía toda la orilla del canal principal en su camino hacia el mar.

No sé si era una ciudad en la que podría vivir, ni si veía a Paige quedándose allí. Se me hacía extraño pensar que podías simplemente decidirlo y mover toda tu vida de sitio cualquier día. Yo lo había hecho siete años atrás y hacerlo ahora me daba más vértigo que entonces.

Es liberador saber que existe esa posibilidad, pero también le quita peso a todo. Lo que construyes, por lo que apuestas, puedes verlo como anclas que te aferran a un fondo y evitan que se te lleve el viento, pero en realidad no estás atado a nada. Es triste también la ligereza, la facilidad con la que realmente nada es tuyo, pero qué bien ser tú tampoco de nadie. La poca trascendencia que pueden tener las cosas si simplemente así lo decides.

De qué sirve obsesionarme con un final que puede cambiar en cualquier momento por mucho que crea tenerlo asegurado. ¿De qué sirve convencer a mi yo futuro de que hay que clavar bien esa ancla que ahora veo como un fundamento si quizás en otro momento es un lastre?

Seguí por el muelle hasta una cafetería cuya terraza daba al canal. El interior era de madera oscura y seguía la estética típica de una

tienda de artículos de pesca.

—Un café con leche, por favor. *Tak!*

Me senté en las mesas de fuera. Observé la ciudad desde esa orilla, desde otra perspectiva. Quizás era la distancia que daba el río, pero casi había un silencio absoluto. ¿Cómo iba a estar en silencio una ciudad entera? No escuchaba pitidos ni sirenas, y entonces caí en que pocas cosas allí se movían tan rápido como para hacer ese ruido. En Londres la gente iba sin pausa, arriba y abajo, llegando a todo. En siete años había tenido tiempo de adoptar la puntualidad británica, pero agradecí esos últimos días en los que casi no había sido consciente del movimiento.

Supongo que vivir en un sitio u otro debe condicionar tu ritmo. Eso, igual que descubrir que podías cambiarlo de un día para otro, volvía a demostrar su flexibilidad. Quizás es lo que quería decir Friedrick cuando habló de la capacidad de adaptación: soy yo la que se adapta al tiempo que creo tener.

Paige me escribió que salía del trabajo en breve:

Paige
Voy acompañada si no te importa.

Tranqui. Estoy aquí sentada.

Le mandé mi ubicación.

Paige
Estás cerca de un sitio al que quería llevarte. Te mando dirección y quedamos allí.

Ok.

El *link* marcaba que estaba a unos siete minutos en bicicleta. Como tenía tiempo, me quedé un rato allí, sin música en los auriculares, solo mi café y el río. Me daba un rayito de sol en la cara, como cuando se colaba por el balcón del comedor, y decidí que eso haría durante un buen rato, ese era el tiempo que quería que pasase lento. Y me paré, intentando ser una con él: «Si yo creo que será un rato largo, lo será. Si concentro mi atención solo en eso, si le doy más de mi tiempo, confío en que el tiempo se quede».

Paige me avisó de que estaba cerca, así que volví a coger la bici y llegué a lo que no solo era la punta final del muelle, sino también de la ciudad.

—Es de mis sitios favoritos —me dijo dejando su bici apoyada en la fachada.

Leí el cartel de madera pintado a mano que colgaba de la entrada: La Banchina. Era una especie de bar en un embarcadero con una pasarela de madera que entraba hacia el agua. A las siete de la tarde, el calor del sol ya no era el mismo, pero más de veinte personas estaban sentadas en el suelo, en parejas o grupos, con copas de vino y los pies colgando del muelle.

Otra vez la misma sensación de que había equilibrio entre la vida laboral y el ocio, entre el frío y el calor, entre la acción y el descanso. Un buen uso del tiempo.

Paige llegó con Rasmus y un par de compañeros más.

—Bien acompañada... —le dije bajito mientras pedíamos nuestras copas.

—Calla.

Nos sentamos en el suelo como los demás, en uno de los laterales que envolvían el agua. Incluso eso estaba en pausa: no había olas,

no había corriente. Mientras ellos comentaban alguna jugada del trabajo y le daba cancha a Paige para jugar sus cartas, intenté conservar ese momento. Detenerme allí, con el agua y con la ciudad, y con mi yo de ese momento, que parecía tranquilo y cierto.

Tengo tiempo para tener un trabajo que me guste, para escribir un libro, para mandarlo todo a la mierda y mudarme de nuevo, para decidir un nuevo comienzo o un nuevo final. Tengo tiempo. Y no tanto porque la vida sea larga y me queden años y años de carretera, sino porque mis opciones son anchas y tengo ángulo de giro si quiero desviarme, y más de un camino si el que creía querer lo pierdo de vista.

Puedo ir más lento, puedo no lograrlo hoy.

Y si tampoco lo logro mañana, me puedo mudar aquí y venir los miércoles por la tarde a tomar vino mientras observo el agua, y tampoco estaré mal.

Sin darme cuenta ya era el día siguiente y tenía que volver a casa esa tarde.

—No vuelvas a estar tres semanas sin llamarme o te juro que te mato.

Me abrazó fuerte.

—Y tú ven lo antes posible a Londres, por favor.

Me gustaba llegar al aeropuerto con tiempo, tomarme un café antes de embarcar. El cruasán de almendras del Pret a Manger era mi favorito, así que me senté con mi maleta y mis auriculares esperando a que anunciaran la puerta. Sonaba *Copenhague,* de Vetusta Morla, y decidí tomármelo como una señal.

Aeropuertos, unos vienen, otros se van,
igual que Alicia sin ciudad.

El valor para marcharse, el miedo al llegar.

Si no la habían escrito para mí, Spotify me la había recomendado por algo. La volví a poner cuando despegamos.

Jugar al azar,
nunca saber dónde puedes terminar
o empezar.

Aterricé en Stansted y sentí que había estado fuera cien años. Solo avisé a mi madre de que había aterrizado y le pregunté a qué hora la podía llamar al día siguiente.

De camino a casa, en el tren, empecé a sentirme extraña. Quizás era mi lóbulo prefrontal terminando de encajar. Se supone que a los veinticinco se te pone en su sitio. Como cuando se te va la regla y de repente no reconoces ninguno de los pensamientos por los que habrías jurado días atrás y no eres capaz de entender qué tipo de acrobacia mental te llevó a convencerte de ellos. Como cuando un día te despiertas y esa persona ya no duele, y de repente la miras y le tienes que dar la razón a tus amigas porque tú tampoco sabes ya qué le veías. Como cuando finalmente atacas algo que llevas posponiendo meses y te invade una sensación de estupidez al ver que solo te ha llevado quince minutos.

Así me sentía. Y me gustó.

Por primera vez en un tiempo, no me fui a dormir con la sensación de que al día siguiente libraba una batalla.

22

Sábado, 9.00 h

En los auriculares, The Night We Met*, Lord Huron (*remix *de Phoebe Bridges)*

En mi esfuerzo por no hacer de mi cama todo mi mundo fui a GAIL's a por un café y un cruasán. No sabía cuántas veces durante ese año había plantado la libreta en la mesa de una cafetería como señal de renacimiento.

La abrí por una de las últimas páginas, donde solía pegar algún *ticket* o entrada que quisiera conservar. Busqué dónde quedaría bien el trozo de papel dibujado por Friedrick. Lo había guardado en el bolsillo antes de salir del restaurante. Me decidí por un espacio vacío al lado de una postal que compré en Italia con el dibujo de una concha rosada. Me pareció una buena combinación. La concha era barca, útero y escudo, la cuna de afrodita naciendo de *aphros*. Ni del mar ni de la tierra, representaba una persistencia suave, una carcasa delicada para viajar entre ambos mundos.

Allí estaba yo otra vez, entre la ilusión y la realidad, entre mi hoy y mi futuro, entre la idea y la acción, metida de lleno en el cambio.

Llamé a mi madre, otro ser superior al que tocaba rendir cuentas.

—¡Cielo! Por fin te oigo. ¿Qué tal en Dinamarca?

—Me ha ido genial. Esa ciudad es especial. A papá le encantaría. Cuando me jubile, allá que vamos —bromeo.

—¿Tenías vacaciones?

Intenté presentar la noticia con el menor alarmismo posible.

—Bueno, la verdad es que ya no tengo ese trabajo. Estoy buscando otro.

Estaba segura de que lo primero que haría mi madre sería invitarme a volver.

—¿Qué? Alicia, ya te dije que todos los trabajos son duros. Espero que no lo hayas dejado así como así.

—No, no. Me echaron, tenían que recortar plantilla. No lo vi venir.

—Oh, cariño, lo siento. Qué faena... Seguro que encuentras algo, ya verás.

Era lo último que me esperaba. Otra vez pensé que llevaba semanas enredada en unas plantas trepadoras que yo misma había sembrado. Y otra vez la realidad brotaba mucho más sencilla.

Empecé a afrontar los días con un poco más de tranquilidad. Intentaba centrarme en el corto plazo, en pensar qué quería para mi presente, y en confiar en que eso, poco a poco, sería lo que también me haría estar a gusto con mi futuro.

Volví a hablar con Paige casi a diario, a hacer todas las comidas en una mesa y no una cama, a tomarme una menta poleo antes de dormir. Recordé que hubo una época en la que encontraba espacio a propósito para las cosas sin más. Iba a museos, paseaba despacio y no me importaba si no tenía objetivo alguno. Aunque seguía leyendo y podía escribir por placer, incluso eso se había visto comprometido por mi nueva concepción de lo que debía ser el tiempo bien empleado.

Como estaba intentando ser alguien que decidía sobre sus horas y no al revés, pensé que iría esa tarde a la Somerset House. Tenía pendiente aún visitar su galería de arte. Al salir me acerqué al río y fui a ver el HMS Wellington.

Había algo que me fascinaba en los barcos antiguos en contraste con los rascacielos. Todos merecemos al menos un *hobby* de jubilado y el mío es este. Me acordé de la cita con Eric en el Cutty Sark, pero rápidamente la aparté de mi cabeza. ¡Cuán egoísta era que en el fondo deseaba que me llamase!

Pensé en dramatizar el momento y fumarme un cigarrillo sola y desempleada, apoyada en una barandilla que da al Támesis después de visitar una exposición de arte posimpresionista, pero pensé que si lo hacía me convertiría en la persona más insoportablemente intensa del planeta, así que decidí que mejor me compraba un *matcha* de siete libras para equilibrar las energías.

Entré en The Corner Shop, un supermercado-cafetería-*concept store* de los que le encantan a Paige donde venden leche de anacardo y aceite de oliva a treinta libras el litro. Se había pasado meses convenciéndome para ir, así que le mandé fotos de algunas bebidas divertidas que vi en las neveras.

Mientras la chica que me atendió recitaba los cinco adaptógenos que podía añadir de manera gratuita a mi té, vi que en la encimera había un cartel de SE BUSCA PERSONAL.

—Pues le pondré *ashwagandha,* a ver qué tal.

—Genial. ¿Me das un nombre?

—Liz. Gracias —le señalé el cartel—. Perdona, ¿es para cocina el puesto? ¿O de barista?

—Ah, de barista. De lunes a viernes de mañanas, creo. Puedes mandar tu perfil al correo.

—Le hago foto entonces. Gracias.

Terminé de echar un vistazo a las estanterías y me senté en una mesa al lado del ventanal que daba a la calle. Quizás fue la *ashwagandha* o que sonaba Tame Impala sin parar y me estaba

haciendo entrar en un trance, pero de repente no me pareció para nada una mala idea trabajar allí.

Era mayo, el frío empezaba a dar una tregua, y yo a mí misma también. Le había pillado el gusto a la bicicleta, así que cogí una para volver a casa. Bordeé todo el río hasta Westminster, entré por St. James's Park hasta el Four Seasons, y luego todo Hyde Park hasta llegar a Paddington.

Ya en mi sofá, mandé un correo a The Corner Shop para el puesto de barista. Total, tenía que encontrar algo ya y prefería alejarme completamente de mi sector antes que entrar por la puerta más estrecha. A la semana siguiente me llamaron para hacer una prueba de equipo y esa misma tarde me dieron el puesto.

No era la primera vez que fregaba platos, no se me iban a caer los anillos por eso. Ya había estado trabajando en un Pret durante la universidad y peor no podía ser, aunque salir del mundo corporativo era como volver a la casilla de salida, como independizarte para luego regresar a casa de tus padres.

La formación duró dos días. Me dieron un delantal negro y aprendí a hacer cinco variantes distintas de zumo verde.

Decidí que me lo tomaría como el retiro rural de Cameron Diaz en *Las vacaciones,* pero sin la parte en la que Jude Law se enamoraba de ella. Solo el descanso para ordenar la cabeza. Unas vacaciones del mundo empresarial para reconectar. Un paso atrás para coger impulso, una manera de demostrarme que podía sobrevivir en ese ecosistema, que podía «trabajar mi capacidad de adaptación».

Los primeros días me fijé en qué clientes eran habituales. Estábamos cerca de una zona de oficinas, así que el pico fuerte era

a media mañana, cuando muchas chicas venían a por un café con espirulina o un *pain au chocolat.* Cogí rápido el ritmo.

Terminé mi turno a las dos e hice tiempo en Carnaby hasta las cinco. Alex no trabajaba los jueves, así que ese era nuestro nuevo horario de *afterwork*. Ambas pedimos *ginger ale*.

Acerqué una silla a la mesa.

—¿Tampoco ha dicho nada?

—La he llamado esta mañana, nada.

Hacía tres semanas que había vuelto de Copenhague e Iris nos había estado dando largas para quedar. Cada vez respondía a menos mensajes, así que volvíamos a ser solo dos en el *pub*.

—Bueno, espero que esté bien.

—Ella sabrá... Si de verdad permite que Chris la aleje de sus amigas, que se olvide de verme el día de la boda.

—Tampoco es eso, Alex. Voy a llamarla. —Saltó el contestador.

Alex me contó que estaba a punto de terminar el curso que impartía para mayores y que se había enterado de un puesto de profesora de castellano.

—¿Y te motiva? O sea, ¿te apetece?

—¿Por qué no? Estaría en una academia, cobraría lo mismo cada mes. Tampoco es que me suponga un esfuerzo increíble, puedo seguir haciendo encargos por mi cuenta.

Meses atrás le habría dicho que me parecía una pérdida de tiempo. Paige le diría que por qué no focalizarse en el diseño gráfico si era lo que realmente se le daba bien.

Ahora solo le dije que me alegraba por ella. Sabía que esperaba mi reacción y por eso me lo había contado. Si Paige hubiese estado en la mesa, Alex se lo habría callado, como la mayoría de las cosas

no superficiales, y nos habríamos enterado al cabo de unos meses cuando saliera de rebote en cualquier conversación.

También sabía que Alex simpatizaba mucho más con mi nuevo *modus operandi.* Me había felicitado ya un par de veces: «Te veo mucho más calmada, más aterrizada». Supongo que sí.

—Ay, Max me ha preguntado que si tenía plan. Le he dicho que se venga, está con Madeline, creo —me dijo de sopetón.

—¿Qué? ¿Y por qué coño les dices que vengan? Yo no quiero verla.

—Joder, tranquila. A mí tampoco me encanta, pero es solo tomar algo.

—¿Y Madeline sabe que estoy?

—No sé. Bueno, quizás Max se lo haya dicho.

Podía aparecer en cualquier momento, así que tenía que pensar rápido. ¿Defensa o ataque? ¿Matarla con amabilidad o no dirigirle la palabra? Le tiraría un vaso por encima. Quizás debería irme a casa.

—¿Por qué te importa?

—Me la jugó, Alex...

—¿Qué?

Nada me apetecía menos que tener que contarle la movida del guion. Significaba arriesgarme a que Alex usara su increíble sinvergüencería y le preguntase directamente, y a la vez confesar que tenía parte de razón cuando dijo que me estaba vendiendo la moto con todos sus contactos y sus proyectos increíbles.

—Da igual, ya te contaré.

Ya no pude concentrarme en la conversación. De repente no sabía sentarme en una silla. Cruzaba las piernas, las descruzaba, echaba un vistazo a la esquina de la calle, buscaba entre los cuerpos que había dentro del *pub*. Alex me contó tres o cuatro chismes de su

entorno y no presté atención a ninguno. Tenía pendiente narrarle los avances de Rasmus que Paige me contaba, pero tampoco lo hice.

Y no vinieron, ni Madeline ni Max. Cuando entré en casa estaba en el sofá viendo un documental sobre la Segunda Guerra Mundial.

Me avergonzó un poco la respuesta que mi cuerpo había mostrado ante la posibilidad de encontrármela. Como volver a ver en una fiesta a un chico que te la coló meses atrás, y aunque sabes que ya estás bien, y en tu día a día las secuelas ya no tengan importancia, de repente te invade la necesidad de demostrárselo cuando te lo vuelves a cruzar.

Me hubiese gustado que Madeline me viera radiante, entera, que no pudiera deducir por ninguno de mis gestos el impacto que había causado en mí. Pero no apareció. Y como creía que ya había aprendido años atrás con los hombres, volví a descubrir que la otra parte, en el fondo, tiene un papel pequeñísimo en la manera en que deciden manifestarse las secuelas.

Depende de ti lo mucho que se te encoge el estómago al volver a verlo, y depende de ti que un día ya no lo haga. Daba igual la clausura: la oportunidad de cogerlo por banda un día y chillarle todo lo que habías ensayado con tus amigas, o volver a saber de él cuando te vas de su casa por la mañana. Es el tiempo lo que te aporta la perspectiva para darle un lugar y un sentido en tu historia, y sobre todo lo que decidas hacer con él.

Si con el tiempo alguien leía mi guion y lo convertía en una obra de éxito, la anécdota de Madeline sería simplemente un comentario divertido para contar en las entrevistas. El relato entonces tendría sentido, todos podrían decir: «Ves, tenía que salir mal para que luego saliese bien». Quizás Madeline también le tendría que encontrar un espacio en su propia narrativa, tal vez con el tiempo lo recordaría como otro descuido de los muchos que tuvo en una mala

época y de los que se arrepentía. Quizás también le provocara un vuelco en el estómago cuando alguien lo mencionaba: «Joder, aquella chica a la que nunca más le dije nada, qué mal». Tal vez esa semana había tenido un *breakdown* y estaba fatal y se olvidó de presentarlo, y luego simplemente le dio vergüenza decírmelo. Quizás ella sentía hacia mí lo mismo que yo hacia Eric.

Supongo que esa era la falta de picardía que de pequeña tanto me echaban en cara. Ah, sí, las cinco fases de la crisis emocional: negación, ira, negociación, depresión y rotación de la tortilla hasta creer que la culpa es tuya.

Era un pequeño síntoma de madurez, y era bueno dejar de tomármelo como algo personal.

O quizás no.

23

Las siguientes semanas fueron como la escena de *Notting Hill* en la que Hugh Grant camina por Portobello Road mientras el paso del tiempo ocurre a su alrededor. Las estaciones van cambiando mientras suena *Ain't no Sunshine*, y él repite cada día el mismo paseo mientras a su alrededor todos parecen avanzar.

En mi caso, había logrado que la banda sonora no fuese tan melancólica. Me convencí rápido de que no era retroceder, que era un hiato temporal para ahorrar y librarme de la rigidez que me encorsetaba por propia voluntad. Entendía ese nuevo puesto de baja responsabilidad como un *reset* mental. ¿Cómo iba a estresarme si mis tareas diarias incluían cortar jengibre y etiquetar leche? Además, quedaría genial si me hacía famosa y rodaban un documental. Todas las grandes estrellas han servido cafés mientras construían su futuro, eso forja personalidad.

El ambiente en el local era bueno, llamaba a casa cada día al salir, incluso me apunté a un club de lectura los sábados por la tarde para compensar lo poco que estaba escribiendo. Debía de ser la exposición constante a los adaptógenos, pero hasta me di de alta en un gimnasio donde teníamos descuento por trabajar en el café.

Sentía que, por lo menos físicamente, me cuidaba mejor.

Los días empezaron a pasar rápido, llevaba un mes en el nuevo trabajo y ya casi era junio.

—Un café con leche de almendras y colágeno, por favor.

—Claro, ¿para tomar aquí?

—Sí, por favor.

Le serví el café a la chica y vi cómo enchufaba el portátil en uno de los puertos que había en medio de la mesa larga donde se sentó. También sacó una libreta y se puso a tomar notas. No pude evitar verme en ella. Era algo que me ocurría a menudo: ver a otra chica y que un pequeño detalle evidenciase que, con matices, todas vivíamos la misma experiencia universal.

Cuando entraba una con un *look* corporativo perfecto, una mirada hambrienta y una tarjeta aún perfectamente plastificada, pensaba que seguramente serían sus primeras semanas en algún trabajo, y podía percibir su ilusión. Pensaba en mí cuando entré en la *start-up* y sentía compasión por ella. Me producía cierta ternura pensar que todavía no se habían comido poco a poco sus ganas. Me daba el impulso de avisarla, y entonces entendía un poco más el tono de mi madre cuando le contaba cualquier sueño y ella me miraba con una mezcla extraña de orgullo y lástima. Quizás en ese momento ella sentía esta misma sensación, la de saber algo que yo aún no sabía, y tenía que encontrar las palabras exactas para no cortarme las alas, pero tampoco prometerme que el cielo era seguro para volar. Tal vez esa es la emoción con la que se manifiesta la experiencia.

A veces entraban en grupo dos o tres chicas y las oía reírse mientras una de ellas contaba lo que suponía que eran citas o alguna aventura divertida y me acordaba de Paige, y le escribía un mensaje para preguntarle qué tal iba. A veces, una de esas chicas volvía al cabo de un par de días a tomar un café con un chico, y me gustaba pensar que era el ligue del que había estado hablando con sus amigas.

Había un par de historias que seguía como una novela, y mi juego favorito era adivinar, por las caras de terror de las amigas, el día en

que la conversación ya giraba entorno a la niñatada monumental que había hecho el culpable de las risas de la semana anterior.

El día era tranquilo y la chica del café con colágeno se quedó más de tres horas pegada al portátil. Pasé por detrás mientras recogía un par de mesas y vi que tenía abierto un documento en Scrivener. Es un *software* habitual en escritores, así que debía estar empezando un relato. De nuevo no pude evitar verme en ella y pensé si debía advertirla, quizás aún estaba a tiempo. Pero sabía que no podía interferir, tenía que descubrirlo a su manera.

Me sentía cómoda en esa nueva era menos pretenciosa, más realista. Y entonces entró, a las nueve y media de un martes cualquiera.

—Un *flat white* con la leche natural, por favor.

Me notaba el pulso en las manos. Se me secó la boca de golpe.

—Claro, ¿un nombre? —También se me notó en el tono.

—Eric.

No podía apartar la mirada ni decidir qué era peor: la vergüenza porque no llegué a llamarlo para vernos, o la humillación de que aquellas fueran las circunstancias en las que habíamos vuelto a hacerlo.

Me giré y me quemé dos veces al intentar colocar bien la manija en la cafetera. Le dejé el vaso al final del mármol de la barra. Lo volví a mirar, estaba rojo. Quería preguntarle qué hacía allí si la oficina quedaba a más de media hora a pie. Entonces me fijé en la tarjeta que llevaba colgada del cuello. Le quedaba genial la camisa. No supe reconocer el logo, pero no era el de mi antigua empresa. Supuse que tenía un nuevo trabajo cerca.

Se llevó el café y me costó un par de minutos volver a oír con normalidad. Quería tumbarme en el suelo y conectar con la tierra de

alguna manera, quería tumbarme con él, quería pegarle un tiro a mi yo de hace dos meses.

Tuve que entrar al almacén a por manzanas, así que aproveché para mandarle un mensaje de voz a Paige. «Audio de desahogo. No hace falta escuchar», le escribí. Dejé el móvil con sonido y, aun así, revisé la pantalla cada dos minutos a lo largo del turno. Quería que me mandase un mensaje, que me preguntase desde cuándo servir batidos inmunológicos era mi pasión, saber cómo estaba, decirle que lo sentía.

Cada hora fue como un año de cautiverio. Como era habitual, al salir me llamó mi madre. Joder. Ella llevaba cinco minutos hablando y yo no procesaba absolutamente nada de lo que decía. Repetía el final de alguna de sus frases y le daba la razón para mantenerme en la conversación.

—Alicia, ¿estás bien?

—Sí, sí. Solo que hoy ha sido un poco estresante el trabajo, no te preocupes.

—Ay, de verdad, ¿no crees que es mejor volver a casa de momento? Para estar sirviendo mesas, seguro que puedes hacer algo mejor aquí, o al menos sin pagar alquiler, no sé.

—Es que no quiero. —No había llorado cuando esa mañana había tenido que repetir un *golden latte* tres veces por no estar lo bastante caliente, pero ahora notaba que me iba a quebrar.

—Lo sé, cariño. Pero lo digo por ti. Vales mucho para estar en una cafetería. Necesitas algo un poco más estable, algo en lo que ascender.

La cosa es que ya no sabía dónde quería ascender. Sabía que el llanto que podía brotar en cualquier momento no era solo fruto de mi miedo a tener que volver a España: quería llamar a Eric, mandarle un mensaje, volverlo a ver.

—Oye, tengo que irme. Hablamos mañana, ¿vale?

—¡Alicia! Estás como atontada.

—Ay, mamá, déjalo.

—En dos meses has pasado de trabajar en una buena empresa a servir cafés y te conformas con eso. Es que no te reconozco, cariño. Entiende que me preocupe.

No lo entendía.

—Mamá, estaba fatal en esa empresa. Me hicieron un favor echándome.

—No digo que no, pero, igual que eso tenía que acabar, quizás tu tiempo en Londres también. —A eso no contesté—. Paige está en Dinamarca, y si es lista allí se quedará. Dices que a Iris hace semanas que no la ves, Alex en algún momento también volverá a España... Las cosas cambian. Hay que saber cuándo toca irse.

—Tengo que colgar, te llamo mañana, ¿vale?

—Vale, pero piénsalo, por favor. Siempre puedes volverte a ir.

Hacía un par de semanas habíamos comprado por fin sillas para el balcón, así que al llegar a casa las estrené recurriendo a mis cigarrillos de emergencia.

En ese momento vi que Paige estaba escribiendo. Y me adelanté: «Si puedes llámame».

Lo hizo al instante. Al menos había logrado algo que hace años me parecía imposible: tenía una llamada de auxilio para una mala tarde.

—¿Estás bien?

Me puse a llorar. Le conté que había visto a Eric y que mi madre creía que debía volver a casa. No estaba siendo mi mejor narración. Balbuceaba, hacía saltos temporales, insultaba en castellano... Paige me escuchó paciente y no dijo nada hasta que terminé.

—Tía, creo que tu madre tiene razón.

—¿Qué?

—Lo siento. No es por el trabajo.

—¿Entonces? ¿También quieres que vuelva a España?

—No. Es que yo tampoco te reconozco últimamente. O sea, parece que estás bien, dices que estás bien, pero no sé, estás como apagada.

—No estoy apagada, solo estoy en paz por primera vez en mucho tiempo.

—¿En paz con qué? ¿Con haber renunciado a hacer algo que te guste?

Di una calada.

—Me gusta mi rutina, Paige. Me va genial, la verdad.

—Creo que estás confundiendo encontrar paz con comodidad.

Di otra calada.

—Es fuerte que me digas eso solo porque ya no tengo un trabajo que consideras correcto. Alex tenía razón, os comen la cabeza con lo de ser empresarias.

—Oh, no me vengas con eso... —Se estaba poniendo seria, no era Paige «energías curativas», era Paige «arte de la guerra»—. Te estás construyendo un día a día cómodo, nada más. Crees que así te sientes en paz cuando lo único que haces es no jugártela.

—Pero es que ya me la jugué y mira cómo salió.

—¡Ha sido solo una vez! No puedes usarlo de excusa.

—No es una excusa.

Pensé que a Paige le iría bien llamar a Friedrick y que este le diera una pequeña charla sobre la presión por el futuro. Lo tenía cerca, quizás debía darle su Instagram.

—¿No te entra en la cabeza que tal vez es lo que necesito ahora? Un trabajo simplemente para ir tirando.

—Como el que ya tenías, vamos.

Eso me dolió un poco.

—Paige, ¿no ves que no puedo vivir pensando que mañana me levantaré en un adosado en Chelsea con un Range Rover en la puerta y una columna semanal en *The Times?*

—Las opciones no son que tu primer libro sea un *best seller* en *The New York Times* o fregar platos, Liz. Hay puntos medios.

—Pues en eso estoy, joder. Que parece que nunca lo hago bien.

Dejamos que un silencio largo rebajara la tensión. No me apetecía convencerla de que estaba conforme con mi elección.

—¿Cuánto hace que no escribes?

—No sé, ahora no tengo nada. Estoy yendo a un club de lectura.

La oí reírse.

—No me jodas, Liz.

—¡¿Cuál es el problema?! ¿Ahora no puedo ir a un club de lectura?

No estaba escribiendo porque sabía que, si lo hacía ahora, nada bueno saldría. No podría soportar intentarlo y ver que, efectivamente, ya no tenía nada que decir, comprobar que me habían drenado hasta la última gota, empezar a desconfiar también de mis textos. No iba a arriesgar la única cosa que aún creía que hacía bien. Prefería esperar a que la inspiración volviese en algún momento. Había tiempo.

—No es eso, es que no sé por qué de repente confías tan poco en ti, en tus propios recursos. Vale, Madeline no te ayudó como pensabas, ¿y qué? ¿Es que quieres que alguien venga y lo haga todo por ti? —«Si tuviera dinero, sí que pagaría a alguien», pensé—. De verdad que intento entenderte, Liz. Pero no sé... —Yo no estaba haciéndolo por mí. Quería creer que sí, pero no—. Con Eric igual, te has convencido de que solo puede terminar en boda o en la peor ruptura de tu vida y, por miedo a que sea la segunda, te vas. ¿Lo ves? Lo mides todo en términos absolutos.

En el fondo sabía que me estaba diciendo lo mismo que Friedrick: mi capacidad de adaptación, mi supervivencia al medio. Estaba optando por aspirar a poco para asegurarme la satisfacción de lograrlo.

—Siento lo que te voy a decir, de verdad, pero te estás mintiendo a ti misma y lo sabes. ¿Y sabes qué? Cada vez te respetarás menos.

Eso sí que me pilló por sorpresa.

—¿Tú desde cuándo citas a Dostoievski?

—Yo leo mucho, aunque no lo parezca. —Puso un tono de voz chulesco. No me reí, pero me hizo gracia.

Intenté mirarme desde fuera y ver si me reconocía. Mi madre y Paige aseguraban no hacerlo, así que algo tendría que haber cambiado. El aspecto físico era el mismo, el gimnasio aún no se notaba. Seguía viendo las mismas películas, bebiendo el mismo tipo de café, vistiendo con los mismos tres colores de siempre...

No tomé la decisión consciente de dejar de escribir, pero quizás sí había renunciado a parte de mi sensibilidad, de mi capacidad de observación hacia dentro; tal vez me había endurecido.

Me había dado unos meses de pausa para construir y lo único que había hecho era quedarme quieta.

Ya predije que cuanto menos regara mi tierra, más me costaría luego plantar allí frutos. Y ahora la veía tan seca, tan muerta, tan lejos de como había estado que me parecía imposible rescatarla. Como Dafne, había mutado en árbol, había encerrado tras la corteza algunos sueños que parecían infantiles, y en mi intento de encontrar en el día a día cosas que poder celebrar, me había aferrado solo a aquellas que no requerían esfuerzo. Por eso no recogía flores ni frutos, porque me limitaba a aceptar lo que las estaciones les hacen a las hojas, y ya. Y ahora era un tronco unido al suelo, sin carne.

Tenía ideas que no ponía en práctica y me conformaba porque al menos así nunca serían un fracaso. Quería lograr grandes cosas y no me veía con fuerzas ni para hacer las pequeñas. Me decía a mí misma que lo haría, que lo estaba haciendo, pero era mentira.

Paige tenía razón, y Dostoievski también:

> Sobre todo, no te mientas a ti mismo. El hombre que se miente a sí mismo y escucha su propia mentira llega a un punto en el que no puede distinguir la verdad dentro de sí, ni a su alrededor, y así pierde todo el respeto por sí mismo y por los demás. Y al no tener respeto, deja de amar.

Aún no iba a ceder ante la idea de que había dejado de quererme, lo creía reversible, pero era cierto que estaba dejando de amar muchas cosas y de permitirme intentar amar otras.

—¿Qué hago con toda esta ambición? ¿Cómo hago para luchar contra toda esta pereza? —lo dije en voz alta, pero era una pregunta retórica.

—Lo que te da pereza eres tú, amor. No te gustas, esta versión de ti que arrastras cada día y que intentas venderte no cuela y lo sabes.

Lo peor es que ya no estaba segura de saberlo o no. Me había desdibujado tanto, y tan rápido, y sin saber cómo...

En el último año había pasado de no saber cómo se vería mi vida a más de dos semanas vista a ahogarme en la inmensidad de todo lo que tenía que lograr; no era capaz de encontrar un punto medio. ¿En qué momento el futuro había pasado a ser algo que condicionaba tanto mi presente? Tanto por no querer estresarme por él como por rendirme a su merced. Quizás es por eso lo que dicen los mayores de que cuando creces los años pasan cada vez más deprisa, porque cada vez pasas menos tiempo donde estás y más en lo que tienes pendiente. Otra contradicción con mi yo de hace apenas semanas: cierto era que daba igual si no lo lograba hoy,

porque tampoco me aseguraba que siguiera allí mañana, pero también lo era que lo que no lograra hoy, quizás nunca lo lograría.

El paso de los años, las muertes en los telediarios, ver a tus padres envejecer te confirman que vas a contrarreloj, que esto se acaba. ¿Cómo compagino eso? ¿En qué porcentaje reparto lo que hago hoy por mi yo de ahora y lo que hago por mi yo de mañana? Somos la misma, pero no. ¿Cómo voy a negar su existencia, a relajarme, si cada día todo me recuerda que seré ella, mi yo futuro, antes de lo que creo?

—¿Crees que debería volver a casa?

Fue extraño decirlo porque sentía que ya estaba en casa.

—No sé, tía. Si crees que puedes encontrar allí algo que te guste más...

En ese momento entendí de otra manera las palabras de Friedrick: si nada me gustaba aquí, ¿qué narices me iba a gustar allí? ¿Qué más da despertar aquí o allá? Por algo siempre había criticado a quienes justificaban un viaje a Tailandia bajo la excusa de dar un nuevo sentido a su vida. ¿Qué más da que allí tenga más oportunidades si no las he buscado aquí?

Max tenía puesto *End of Beginning* en el altavoz del comedor:

You take the man out of the city,
not the city out the man.
You take the man out of the city,
not the city out the man.

No podía irme, eso sí que no. Si lo hacía, sentiría que, efectivamente, me daba por perdida. «Aún tengo que hacer muchas cosas aquí; aquí he hecho ya muchas cosas que no quiero dejar». Sentí eso con mucha más certeza que lo que me satisfacía mi nueva rutina. Si marcharme era el último paso de mi plan de evacuación,

eso significaba que ya estaba en el penúltimo. Si Londres era lo último a lo que me quedaba por renunciar, quizás tenían razón Paige y mi madre y ya había renunciado a todo lo demás.

Toda la profundidad, las hojas que no había escrito, los pensamientos que había desprestigiado se me plantaron en fila delante como un ejército que había estado esperando órdenes.

No era renunciar al éxito, era actuar sin garantías.

No era volver a casa, era volver a mí.

Le dije a Paige que la llamaría en otro momento.

24

En mi cabeza dejó de sonar Joe Keery y empezó a sonar una melodía instrumental puntiaguda, con violines, que aceleraba a medida que se incorporaban instrumentos más agudos. Como si fuera una banda sonora en una película, como la típica escena en la que un científico loco corre a su taller y se pone a escribir descontrolado en folios que encuentra por el suelo porque cree haber encontrado la solución. Tenía algo así en mis *playlists*. Abrí Spotify. Esa era, le di *play* y la puse en bucle: *Aware,* de Adrián Berenguer.

Sabía que tocaba usar otra estrategia. Ya había comprobado que la motivación solo me duraba un par de días, así que tenía que ser más minuciosa a la hora de dar un paso.

No iba a abrir la libreta para regalarme otro comienzo épico fruto de una epifanía momentánea. No iba a arrancar las páginas anteriores por la esperanza de algo mucho mejor. No iba a anunciar a los cuatro vientos mi nuevo rumbo. Frené el impulso de hacerme grandes promesas, de incendiar toda una flota.

No iba a entrar al día siguiente en las oficinas de la BBC a decirles que me merecía un despacho en la última planta. No iba a dejar mi trabajo por poco digno que le pareciese a mi madre, iba a hacerlo funcionar.

No abrí la libreta, abrí el documento del guion.

Hacía meses que no lo leía. Al hacerlo, fui recordando palabras que había cambiado en su momento, el porqué de ciertas

referencias, de dónde había sacado algunos nombres. Me pareció que estaba mucho mejor de lo que recordaba y, aun así, tenía ganas de hacerle retoques, de mejorarlo. Todo lo que escribía era un reflejo de lo que vivía, incluso en la forma, no solo en el contenido. Por eso me costaba siempre separar al artista de la obra, y por eso supongo que en todas las clases de la universidad había oído lo de «escribe sobre lo que sabes».

Estos últimos meses he creído no saber nada, por eso no tenía sobre qué escribir. Pero sí sé: lo que hago mal, los vínculos que no cuido, los sueños que en el fondo me gustaría lograr. Sé cuándo me ilusiono y sé cuándo algo no es fácil pero me hará bien. Lo que pasa es que no siempre quiero aceptarlo y a veces necesito meses para saberlo del todo.

Decidí que escribiría sobre eso, sobre lo que iba sabiendo, aunque aún no lo entendiera. No retoqué el guion, no borré las partes que me recordaban cómo estaba antes y que ahora, con el tiempo, eran una prueba de que no estaba bien.

Opté por abrir un documento en blanco. Ya que esta vez no iba a contarle a Paige mi nueva perspectiva, ni iba a gritar desde un tejado lo que quería lograr, mi nueva manera de no guardarlo dentro, de hacerlo real de algún modo sería escribiendo. Pero no quería otra libreta en la que escribir lo que deseaba que pasase, o lo que no estaba pasando. No quería, otra vez, usarla como un recipiente en el que volcaba todo eso esperando que me diese una respuesta como si fuera el diario de Tom Riddle. No iba a permitir que fuese una de las siete partes de mi alma y que alguien pudiera hacerme daño si caía en su poder como había hecho Madeline.

Solo iba a contarle lo que pasaba, tal cual. Como un cuaderno de campo para un experimento sobre mí misma, pero sin hipótesis.

Empecé por el principio, por el despido. Escribí sobre lo que había supuesto para mí entrar en la empresa, sobre las expectativas que le había dado a mi vida laboral. Sobre la productividad y la alienación. Sobre lo que sabía a mis veinticuatro años respecto al trabajo.

Fue como cuando volví a coger la bicicleta en Copenhague después de años sin montarme en una: en el primer pedaleo, un temblor... Pero una palabra empujaba a la otra, y sin darme cuenta había escrito unas tres páginas. Y me sorprendían las metáforas, y las palabras que se me aparecían cuando las necesitaba, aunque llevase años sin decirlas en voz alta. Una palmadita en la espalda a mi memoria muscular: era muy fuerte que una parte de mi cerebro hubiese conservado esa habilidad.

Al día siguiente, miércoles, me llevé el portátil al trabajo, y cuando terminó mi turno, me senté en la mesa larga con enchufes a escribir. Ojalá hubiese entrado en ese momento la chica de hacía unos días, para ver que seguía con su historia y pedirle perdón mentalmente por haber dudado.

Se abrió la puerta y entró en el local un aire cálido que pudo contra el aire acondicionado que el buen tiempo ya nos permitía poner. Lo noté llegar hasta mi asiento y tocarme la espalda. Agradecí esa pequeña ola de calor. Me giré hacia la puerta y entonces lo vi.

Llevaba un polo azul marino y unos pantalones chinos beis. Tenía puestos unos auriculares a juego con su Apple Watch y otra vez las horribles deportivas blancas. La música en mis auriculares no había parado, así que entró al ritmo de Ludovico Einaudi y eso le añadió un poco de dramatismo al asunto.

Pensé en esconderme en el baño, en romper el ventanal que tenía detrás y saltar al Támesis. Pero luego pensé que no podía evitar dos veces al destino, o tropezar dos veces en la misma piedra. La fortuna ya me había evitado la confrontación con Madeline, y sería

jugar contra la voluntad de algún Dios intentarlo de nuevo ahora que se me planteaba la posibilidad de salir del inframundo con él de la mano. Tenía que andar hacia él, como Orfeo, sin mirar atrás. Tenía que confiar en que Hades, mis propios demonios, me permitiría salir de allí si lo hacía bien esta vez. Si dudaba, si mis pasos eran demasiado tenues, se desvanecería para siempre, como Eurídice, y perdería la oportunidad que me había sido concedida.

Paré la música y me levanté. No habíamos hecho contacto visual, no me había visto. Tuve unos segundos para ponerme *gloss* y confiar en que mi pelo tenía buen aspecto. Un par de pasos más y le toqué ligeramente el hombro.

—Eric... Hola...

—Liz.

Joder, qué voz tan suave.

—Te vi el otro día cuando viniste.

—Bueno, me serviste un café. No te quedó opción.

Me reí.

—Ya, claro. Quiero decir que quise decirte algo, pero me bloqueé. —No dijo nada. Su metro noventa de total compostura no me daba ninguna información sobre si lo estaba molestando o no—. ¿Has venido por la tarde porque has descubierto que a esta hora ya ha terminado mi turno? —lo dije bromeando, pero lo creía de verdad.

—No, de hecho, quería venir antes, pero se me ha retrasado una reunión.

No sabía qué más decir. Tocaba algún «lo siento», pero de pie no era la mejor manera de tener ese tipo de conversaciones.

Le sirvieron su *flat white* con leche natural y confié en que no se iría acto seguido.

—Oye, ¿trabajas aquí? —me preguntó sin moverse del final de la barra.

—Sí, ha habido bastantes cambios... ¿Tú también tienes trabajo nuevo?

—Sí. —Cogió la tarjeta que le colgaba del cuello y la miró, como si necesitara confirmación de que lo que decía era cierto—. Empecé la semana pasada, está bastante bien.

Llegamos a un punto muerto. O alguien proponía sentarse, o el «bueno, ya nos veremos» era inminente. Sabía que me tocaba a mí, por cortesía al menos.

—Me encantaría hablar contigo. Si ahora no puedes, pues en otro momento, pero quería pedirte perdón.

—Oh, estás perdonada, no te preocupes.

¿Cómo me tenía que tomar eso? ¿Era un «estás perdonada, me importa muy poco»? ¿O un «estás perdonada, quiero que esta conversación termine ya»? No sé, pero seguía mirándome directamente a los ojos mientras hablaba.

—Ya. De todos modos, me gustaría hablar contigo si te apetece. —Que sea lo que Dios quiera.

—¿Te parece si lo pienso un poco y te escribo? —dijo mientras cogía una tapa para su café y me hacía saber de manera sutil que estaba listo para salir por la puerta.

—Sí, claro, faltaría más —contesté.

—Genial, pues te escribo. —Asintió con la cabeza y se fue.

25

No volví directamente a la mesa. Me quedé un momento de pie, delante del mueble de la barra donde podías elegir entre cuatro tipos distintos de edulcorantes. No sé cuál necesitaba para convencerme de que no había sido un encuentro amargo. Reaccioné. Está bien, le había hablado y él no me había puesto una excusa fácil como que debía hacer una llamada o que tenía una reunión. No me molestó que me pidiera tiempo para pensar si le apetecía que nos viéramos. Si un chico me hubiese hecho lo que yo a él, seguramente le habría dicho que no. O al menos es lo que me habrían aconsejado mis amigas.

Volví a la mesa e intenté seguir escribiendo. Quería hablar sobre ellas, sobre los cambios que habían vivido últimamente. Teníamos todas más o menos la misma edad y cada una se encontraba en un punto distinto. Quería elaborar algún tipo de texto donde agrupar todas nuestras encrucijadas, pero no me concentraba.

Sabía lo que tocaba ahora: los días de espera mirando el móvil, repasar en mi cabeza nuestro encuentro una y otra vez buscándole un fallo. Odiaba eso. Hasta que no obtuviese respuesta, me costaría mucho ser yo quien decidiera qué hacer con el tiempo y no al revés. Lo que quería en ese momento era dejar de estar presente, correr, que el reloj avanzase hasta un punto de seguridad donde soltar por fin la respiración.

Si alguna de mis amigas me hubiera contado una situación similar, le habría dicho que no ocupase sus días esperando, que buscase

distracciones. Escribir no era la mejor, porque como escribes sobre lo que sabes, ahora volvía a no saber cómo terminaría nada, así que no me decidía por ninguna palabra.

No podía soportar ver el teléfono en la mesa, y tampoco me veía capaz de guardarlo y perderme el mensaje, así que decidí llamar a Iris: que otro problema haga más pequeño el mío. No pensé que fuera a cogerlo, pero lo hizo. Me aferré a mi distracción.

—Amor, ¡qué sorpresa!

—Liz. —Tenía la voz entrecortada y estaba como sorbiéndose los mocos.

—Tía, ¿estás llorando?

—No, no... O sea, he llorado, pero ya está. Dime.

—No, nada, solo quería saber cómo estabas, hace días que no vienes al *pub*.

—Ya. Lo siento. No es que no quiera veros, ¿eh? Es que están siendo días un poco raros. —Su voz no sonaba tan dulce. Era más grave, más seria.

—¿Todo bien? ¿Quieres hablar?

—No sé. —Volvió a llorar.

—Iris, ¿dónde estás?

—No, en casa, tranquila.

—¿Quieres que vaya? Estoy en el trabajo, pero ya he salido.

Se volvió a sorber los mocos.

—¿Tienes un nuevo trabajo?

Hacía demasiado que no la veía.

—Voy. ¿Estás sola?

—No, no, por favor. Está Chris.

—¿Y qué? ¿No sabe que estás llorando? —En ese momento empecé a preocuparme, y de repente parecía menos importante si Eric me escribía o no.

—Sí, sí...

—Joder, Iris, me estás asustando. Voy a buscarte.

—Mejor quedamos en el *pub,* o en tu casa, ¿puedes?

—Claro, sí, ven. Estoy allí en media hora.

Recogí mis cosas y paré un taxi en la puerta. Ahora era yo quien estaba yendo sin dudar al rescate de una amiga una mala tarde, y de nuevo me sentí afortunada, no porque Iris estuviese en esa situación, sino por confirmar que había tejido una red fuerte en la que no solo me veía capaz de sostenerme, también podía sostener. A veces el miedo a no ser querido se manifiesta no queriendo, y a mis amigas las querría incluso si mil voces en mi cabeza me intentasen convencer de que ellas a mí no.

Al llegar estaba esperándome en el portal. Era increíble, incluso en plena crisis, cómo seguía con el pelo perfecto.

—Amor. —La abracé, ella se sujetó a mí y rompió otra vez a llorar.

—¿Qué ha pasado?

—No sé, tía, estoy hecha un lío. Todo se está yendo a la mierda.

—Vale, tranquila. —Las lágrimas agrupaban sus pestañas y hacían aún más grandes sus ojos.

Max y Olivia estaban en el salón, así que nos sentamos en mi cama.

—Cuéntame.

Le cogí la mano. No podía, me miraba sin decir nada, solo negaba con la cabeza. Entendía esa sensación, la de no querer pronunciar algo por miedo a volverlo real, a escuchar cómo suena y ver que estás jodida.

—Iris, no será para tanto, de verdad.

Quizás sí lo era, pero no iba a decírselo. Por fin respiró hondo, como preparándose, y lo soltó.

—Creo que vamos a romper.

—¿Qué? ¿Por qué? —Sí, era bastante grave, al menos según su vara de medir.

—Desde lo del trabajo, cuando le dije que quizás era buena idea no dejarlo, está como enfadado conmigo, salta a la mínima.

Por mucho que me divirtiera criticando a los hombres, en el fondo odiaba escuchar otra historia de terror que confirmaba que mis bromas se basaban en hechos reales. Quería confiar en ellos, empaparme de las victorias de mis amigas en ese terreno, ser consciente de que existen muchos hombres geniales con los que sería increíble convivir.

Chris me caía genial, era un absoluto encanto, y tampoco estaba preparada para escuchar algo malo. Si dejaba a Iris, la pena nos salpicaba a todas.

—¿Él quiere que lo dejes?

—¡Sí! Pero no me lo dice tal cual, solo rechista cuando quiero hablar del tema y me hace sentir una ingenua por querer seguir. ¡Y es que tampoco sé si quiero seguir! Pero me mira así, como si le decepcionase todo el tiempo. —Seguía llorando—. No puedo más.

Ojalá hubiera estado Alex allí para decirle que lo mandase a la mierda, pero sabía que eso no era lo que necesitábamos. Intenté racionalizar la situación.

—A ver, ¿qué te dice?

—Pues que por qué pudiendo dejarlo no lo hago, que sería estúpido, que ya lo habíamos hablado.

—¿Por qué le parece estúpido? ¿Él dejaría de trabajar si tu fueras millonaria?

—¡Claro que no! A él le encanta su trabajo, pero es que a mí no me encanta el mío, tiene razón en que sería más cómodo, pero no sé...

—Iris, si de verdad quieres dejarlo, no te comas la cabeza con lo que pensemos nosotras, ¿eh?

—No, no es eso. No me importa dejar el trabajo, me importa que él se ponga así si no lo hago.

—Ya...

Desde fuera podía parecer algo sencillo, pero para Iris su castillo se estaba desmoronando y todo se ve mucho más complejo cuando eres tú la que está dentro.

—¿Le has dicho qué es lo que te preocupa?

—Es que no sé qué me preocupa. —Se secó las lágrimas con el puño de la camisa entallada estilo Pucci—. Yo confío en él.

—Una cosa no quita la otra.

No sabía qué decirle, nunca una de mis amigas había estado debatiéndose sobre si dejar el trabajo al casarse, ninguna se había casado aún, no tenía referencias.

—¿Has hablado con tu madre?

—Bueno, lo intenté.

—¿Y qué opina ella?

—A ella le encanta Chris, ya lo sabes. Me dijo que debería dejar el trabajo, que tengo mucha suerte. ¡Y yo sé que tiene razón! A la vez me da miedo, pero ¡no sé por qué!

—Amor... —Le volví a coger la mano—. Respira.

—Siento que haga lo que haga me equivocaré. Y no quiero perderlo, de verdad.

—Lo sé.

No siempre encuentro las palabras escribiendo, y tampoco las encontraba hablando en aquel momento. No siempre podía resolver algo al primer intento.

—No se lo digas a Alex, por favor.

—¿Por qué?

—Ya sé lo que me dirá, y Paige también, y Neel. Me van a juzgar todos.

—Nadie te va a juzgar, Iris. Lo que crees que te dirán, en el fondo te lo estás diciendo tú misma.

El llanto empezó a salir de un sitio más hondo.

—No quiero. Solo quiero que alguien me diga cuál es la opción correcta.

Ahora fui yo quien respiró hondo.

—Lo sé.

La abracé. La convencí para ir a cenar algo y bajamos a un pequeño restaurante de tapas que había en mi calle.

—Cuéntame tú, ¿qué es eso del trabajo?

—¿Segura? ¿Quieres hablar de eso?

—Sí, sí, tengo que distraerme un poco, llevo semanas sin veros.

En mi intento por empezar a ver las cosas de manera distinta, empecé por contarlas de manera distinta. No me recreé en mis semanas de autocompasión y dudas, no volví a intentar explicar las mil maneras distintas de afrontar la vida que había barajado en pocos meses.

No creo que llegue a pedirle nunca *Las 48 leyes del poder* a Paige, pero incluso de los hombres con *podcasts* se puede aprender algo, y ellos siempre defienden la templanza como herramienta para una vida pragmática, así que opté por una mirada más simple.

—¿Te acuerdas del guion que estaba escribiendo?

—Sí, el de Troya.

—Bueno, al final no lo cogieron, así que dejé un poco de lado lo de escribir y después de visitar a Paige he empezado a trabajar en una especie de cafetería supermercado orgánico en Temple.

—¿Cómo que no lo cogieron? Seguro que estaba genial.

—En fin, no pasa nada. Ahora estoy escribiendo otra vez.

—¿Y estás contenta?

Me detuve a pensarlo antes de responder.

—Sí, creo que sí.

—Entonces me alegro mucho, Liz. ¡Ya me pasaré a por un café!

Muchas veces habíamos creído, por error, que la inocencia de Iris era un atributo con más contras que pros. Sin embargo, siempre me sorprendía la sencillez que a menudo acompañaba esa visión quizás naif de ciertas cosas. No se paró a pensar en si el trabajo era mejor o peor, en si ella estaría a gusto haciéndolo: le bastaba con saber si me hacía feliz. Se lo agradecí.

Tenía mucho de lo que ponerla al día. Le conté que Paige estaba genial en el trabajo, que incluso tenía una pequeña ilusión...

—¿Sabes lo del padre de Alex, que se casa?

—Por encima, sí, me lo contó antes de la maratón.

Coincidimos en que sería buena idea que Alex estuviera ese día en España con su madre, y que tendríamos que ser nosotras quienes la obligáramos a hablar del tema antes de que se hiciera una bola dentro de sí misma. Le pedí que viniera al *pub* con nosotras al día siguiente.

—Es que ya me la imagino, seguro que ha estado diciendo que paso de ella.

—No, tía. Ya la conoces, está preocupada por ti, lo sé.

—Es que no quiero que me suelte un discurso, no quiero llorar otra vez.

—No lo hará, ya verás. Hablamos las tres con calma y te irá bien.

Sabía que, más tarde, me tocaría llamar a Alex para darle un par de directrices sobre cómo afrontar el *afterwork*. Eso también formaba parte del cuidado de un tejido.

Finalmente aceptó. Terminamos compartiendo un postre y vi cómo el rubor de sus mejillas regresaba. Qué suerte haberla llamado en el

momento exacto.

—Iris, quiero que seas egoísta, ¿vale? —El taxi que había pedido Iris ya subía por la esquina de la calle—. Tú eres la primera que dice que no puedes espantar lo que es para ti. Elijas lo que elijas, si te quiere ver feliz, estará contento, ¿de acuerdo?

Me abrazó antes de abrir la puerta y casi me ahogo con el pelo de su abrigo.

—Gracias, Liz. Te quiero.

—¡Ven mañana, eh! Estás obligada.

—¡Sí! Allí nos vemos.

Volví a subir y me fui a mi habitación. Después de ver a Iris sería mucho más fácil escribir sobre mis amigas, así que abrí el portátil y lo intenté. Un camino se hace andando, y una escritora se hace escribiendo.

Tenía fresca la sensación de amar a alguien que no es de tu familia ni con quien quieres formar una. Es un amor totalmente desinteresado, o debería serlo. El tipo de vínculo que maneja un mejor porcentaje de diversión / gestión.

Claro que puede influir en ti tanto como unos padres, o mermar tu confianza igual que una pareja, pero de primeras siempre la consentimos con mucho más optimismo, o mucha menos responsabilidad. Parece que a la amistad no le recordamos tan a menudo que puede tener un final.

Una pareja, una familia, tradicionalmente ha servido a un propósito. Es un privilegio que les demos otros significados, pero aún se espera que respondan al objetivo de crear más vida. Con las amigas, en cambio, es con quien decides vivir de más, por diversión. No tiene que ser útil, no tiene que responder a una función vital del ser humano, solo a lo que le hace mucho más feliz.

A medida que iba escribiendo, vi lo difícil que era encontrar adjetivos para describir la amistad. Podía elaborar muchos símiles: era un regalo, una tribu, un fuego al que acercarse en invierno, pero cuesta ponerle palabras al tipo de amor al que responde.

Quizás no se puede reproducir. Quizás nace de una alquimia antigua de la que no nos ha quedado la receta. Quizás es sinónimo de altruismo y por eso me cuesta tanto describirla.

Me parece bien que no tengamos muchas maneras de referirnos a ella, así es más difícil de replicar y tenemos que seguir esforzándonos para encontrar una única acepción.

Quizás por eso la IA no puede dibujar bien las manos, no las sabe copiar. No puede, incluso el más listo de los superordenadores, procesar la ternura y la humanidad que pueden sostenerse entre dos palmas, entre los dedos, y por eso las deforma, intentando entenderlo. Igual que el arte está a salvo porque no podemos replicarlo, seguramente el amor también lo esté por lo preciso que es el que nace de una amistad.

Me pregunté si alguien habría escrito sobre esto. Joder, ya iba siendo hora de aprender que la inspiración llega después de empezar, parecía nueva.

Busqué en internet sobre las limitaciones de la IA para representar las manos. Vaya, ya nada es un pensamiento original: había cientos de artículos al respecto. Muchos resultados me dirigían a Substack, la plataforma de la que Madeline me habló. Al menos tenía eso que agradecerle: incluso quien no quieres te enseña algo. En el club de lectura, muchas chicas comentaban textos que habían visto allí, o incluso compartían los que ellas colgaban. Me llamaba la atención que se hubiera puesto de moda una red social que requería de una lectura atenta, pero aún no había encontrado la excusa para entrar.

Leí algunos sabiendo que podía encontrar frases mucho mejor que las mías, reflexiones a las que yo no había llegado aún, pero luego recordé que yo no era así. En febrero, cuando fui a la presentación del libro de Madeline, no lo hice con miedo a sentirme mal por no ser yo quien hablaba tras el atril, sino con la esperanza de ver que alguien parecido a mí lo hacía, así que quizás había una manera de que la siguiente fuera yo.

No sabía si me quedaba mucho de eso, de esperanza, pero nunca me había frenado al servirme un plato por muy llena que estuviese la mesa, y no iba a empezar ahora.

El título de un nuevo texto asomaba al final del que estaba leyendo y así pulsé en otro más de tres veces. Y al final leí más de cuatro artículos y encontré temas que tenía dentro pero no había pensado nunca en sacar. ¿Había gente que leía eso? A mí me parecían interesantes mil palabras sobre la ilusión de transparencia, pero no pensé que al público general también. ¿Esa gente ganaba algo? ¿Lo subían por amor al arte? Había textos realmente buenos.

Revisé lo que llevaba escribiendo las últimas semanas a modo de diario. No sería complicado dividirlo en entradas y subirlo. No quería convertirlo en algo de lo que esperar nada más. Si los soltaba allí, podían convertirse rápidamente en pequeños motores en los que confiaría para arrancar. ¿Me daría miedo que alguien los leyese? O peor, ¿me haría daño que nadie lo hiciera?

Quizás debía darle un par de vueltas y decidir al cabo de unos días.

No, ¿para qué?, si en el fondo quería. «A la mierda, subo uno —me dije—. Si no lo anuncio en ningún lado, si no firmo con mi nombre completo, ¿qué puede pasar? Es lo mismo que tenerlos en la nube, hace años que están allí y sigo sin entender cómo es ese lugar».

Encontré dos o tres argumentos más a favor de intentarlo. Me costó un par de tutoriales entender el funcionamiento de la aplicación, pero terminé pillando cómo crear un perfil. Elegí una fotografía analógica en la que salía de espaldas girándome hacia la cámara, con el pelo recogido con un pasador y un jersey de cuello alto. Me la había hecho Paige hacía años en un viaje a Ámsterdam y me encantaba.

No tenía muy claro qué textos debía subir. Quizás sería bueno encontrar una temática, o un pretexto bajo el que encajarlos. Había perfiles especializados en política o moda, otros que publicaban un texto el mismo día, cada semana, como una columna en un periódico. Tenían nombres pegadizos, como «The Edit» o «Strictly the Good Stuff», y una marca personal bien definida; yo, un documento de setenta páginas con observaciones sobre mi mundo.

Iba a escribir sobre la amistad, sobre la IA que no es capaz de codificar lo que hay en las manos, y eso hice hasta las tres de la mañana. No llegué a terminar la menta poleo antes de que se enfriara, no aparté los dedos del teclado hasta terminar. Revisé que había entendido bien cómo hacerlo y subí el texto. Parecía que sí, todo estaba correcto. Hice clic en «publicar», y no me pitaron los oídos, no apareció un grupo de mariachis a celebrarlo, ni mis peores versiones a reírse de mí.

«No espero levantarme y ver que lo han leído cien personas. No lo hago por eso. Es solo el lugar en el que elijo almacenarlo». Me lo recordé un par de veces y, ya más segura, me dormí.

26

Jueves, 13.00 h
En el altavoz de la tienda, Losing my Religion*, R. E. M.*

Me quedaban poco más de dos horas para terminar el turno, pero me moría de hambre, así que, aprovechando que no entraba nadie, preparé un *matcha* y me permití un descanso de cinco minutos en la cocina.

Iris había confirmado por el grupo que vendría esa tarde y yo ya había hablado con Alex sobre la severidad del tono con el que sería bueno afrontar la charla.

Me entró un *mail:* «Nuevo suscriptor gratuito al Substack de Alicia». ¡Ya ves! Por la mañana me dio miedo abrir la aplicación, pero ahora lo peor que podría encontrarme era a una persona, y seríamos una contra una, y yo estaba yendo al gimnasio, así que podría con ella.

Tres personas habían leído el artículo y una se había suscrito. Vaya, no eran cien, pero tampoco cero, y además no vi ningún comentario negativo, así que, bajo mi punto de vista, era un éxito.

Me apetecía contárselo a Paige, mandarle el *link*. Sabía que estaría orgullosa y que me lo haría saber, pero decidí esperar a otro momento. Lo poco que recordaba de mis clases de ciencia es que, al observar una partícula, esta cambia la manera en la que se comporta. Ante una mirada, cuando hay público, quieras o no, nace una nueva función para aquello que estás haciendo: el efecto

Pigmalión. Pasa a ser algo que también entretiene, o puntúa, o impresiona. Aún no iba a mostrárselo. Esto no debía salir bien o mal, era hacer por hacer, jugar por el simple hecho de jugar, *ludere causa ludendi.*

Sin embargo, cuando terminó mi turno, aún quedaban dos horas hasta encontrarme con las chicas en el *pub,* así que me quedé en el café con el portátil preparando otro texto para subirlo.

Noches atrás había escrito sobre mi viaje a Copenhague, sobre mudarse lejos y la posibilidad de sentirte en casa en más de un lugar, sobre los elementos necesarios para crear un hogar. Le busqué un nombre pegadizo y lo subí antes de recoger mis cosas e ir al metro: un pequeño *shot* de dopamina para mí, ya que hacía tanto que no fumaba.

Me encontré con Iris de camino y, cuando llegamos al *pub,* Alex nos esperaba ya sentada. Había pasado a ser siempre la primera en aparecer. Cuando me abrazó, apreté un poco más fuerte y la miré fijamente a los ojos, confiando en que captaría el gesto. Iris también se lanzó a abrazarla.

—¡Tenía tantas ganas de verte!

La puso al día de su dilema con Chris y el trabajo, y Alex controló el lenguaje no verbal bastante bien y esperó hasta que terminó para dar su opinión.

—Yo creo que aquí el trabajo es lo de menos. Lo que te tiene inquieta es Chris.

—Sí, sí, total. Eso lo sé.

—¿Qué es lo que no te gusta de que reaccione así?

Iris parecía estar buscando la mejor manera de responder.

—Me da miedo empezar a verle como una persona egoísta, ¿sabes? —Tenía los ojos hacia arriba, como si estuviera haciendo

cálculos—. Pero tampoco, porque ¿qué más generoso que trabajar por mí?

—¿Permitirte hacer lo que te dé la gana?

—Alex... —salté yo.

—No, te entiendo. —Iris estaba realmente concentrada—. Si me da miedo es porque lo he pensado: ¿por qué tanto empeño en que no trabaje?

—¿Sabes si su madre ha trabajado? Quizás es algo familiar... —pregunté.

—No, nunca. Y su hermana se casó el año pasado y también lo dejó. Ahora está embarazada.

—Joder, Iris. —Alex dio un sorbo enorme a su martini.

—No sé, pensaba que me quería por encima de eso, ¿no? Entiendo que es algo importante en la relación, ya lo habíamos hablado, pero... si cambio de opinión, ¿qué? ¿Dejará de quererme?

Me estaba sorprendiendo la entereza con la que barajaba esa posibilidad, su análisis.

—No sé... Tendré que volver a hablar con él.

—¡Y con nosotras! —La interrumpí—. Si lo prefieres, no te aconsejamos, pero no te encierres en casa.

Pedimos las patatas trufadas y repasamos por encima las trivialidades de los últimos días. Para no destapar mi nueva misión secundaria y contarles lo de Substack, me centré en narrar mi encuentro con Eric.

—Dios mío, ya es casualidad que trabaje allí.

—No lo es —dijo Iris en tono granuja.

—Bueno, no me ha dicho nada. Tampoco me sorprende. —Lo que me sorprendía era que había sobrevivido más de veinticuatro horas sin arrancarme las uñas por no recibir un mensaje suyo. Madurez, supongo.

Ambas pensaban que, si de verdad me gustaba, debía decírselo.

—¿De qué te sirve esperar? —Alex puso más parmesano a las patatas—. Si quiere volver a verte, da igual quién escriba primero: os veréis.

Era verdad. Nunca había sido de las que mandan un mensaje fruto de un arrebato colectivo con sus amigas después de dos copas de vino. No había mandado nunca un párrafo arriesgado aprovechando que no estaba en plenas facultades, el *go-go juice* no era para mí.

Pero no iba a ser lo mismo. No era un grito de auxilio ni una llamada de atención. Sería una confesión sincera. Al fin y al cabo, ¿qué beneficio me ofrecía quedármelo dentro? Ah, sí: el beneficio de la duda.

—Yo le escribiría. Le pides perdón y se lo explicas bien. Lo peor que puede pasar es que no quiera —sugirió Alex. Iris asentía con la cabeza.

—Sí, tía, yo lo veo igual.

Una vez cada mil lunas se ponían de acuerdo en algo, así que debían tener razón.

—¿Le escribo ahora?

Incluso a mí me sorprendió el impulso. No busqué palabras profundas, no pretendía pedirle perdón en un mensaje. Con un «Ey, ¿qué tal?» era más que suficiente. Enviar.

Era noche de partido y parecía que iba a ser de los que terminaban mal, así que nos retiramos prudentemente antes de las diez.

Decidí no mirar las notificaciones del móvil hasta llegar a casa, y una vez allí decidí no sentirme estúpida al ver que no tenía ninguna. Antes de ir a dormir lo volví a comprobar, nada.

Es horrible levantarse por la mañana y que te despierte el pinchazo de la espera, esos segundos en los que te giras para

alcanzar el teléfono y ves que no se ha cargado bien por la noche, y lo enchufas esperando a que se encienda de nuevo, y lo desbloqueas, intentando convencerte de que no pasa nada si cuando introduzcas el pin de la SIM y vuelva la conexión el mensaje no entra.

Pero entró.

> Eric
> Hey, te iba a escribir.
> ¿Trabajas hoy? Me puedo
> pasar cuando termines.

No me iba a hacer falta ni un café, aquella sería mi gasolina. Un buen viernes, joder.

Estuve todo el turno poniéndome *gloss* y crema de manos. Al terminar, fui al baño y me topé de frente con mi reflejo, como cuando lo ves en el espejo de una discoteca y mantienes una conversación con él, que eres tú, pero parece que en otro multiverso, y tenéis que trazar entre ambas un plan, y os tomáis unos segundos para deciros que todo está bien.

Entró otro mensaje.

> Eric
> Estoy saliendo, llego en dos
> minutos.

Me senté a esa mesa dispuesta a hacer el ejercicio de vulnerabilidad más grande de mis últimos tiempos. Ya me daban igual el orgullo, la respuesta, o si se me escapaba a media conversación que pensaba en él a diario. Iris siempre dice que no puedes espantar algo que está hecho para ti, y yo se lo había recordado hace poco. Veríamos si era cierto.

Estuvimos casi dos horas en esa mesa y solo tuve miedo los primeros veinte minutos. No había estado ocupada, había estado reflexionando sobre si estaba lista para tener algo serio, le dije. Y también que me daba miedo no hacerlo bien, que me había acostumbrado a abandonar la guerra de pie antes que morir de rodillas, y que lo sentía mucho.

—No creas que es una propuesta de matrimonio, quiero decir, no tengo ninguna prisa, me estaba encantando conocerte. Simplemente quiero seguir con eso, o sea, sin ninguna presión de que termine en nada, pero que sepas que sí tengo intención de hacerlo funcionar, ¿se entiende?, sin pris...

—Liz —se le escapó la risa y me interrumpió—, a mí también me estaba encantando conocerte.

Quizás Iris tenía razón. Fue sospechosamente fácil. Pero no iba a cuestionarlo de nuevo, tenía mucho que contarme.

Su compañero de piso le había dicho que en su empresa buscaban gente, y como las condiciones eran mucho mejores, se había ido de la *start-up*.

—Creo que se van a la mierda, también te digo. —Me preguntó por los zumos y le dije que había tenido una pequeña epifanía en Copenhague—. Es decir, tuviste una cita... —bromeó poniendo una mueca y me reí.

—Bueno, fue más una sesión de espiritismo o una charla motivacional para divorciados, la verdad.

Su suavidad, la tranquilidad con la que se movía: las había echado de menos. No pude evitar contarle lo de Substack, y que tenía ganas de empezar a buscar algo de mi sector, pero que estaba satisfecha con la cafetería. Fue cómodo, como todo con él. Me preguntó por las chicas, por mi nuevo día a día sin Paige, y me confesó que él también había tenido un par de citas.

—¿Te puedes creer que la llevé al Cutty Sark y no dijo «al abordaje»?

—¿Me copiaste mi *spot* de cita? —le vacilé.

—Bueno, es que es un buen *spot*... Tenía que comprobar una cosa.

—¿Y la comprobaste? —No estaba para nada celosa. Por suerte, hacía años que lo tenía superado.

—Claro: me dijo que no quería subir al barco-bus.

De la cafetería fuimos al Soho y terminamos cenando en un *ramen* cerca de Oxford Circus. Al día siguiente era sábado y él dejó caer en más de una ocasión que su compañero no dormiría en casa esa noche. Aun así, decidí no ir y darme el placer de tumbarme en mi cama y soltar la respiración, agradecer. Le dije que le escribiría al día siguiente por si quería hacer algo.

—¿Has visto qué musical van a estrenar en el Savoy? —me preguntó mientras me acompañaba.

Me detuve en medio de la acera y él tardó un par de pasos en ver que me había quedado atrás. Lo miré fijamente. ¿Cómo es posible que alguien que no sabías que existía hasta hace poco te sepa leer de ese modo?

—¿Me vas a llevar a ver *Paddington?*

Volvió a reírse y abrió los brazos sin sacar las manos de los bolsillos de su chaqueta *bomber* estilo entrenador de fútbol alemán, como haciendo espacio, invitándome a entrar.

—Si te apetece, ¡claro que sí!

Discutimos en el portal sobre si era más eficiente usar un robot animado o un traje y un niño actor para interpretar un papel así, y me dio un beso antes de irse.

—Te escribo mañana, ¿vale? —Iba a hacerlo, lo hubiese hecho a los cinco minutos de entrar en casa.

—Más te vale, otra no te paso.

En ese momento empecé a vivir dentro de otra escena cinematográfica en la que el tiempo transcurre alrededor del protagonista mientras este se agarra a algo que lo haga pasar más lento.

Yo me encadené a la holganza, a mi nueva rutina, a la que no juzgaba demasiado, a todos los textos que escribía y subía, y de los que me sentía orgullosa. Me agarré a Eric cada vez más, pero con un nudo corredizo, sin apretar. A veces me venía a buscar al salir del trabajo e íbamos juntos a cenar, o al cine, o simplemente subía a su apartamento y ponía el «no molestar» en la puerta durante horas. Como en el momento en *Crazy, Stupid, Love* en que Ryan Gosling abandona su papel de donjuán y tres semanas de tierna fortuna con Emma Stone se representan en los pequeños momentos que comparten, riendo y jugando en distintos escenarios, ajenos a todo lo que no sea lo que están construyendo. Qué asco cuando lo ves en la pantalla, pero qué bien cuando te toca a ti.

Así me regalé tres semanas. Era lunes, el finde había ido con Alex de nuevo al mercadillo *vintage* y tenía un vestido lencero en gris oscuro que me apetecía estrenar. Eric había encontrado un par de entradas rebajadas para *Paddington* a última hora, así que al salir del trabajo fui a casa a arreglarme hasta que me pasó a buscar.

No sé qué le pondrán a los osos de dibujos animados, pero no me hacía falta mucho más que un Winnie the Pooh o un peluche con un chubasquero diminuto y unas botas de agua para hacerme llorar.

En medio de la función se iluminó mi móvil. Me llamaban de un número que no tenía guardado, así que le di la vuelta para no molestar con el brillo de la pantalla.

—¿Qué pasa? —me susurró Eric acercándose.

—Nada. —Le puse la mano en el brazo y seguí atenta a la función.

Al día siguiente él tenía una reunión temprano, así que me dejó en casa y me preparé una infusión.

Había llamado a mi madre, había hablado con Alex y Paige. Al día siguiente me levantaría en paz, no tenía cabos sueltos. Eric era genial y había logrado mandar mi currículum a un par de puestos en editoriales que había visto en internet sin que eso me hiciera despreciar mi trabajo actual. Solo me quedaba preguntarle a Iris cómo iba, no sabía de ella hacía días, pero, por lo demás, viento en popa.

27

Martes, 17.00 h
En el altavoz, Liz on Top of the World,
banda sonora de Orgullo y prejuicio

Max y yo habíamos acordado hacer una pequeña limpieza integral, y como él siempre tenía los fines de semana llenos, quedamos en que esa tarde, al salir del trabajo, nos pondríamos con la cocina y el salón.

Había apartado el sofá de la pared, y estaba barriendo cuando me volvió a sonar el teléfono. No era difícil recordar un número terminado en 444, Paige me tenía bien entrenada, así que supe que era el mismo que había llamado el día anterior.

Se paró la música y lo cogí.

—¿Hola?... Sí, soy yo... Disculpe, ¿de dónde dice que llama? —No estaba entendiendo nada—. Claro, sí... Por supuesto... Genial, genial. Gracias a usted.

Max me miraba mientras pelaba una naranja en la cocina, esperando.

—¿Quién era?

No sabía quién era, la verdad. Fue tan rápido que no entendí bien el nombre de la mujer.

—Dicen que alguien me ha recomendado para un puesto de trabajo.

—¿Ah, sí? ¿De qué? ¡Qué bien!

Es increíble cómo en mi cabeza tengo preparada una reacción a miles de posibles escenarios negativos, pero cuando llega una buena noticia, parece que no tengo experiencia previa en nada de este mundo.

—Creo que es para hacer de adaptadora de una obra, no sé... Pero no entiendo, dicen que han leído mi guion.

—Joder, Liz, ¡qué pasada! Es que realmente era chulo.

Me estaba costando procesar lo que ocurría, pero eso lo escuché perfectamente.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Se puso un gajo de naranja entero en la boca y me respondió sin aún masticar.

—Estaba impreso en la cocina. Iba a devolvértelo un día de estos, perdón.

Me dividía entre intentar atar cabos y recordar cuándo había dejado yo una copia en la cocina, o asumir que, de todas «mis amigas», la primera persona que me daba *feedback* sobre mis textos era Max.

—¿Y lo has leído? ¿Lo entendiste?

—Joder, claro. Me encanta que salgan los dioses griegos.

De repente sudaba. Yo nunca sudaba en Londres, pero no había capas suficientes de ropa para quitarme. Sobrecarga sensorial. Me sobraban las joyas, tenía que recogerme el pelo ya.

—En serio, me lo leí en dos tardes, me enganché.

Pensé que quizás la amiga de Madeline que conocí en el teatro se lo habría pasado a algún contacto. O quizás Madeline, después de todo, sí lo había mandado por ahí. De repente sentí miedo. Como si saber que mi guion trotaba libre en manos ajenas lo pusiera en riesgo. Sentía la necesidad de acompañarlo, de encabezar su

cruzada por el mundo y advertir a los demás antes de su llegada. Quería poder matizarlo, justificarlo ante posibles malentendidos.

—¡Liz! —Max se acercó al sofá—. Pero estás contenta, ¿no?, es bueno.

Era buenísimo.

Llamé a Eric para contárselo. Oh, mierda. ¿Cómo de jodida estaba si esa era mi primera reacción? Da igual, lo llamé.

—¡Es genial! Tendremos que celebrarlo.

—¡Sí! Pero no tengo ni idea de dónde han podido sacar el guion.

—Ya, qué raro. Quizás Madeline al final sí se lo dio a alguien.

—Eso he pensado, no sé.

—Da igual. ¿Qué te ha dicho? ¿Tienes una entrevista?

La tenía. Si había oído bien, la mujer me dijo que me mandaría un *mail* con la dirección, pero que debía ir el lunes siguiente a sus oficinas para hacer un par de pruebas.

—Pero eso significa que también tienen mi *mail*. ¿Cómo? —había caído tarde en la cuenta.

—¿Qué más da? ¡Tenemos que celebrarlo! Te paso a buscar y cenamos.

¿Sabes en qué momento pones realmente a prueba la confianza en ti misma? No es cuando te pasan cosas malas y lo sigues intentando, eso es supervivencia. El momento en que capas y capas de construcción se ven amenazadas es cuando te pasan cosas buenas, y de repente te ahoga, con mucha fuerza, la firme creencia de que no te las mereces.

Cuando piensas a qué tendrás que renunciar para quedarte con eso.

Ya era mucho gustarle al chico que me gustaba y que todo saliera bien, como para también celebrar que tenía una entrevista para un trabajo genial.

Es una mierda ver que, años más tarde, aún no crees que te pueda pasar a ti. ¿Qué me van a reclamar los dioses a cambio? ¿Qué se llevarán para compensar? Algo malo tiene que pasar.

—Vale. Tengo que terminar un texto que quería subir hoy. ¿Te parece a las siete y media?

—Perfecto.

No me había marcado un horario ni obligado a subir un texto al día, pero lo hacía siempre que me apetecía, y últimamente era a menudo.

Tenía unas setenta personas suscritas —todas de manera gratuita —, sentía que estaba creando algo agradable y quería acostumbrarme con calma, sin cambios bruscos. Cultivarlo como un hábito.

Fuimos a una nueva *trattoria* que había abierto cerca de Sloane Square. Intenté no escuchar demasiado a mi voz interna, gritándome que, si finalmente me daban el trabajo, Eric tendría que irse. Tampoco me di mi habitual gusto de cultivar la nostalgia antes de tiempo y empezar a pensar cómo sería extrañar ese momento: «Esta vez no, por favor. ¿No puede una chica comer sus *fettuccini* trufados en paz? ¿Cuántas ilusiones hacen falta para anular un mal trago? ¿Qué día decide Zeus que a ti te toca vivir un romance?».

Empiezo a creer que es el día en que ya no te importa tener ese romance. Cuando ve que privándote de él no te controla, ese día te lo regala por puro aburrimiento. Zeus debe ser como los profesores de autoescuela: en cuanto ya no huelen el miedo, te aprueban.

Quería ser Werther en sus desventuras, inclinarme hacia el romanticismo, liberarme de la vigilancia emocional. Me encontraba en el punto en el que hay que atreverse a mirar para empezar a sentir, y pintaba bien. Le preguntaría a Paige cuál era la mejor piedra

para proteger aquello que quieres que funcione, y le pediría a Iris una lista de sus *rom-coms* favoritas; sucumbiría a la ilusión.

—¡Por tu entrevista, que saldrá genial! —dijo Eric mirándome a los ojos.

—Por mi entrevista, que saldrá genial —respondí, sonriendo de verdad.

Brindamos y comimos postre, y si el día siguiente no hubiera sido laborable, allí seguiríamos.

28

Jueves, 15.00 h
En los auriculares, Let me Out*, Dover*

Quedaban aún días para la prueba, y, en contra de todo pronóstico, no dejé que un cambio en el horizonte me nublara la vista. No me había pasado el día sirviendo zumos a regañadientes ni había empezado a mirar a mis compañeros por encima del hombro, pensando en que pronto los dejaría por algo mejor. Afronté mi turno como cualquier otro y llamé a Alex en cuanto salí.

—Amor, nos vemos esta tarde, ¿no?

—Sí, a las cinco estoy allí.

—¿Has hablado con Iris?

—La he llamado, pero me ha dicho que no sabía si podría pasarse.

—Bueno, yo salgo ahora. Hago un poco de tiempo y voy para allá.

Me quedé un rato más en la cafetería, quería rematar un texto para el día siguiente. Mi pequeño proyecto estaba dándome un propósito que me gustaba, y me di cuenta de que no era tanto por si podía florecer en algo más grande, o porque mucha gente me dijera que lo hacía bien. Me gustaba porque me estaba devolviendo la disciplina. Tenía una idea, la escribía y la subía. No la dejaba bailar por mi mente hasta que perdía el ritmo, la ponía en práctica y se convertía en un ladrillo más para reconstruir mi confianza. No respondía a los deseos de nadie más allá de los míos, y aun así me lo concedía.

Estaba a punto de terminar uno sobre la traición, el desengaño, y cómo a veces lo personificamos cuando en el fondo lo que nos ha decepcionado no es alguien, sino lo que esa persona representaba.

Había usado otra vez las palabras hacia fuera para decirme algo a mí misma. Ahora, con la perspectiva que otorga el tiempo, veía que en Madeline no había sido en quien había puesto mis esperanzas, ella solo personificaba la fiabilidad del mundo adulto, las promesas que este me hacía y que a veces terminaban en embuste. Escribir sobre ello estaba siendo terapéutico, una clausura a mi manera.

Alex ya estaba en la mesa cuando llegué y tenía el portátil abierto.

—Dame un segundo, estoy terminando de comprar mis vuelos.

—¿A dónde? —Cogí una silla y la puse a su lado.

Marcus me vio e hizo un «ok» con la mano. Ya nos habíamos ganado el estatus de señor que desayuna cada día en el mismo bar, ya tenía un «lo de siempre».

—A Barcelona, me voy la semana que viene, el jueves.

—¿Es ya la boda? Joder, qué rápido pasa el tiempo.

Sobre todo, qué rápido pasaba últimamente ahora que lo disfrutaba. Aquel año había tenido dos velocidades distintas. Los primeros meses, durante el invierno, me había enlentecido. Como la naturaleza descuidada por Demeter mientras espera triste el retorno de su hija del inframundo, yo también había vivido con ansia por una mejor estación que tenía que llegar. Y ahora que Perséfone se liberaba de su secuestro durante un tiempo y volvía con su madre hasta tener que irse de nuevo, los campos crecían ricos y los ríos bajaban caudalosos. Yo había recuperado mi viveza y, distraída en la alegría, el transcurso de los días se me hacía mucho menos lento que cuando lo vivía como una cuenta atrás. Ni me di cuenta de que ya había pasado la primavera.

—Pues sí. Me compro solo el de ida y quizás alargo unos días, así también veo a mi hermana cuando vuelva de la boda.

—Muy bien, tía, seguro que te va genial.

Quizás no lo supo ver, pero me alegró que no estuviera, como ella a veces creía, huyendo de nada. Estaba afrontando la situación de cara.

Decidimos no teorizar sobre la ausencia de Iris y hablamos de un par de estrenos que queríamos ver en el cine. Ya no hacía falta actualizar mi situación con Eric porque no había nada malo que decir, y la tranquilidad se estaba volviendo habitual.

Le pregunté a Alex por su nuevo trabajo en la academia de idiomas, y me contó una cita que había tenido con uno de los profesores. Alex estaba hecha de otra pasta, yo nunca podría quedar con alguien que no me gustase de verdad, pero ella le encontraba valor a la experiencia de conocer a mucha gente, compartir tres o cuatro cenas agradables, y seguir sin más.

—Hablando de trabajo, ¿no te han llamado de ningún lado?

—¡Sí! Tía, eso te tenía que contar, es muy fuerte.

En ese momento no caí en que no les había dicho a ninguna de ellas que había estado echando currículums para algunos puestos, así que no me sorprendió la pregunta, pero lo pensé mientras le contaba que me habían llamado para un proyecto de adaptación.

—Espera, ¿te dije que estaba buscando algo de lo mío?

Le dio un sorbo a su *ginger ale* y frunció el ceño.

—Tía, sí, ¿no? A mí me suena.

A mí no. Había sido muy consciente de lo que decía en voz alta el último mes.

—Bueno, da igual. El caso es que tengo el lunes una prueba, pero me encantaría, es justo el tipo de proyecto que me apetece hacer,

pero no sé de dónde narices han sacado mi guion, me tiene loca eso.

—Qué más da, a saber. Quizás han leído tu Substack o algo.

—No, no lo tengo subido. Espera... —Nadie, aparte de Eric, conocía mi perfil—. ¿Cómo sabes que tengo Substack?

Dejó su vaso en la mesa.

—Mierda. —Reconocí su risa nerviosa—. Paige lo encontró.

—¡¿Qué, y lo habéis leído?! No jodas, Alex.

Me preocupaba que se reconocieran en lo que escribía. Al final, ellas eran casi toda mi fuente de inspiración.

—Tía, está genial, de verdad. Me encantó el texto sobre empezar de cero en otro país.

—¿Tú crees?

—En serio. Escribes genial, Liz. ¡Deberías haber empezado antes!

Seguramente no. Mis textos salían de mí y dependían de mi estado en ritmo y temática. Si hubiese empezado antes, tendría el Substack más deprimente de la historia.

—Pero no le digas a Paige que te lo he contado, por favor. Me hizo jurarlo.

Se lo iba a decir en cuanto me llamase, ya sabía medir qué tipo de secretos no hace daño contar.

Cenamos juntas y me despedí acompañándola a su bicicleta.

—Dale recuerdos a tu madre y avísame cuando llegues, ¿vale?

29

Domingo, 9.00 h
En los auriculares, Daylight*, Watchhouse*

Eric me dejó en casa sobre las seis. Habíamos alquilado un coche para ir a pasar el fin de semana en un pueblito cerca de Sussex, y ver vacas me sentó de maravilla. Me había llegado un correo confirmando la dirección y la hora de la entrevista, así que llevaba una hora en la cama con mi ritual de manifestación para que saliera bien.

No tenía ni idea de qué tendría que hacer, pero repasé el guion y otros que había escrito años atrás. Es difícil estar nerviosa cuando sabes qué haces bien. No era un examen para el que tenía que estudiar o un rol que debía fingir.

No me habían dicho qué tipo de texto querían adaptar ni a qué formato, pero usar hechos históricos como punto de partida para escribir siempre había sido de mis recursos favoritos, así que tenía el presentimiento de que no me quedaría en blanco.

Ese día también había recibido mi primera suscripción pagada en Substack. Es increíble, otra vez Zeus dándome algo una vez que ya no me preocupaba por ello. Solo eran 1,99 libras mensuales de alguien a quien le apetecía financiar mis textos, pero me sentía millonaria. Todos los premios son a elegir, era como una medalla olímpica.

Había pedido un cambio de turno para poder ir a la prueba, pero al día siguiente me levanté a las seis como si fuera igualmente al trabajo y me tomé el café con calma apoyada en el lateral del sofá. Hacía mucho sol, me pude arreglar con calma y elegí una camisa blanca de JW Anderson y unos pantalones de pinzas marrones a juego con mis mocasines.

La dirección era Bedford Avenue, cerca del British Museum, así que cogí el metro y bajé en Tottenham Court Road. Me sentía otra vez pequeña, diminuta, pero no débil.

Me recibió un portero y me hizo esperar en una sala enorme con sillones estilo Barcelona de Mies van der Rohe. Estaban en casi todas las recepciones de bufetes de abogados y edificios corporativos, pero me recordaron a Alex y a casa, y me lo tomé como una señal.

Finalmente, se presentó la mujer con la que había hablado por teléfono.

—Cynthia, ¡encantada!

No creo que llegase a los sesenta años. Llevaba un cárdigan fino verde militar, un vaquero gris y el pelo recogido en un moño bajo. Me resultó simpática.

Subimos en un ascensor de cristal que dejaba ver la recepción y no pude evitar imaginarme cómo sería cogerlo cada día para ir a trabajar. Las oficinas eran realmente bonitas, no muy modernas, con el suelo enmoquetado en granate y acristaladas, y como estaban en la séptima planta, se veían perfectamente toda la City, el Museo Británico desde arriba y la cúpula de St. Paul.

En el despacho había dos hombres. Llevaban camisa pero no corbata, y parecían relativamente felices para su edad. Supongo que era buena señal, trabajar aquí no debía de chuparte el alma del todo.

Me contaron que tenían un texto que querían adaptar a una obra de teatro. Trabajaría en equipo con otros editores y mi puesto de momento sería temporal, solo para ese proyecto.

—Queremos realmente algo lírico, no caer en lo superficial.

—Me parece estupendo, ya es hora de confiar en el público. —Quizás me arriesgué un poco con la broma, pero pareció aterrizar bien.

—Exacto, es un texto complejo, no vamos a por algo facilón.

Vaya, palmadita en la espalda simbólica para mí y mi empeño en no hacer más digeribles los textos. Quizás Madeline tenía razón y a la gente le encanta una trama sencilla, pero me alegró ver que aún hay espacios donde se valora la profundidad.

Me dijeron que tendría que mandar un par de adaptaciones cortas. Me enviarían un texto histórico breve y tenía que convertirlo en una escena de cinco o diez minutos. También me darían otro para el que debía encontrar un punto de vista distinto y traducirlo en una propuesta.

—Es, sobre todo, para ver tu criterio, pero nos encantó el guion, así que seguro que saldrá bien. —Cynthia estaba haciendo mi primera entrevista en el sector mucho más agradable de lo que habría imaginado, así que me vi segura como para preguntarle.

—Me siento muy halagada y me encanta el proyecto, pero ¿podría decirme quién me recomendó? Para agradecérselo al menos.

—¡Ostras!, pues es que nos mandaron bastantes textos. Creo recordar que fue uno de los editores quien me pasó el tuyo, se lo preguntaré.

Uno de los editores, qué cojones. Me dejó aún más confundida.

Solventé como pude las preguntas sobre la experiencia previa y maquillé un poco mi pequeño proyecto digital.

—Tenemos que meternos más en eso, lo de Substack —dijo uno de los hombres señalándome—. Estáis todos los nuevos talentos allí, pero se nos escapa un poco de las manos.

Me reí e intenté que no se notara que a mí también.

—Es un muy buen recurso, la verdad. Hay gente buenísima.

Le di la mano a los tres y quedamos en que les mandaría mi propuesta a lo largo de la semana.

—Estupendo, te dejo un dosier con un poco de información sobre el proyecto y la empresa. Justo hemos renovado la identidad visual y estamos en Instagram ahora, puedes cotillearlo. —Cynthia sonrió, todos parecían orgullosos de haber aprendido recientemente lo que era el *branding* y la importancia de tener una presencia digital—. Tenemos un nuevo equipo de *marketing* muy joven, estamos poniéndonos al día.

Me dio una carpeta de papel con documentos dentro. Era entrañable ver a gente con más experiencia abrirse con ganas a lo que estaba por llegar, adaptarse con ilusión a los nuevos tiempos. En ese momento pensé en lo aterrador que debe ser hacerte mayor y sentir que cada vez entiendes menos lo que ocurre, las tendencias, las nuevas necesidades. Como los bancos pasándose al *online*.

Lo cierto es que me sonaba de algo el logo, o quizás la tipografía, no sé. Era realmente bonita la imagen de marca, el equipo de *marketing* no debía llegar a los treinta.

Salí de la oficina y llamé a mi padre. Él siempre confía en las primeras sensaciones, así que me gustó poder decirle que habían sido buenas.

Como terminé más temprano de lo que había previsto, y aprovechando que estaba cerca de Oxford Street y que ese día no entraba hasta las tres, me permití entrar en un par de tiendas y me senté en un Joe and the Juice a comer al sol. Le mandé un audio a

Eric haciéndole un pequeño resumen de la entrevista, y empecé a leer los dos textos que debía adaptar.

Fui andando hasta la parada del autobús. En mis auriculares sonaba *Mediterráneo,* de Serrat, y me sentía igual de ligera que las hojas de los pinos que describe la letra cuando las sacude el viento de Levante. No por estar descontroladas, sino por dejarse llevar.

Por la tarde había mucha menos actividad en la cafetería. Se me pasó el turno volando, pensando la mayor parte el tiempo en maneras de enfocar los textos para la prueba. A eso me puse una vez que llegué a casa, aún sin el portátil, solo en papel y boli, barajando ideas.

Max entró y me preguntó cómo me había ido.

—Qué detalle que te acuerdes, la verdad.

—Me tienes en muy baja estima, Alicia. Ya no te doy del *sushi* que he comprado.

—¡No! ¡Por favor! ¡Perdóname! —bromeé, y me ofrecí a poner la mesa, a ver si conseguía ni que fueran dos piezas de *sashimi*.

—Sigo sin entender de dónde han podido sacar el guion. La mujer me ha dicho que se lo pasó un editor... ¿Un editor? Creo que no conozco a ninguno.

Max engullía unos *yakisoba* y me contestó sin mirarme a la cara.

—No sé, supongo que pasa de mano en mano.

—¿De mano en mano? ¿Es que tú se lo has pasado a alguien?

Terminó de tragar y pareció estar pensando.

—Mmm, sí, bueno, a Alex.

Solté los palillos sobre la mesa.

—¿A Alex? ¿Mi Alex? —No tenía sentido, ella no me había dicho nada.

—Sí, quedamos un día y le conté que lo había leído y me lo pidió.

—¿Y para qué se lo das? ¿No dijiste que me lo ibas a devolver un día de estos? —No estaba realmente enfadada, o sí, no lo sabía aún.

—Sí, cuando ella me lo devuelva, quise decir.

O sea, que Alex no se lo había devuelto. Seguía sin entenderlo. Si me había confesado que sabía lo del Substack, ¿qué sentido tenía no decirme que también había leído el guion?

El jueves se iba a casa, y como no la vería hasta la próxima semana, ya le preguntaría entonces.

30

Paige me había escrito esa mañana por si quería que nos llamáramos. Tenía casi rematados los textos de la prueba, así que le dije que estaría libre cuando saliera del trabajo. Me escribió sobre las cuatro.

Paige
¿Te llamo en diez?

Síííí, estoy yo cerrando
también ya.

Me había quedado a escribir la prueba. Técnicamente podía entregarla el lunes, pero prefería dejarla hoy lista y enviarla mañana a primera hora.

Paige
Súper. Necesito ayuda.

Qué raro. Lo cogí enseguida cuando me llamó.

—Hola, amor, ¿todo bien?

Pensé que quizás había habido algún imprevisto con el proyecto. Me había puesto al día por mensaje, y lo último que sabía era que ya habían empezado a demoler parte de la antigua estructura para la remodelación.

—Sí, tía, es una tontería: es de Rasmus.

Me quedé tiesa. En los siete años que hacía que la conocía, podía contar con una mano las veces que me había pedido hablar de hombres.

—Paige, ¿me estás llamando para hablar de sentimientos? —Se me notó en la voz que me hacía entre gracia e ilusión.

—Alicia, te voy a colgar.

—No, no. —Me reí—. Es broma, de verdad. Tengo ganas de hablar contigo, dime.

Me contó que llevaban casi un mes viéndose fuera del trabajo, incluso habían dormido juntos más de una vez. Por lo que dijo, parecía estar todo bien.

—Es superinteligente y como muy resolutivo, ¿sabes? Muy hombre.

Seguramente era una señal de envejecimiento que esas fueran ahora las cualidades que nos parecían más atractivas, pero ya me parecía bien.

—Entiendo.

—No hay juegos, no siento que se tire el rollo de hacerse el interesante; no sé, es claro y ya.

—Eso es genial, amor, ¿cuál es el problema?

No le había contado de Eric más de lo que permitían un par de mensajes aquí y allá, pero parecía que estábamos en un punto parecido. Uno bueno al fin.

—No sé cómo decirlo sin parecer gilipollas, la verdad.

—Dilo como te salga.

—Me da miedo ser demasiado, ¿sabes? Espantarlo.

¿Qué epidemia de mierda parece haber infectado a las mujeres? ¿Desde cuándo los hombres son tan fáciles de asustar?

—Qué manía, tía. Iris igual: si le espanta que tengas sentimientos es que no es para ti, ya está.

—¿Qué? ¿Qué sentimientos? No, digo espantarlo por ser demasiado buena, que sienta que no puede darme nada que yo no me dé a mí misma.

—Joder, Paige. —Era bastante irónico que su malestar fuera ser demasiado buena para alguien, la verdad. No pude evitar reírme.

—No, Liz, en serio. Piénsalo. —Lo cierto es que no me había encontrado nunca en ese escenario. Pero lo intenté—. Ya te digo que es como muy hombre en ese aspecto, no sé, imagina que siente que es mucho esfuerzo estar a mi nivel y prefiere pasar.

Había leído en Substack un par de reflexiones sobre eso. La epidemia de la soledad masculina, cómo cada vez había más mujeres solteras por considerar que no tenían iguales, y hombres convencidos de que los estándares femeninos eran desproporcionados.

—¿Con John te pasaba? —Se lo tuve que preguntar porque, durante los años que estuvieron liados, los únicos momentos en los que nos hablaba de él era para contarnos el *feedback* que le daba en el trabajo.

—Creo que no, pero tampoco sé si con él me mostraba al cien por cien. Si lo comparo, creo que rebajaba algunas partes de mí.

¡Aleluya!

—Vale, pero, si con Rasmus no has de hacerlo, es buena señal.

—Sí, sí, pero a veces me sale frenarme, ¿sabes? No pedir ciertas cosas por si cree que no me las puede dar. Como siempre soy tan segura, quizás me verá un poco creída. O mi sueldo, por ejemplo, mi familia...

—Tú no presumes nunca de dinero, Paige. Se nota en tu ropa, pero no creo que sepa lo que cuesta un polar de Miu Miu.

—Es que no es eso, no sé, quizás debería pedirle más ayuda, dejar que él se encargue de algunas cosas... Da igual, ahora que lo

digo es un poco paranoia.

—No, no, te sigo, tiene sentido. —No iba a desperdiciar la oportunidad de que se abriera de ese modo.

—Es que no quiero que piense que no le valoro, ¿sabes?

—Paige, pero eso es tan fácil como demostrárselo.

—Demostrárselo, ¿cómo, tía?

No es que yo fuera la mejor a la hora de expresar mis sentimientos, solo llevaba unos meses aplicando con Eric mi nueva manera de mostrarme vulnerable y lanzarme a sus brazos sin miedo a las consecuencias, pero de momento me estaba funcionando.

—Pues no sé, tía, diciéndoselo, siendo detallista, queriéndolo bien.

—No le quiero, Liz.

—Ay, no seas seca. Ya me entiendes.

Podía imaginarme su cara, con el ceño fruncido, aunque sin una arruga y mordiéndose el labio.

—¿Y si eso también lo asusta? No solo sentirá que pido mucho, sino que además lo aburro con mi cursilería.

Paige descubriendo que quería cuidar a un hombre. Guau, ojalá estuviéramos hablando por mensaje para poder hacer una captura y enmarcarla en algún lado.

—Amor, tú eres increíble, está claro que alguien tiene que ser increíble para merecerte.

—¿Y si no lo es?

—Pues ya lo descubrirás. Mejor tarde que nunca.

—También es verdad.

Me estaba encantando la conversación.

—Mira, está claro que tú te lo puedes dar todo a ti misma, siempre lo has hecho, y es una bendición. Así te aseguras de que si estás con él, no será por necesidad. No le necesitarás pero le querrás, y si le quieres, será porque te aporta algo increíble.

—Eso es justo lo que te decía, tía. ¿Y si piensa que es mucho esfuerzo?

—¿Te crees difícil de querer?

Se lo pregunté, pero estaba segura de que así era. Se estaba encontrando de frente con su mayor debilidad. El universo no iba a salvarla de esta, tenía que quitarse la coraza y confiar.

—Quizás sí.

Paige es un catalizador de energía. Tiene la capacidad de hacer que cualquiera alcance su máximo potencial, le sale solo contagiarlo. Es cierto que podía llegar a intimidar, y que, ante eso, un niño huiría a por algo más asequible, algo que no lo obligase a mejorar. Entendía que tuviera ese miedo, y más después de John, el rey de los niños con traje.

—Si es tan maduro como dices, no lo verá como un esfuerzo, Paige. Lo verá como una oportunidad, lo hará con gusto.

—Ya, espero que sí.

Hacía falta un hombre muy seguro para estar con alguien como ella, pero ojalá yo tuviera delante a su futuro marido para asegurarle que valía la pena.

—Seguro. Y si no, pues te vuelves a mudar. —Oía el chasquido del mechero al otro lado del teléfono—. Hace tanto que no fumo, tía. Ahora que lo pienso, mejor no vuelvas.

—Qué pringada, como si fuera mi culpa. —Nos reímos. Estaba sentada en un banco cerca del río, hacía sol, había tiempo—. Tienes que ir a algún lado, ¿tienes prisa?

—Para nada, tía. De hecho, creo que me tienes que contar de Iris, ¿no?

—Bueno, creo que primero me tienes que contar tú cómo cojones encontraste mi Substack...

Le salió una carcajada.

—Menuda bocas Alex, le voy a decir cuatro cosas.

Me dijo que estaba leyendo un artículo sobre las relaciones parasociales y que le salió recomendado el mío acerca de la amistad.

—Me hizo llorar un poco, pero me suscribí y todo: me debes un café.

Claro. ¿Quién si no iba a pagar 1,99 libras para leerme? Me sentí un poco ingenua, pero me hizo ilusión.

—¡Ah! O sea, ¡¿tú eres Sandalwood17?! ¿Mi única suscriptora VIP?

—La misma, y la única por el momento.

Le conté lo de la entrevista, que tenía la sensación de que me lo iban a dar, y le resumí por encima mi propuesta para la prueba.

—Qué increíble, tía. Cuéntame lo que te digan, ¿eh?

También la puse al día sobre Alex, y que finalmente se iba a España esa semana para estar con su madre durante la boda.

—Me parece lo mejor, la verdad. Tengo que llamarla un día de estos.

—Sí, es fuerte, pero lo está llevando genial.

—¿Y qué pasa con Iris? La última vez Alex me dijo que estaba desaparecida. Le escribí un par de veces, pero veo que no responde ni por el grupo.

—Ya, bueno, eso es un poco más *show*... Enciéndete otro cigarro mejor.

Alex no le había contado que fui a su casa, ni que la cosa con Chris estaba muy tensa, así que me tocó ponerla al día de todo.

—Joder, ¿y no sabes nada más?

—Es que vino hace unas semanas al *pub* y parecía mucho más segura, la verdad. De no dejar el trabajo, quiero decir. Pero dijo que vendría a la siguiente, y desde entonces no ha dicho nada.

—Madre mía, me da un poco de miedo que le coma la cabeza, eh. —Hasta ese momento a mí no, pero ya no lo tenía tan claro—.

Volved a llamarla, o id a su casa a las malas.

—Ya, tía, pero no queremos ser pesadas, la hemos llamado todas.

—Ya sabes cómo es, seguro que le apetece que la vayáis a buscar modo dramático.

—No sé, yo ya espero recibir una invitación de boda en 3D con palomas saliendo del sobre un día de estos.

—Puede ser. Bueno, mejor eso que cancelarlo todo.

—Ostras, es verdad, si creo que ya tiene vestido.

Conociendo a Iris, si finalmente no se casaba, iría a que un sastre se lo cortara y se haría un conjunto ideal de falda y top.

—Oye, ¿estarás en Londres en agosto? ¿La primera semana?

—Sí, seguro... Y creo que Alex no tenía plan de irse a ningún sitio.

—Perfecto, pues quizás vaya unos días, que aquí tienen puente y las obras estarán bastante paradas.

—Ay, sí, ¡por favor! ¡Tienes que conocer a Eric! —Me gustó no sentir miedo, saber que sería igual de fácil que todo lo demás—. Y si me dan el trabajo y vuelvo a ser una persona con ahorros, ¡miramos algún viaje para el verano!

—Claro, podemos ir a Ibiza. —Creo que no lo dijo de manera irónica.

—Bueno, quizás tanto no.

—Oye, te cuelgo, pero te oigo genial, Liz, de verdad.

—Gracias, amor. Creo que lo estoy.

—¡Claro que sí! Y además escribes increíble. Estoy esperando tu próximo texto. —Paige seguía siendo la mejor.

—Te voy a subir la cuota de suscriptora ahora que sé que eres tú.

—Lo que tú digas. Te quiero mucho.

—Y yo... Dime cuando sepas seguro que vienes.

—Y tú avísame cuando te den el trabajo.

Llegué a casa y me senté en la cama con el ordenador. Estaba ultimando los retoques del texto con mi menta poleo y mis galletas de chocolate y naranja cuando se desató de repente una tormenta. Oía el agua chapotear en el suelo. En Londres no era una sorpresa la lluvia, pero recordaba perfectamente la última vez que una tormenta había sonado así de fuerte desde mi habitación. Otra vez el diluvio y en verano. Un nuevo ciclo narrativo, esperaba que para bien.

Al día siguiente entraba como siempre a las ocho en punto, pero llegué quince minutos antes para poder mandar los textos. Me hizo gracia que en el altavoz de la cafetería sonase Pablo Alborán. Estar lejos de casa me hacía encontrar trozos de ella en sitios en los que nunca buscaría.

Repasé unas diez veces que tenía el correo correcto en el *mail,* y que los documentos que adjuntaba eran la versión definitiva final buena ya retocada en PDF.

Aún no había abierto a los clientes. Éramos mi fe y yo, ya no sabía en qué religión, pero hice un pequeño llamamiento a todas las posibles.

Enviar. No podía hacer más.

Otra vez se me presentaban días en los que lucharía contra los minutos para que corrieran un poco más, quería que me dieran una respuesta al instante, tener algo nuevo que celebrar. Pero también pensé que sería más fácil de llevar la incertidumbre, encontrar otras cosas que hacer por placer y no solo para distraerme. Seguro que no lo vivía del mismo modo que cuando mandé por primera vez el guion, o cuando estaba esperando la respuesta de Eric. Me sentía mucho más fuerte ante la duda o el rechazo, ante la posibilidad del no.

Quizás sí había mejorado mi capacidad de adaptación.

31

Jueves, 15.00 h
En al altavoz, Instant Crush*, Daft Punk y Julian Casablancas*

Tenía clara la teoría, pero los últimos días la había puesto en práctica. Eric había estado de viaje visitando a su familia, Iris seguía totalmente ausente y Alex no había vuelto hasta el día anterior por la noche. Pensé que llevaría peor noventa y seis horas de espera en silencio sin demasiados sitios a los que ir más allá del trabajo, excepto uno: mis folios, mis documentos, mis textos, mis libros. Escribir artículos cortos por diversión, solo para dejar constancia de mi manera de entender el mundo, poco a poco se estaba convirtiendo en un refugio, en un lugar físico al que podía entrar desde cualquier parte.

Al crecer, a menudo hay partes de ti que vuelven y recuerdas que de pequeña ya las tenías, pero las dejaste en algún tramo del camino. Para mí, concederme la libertad de escribir sin reglas era una manera de dar espacio a esas cosas que quizás ya no es tan práctico conservar en el día a día. Mencionar un plato que cocinaba mi abuelo, ponerle a un personaje el nombre de mi peluche favorito eran pequeños rituales que cerraban círculos, y presumía en mi presente de cosas que quizás años atrás me habían llegado a avergonzar.

Los piratas tenían un dicho: *«Dead men tell no tales».* Sabían que, hasta que a un hombre no le quitas la posibilidad de contar historias,

no lo matas del todo.

Por eso siempre tendré algún sitio al que ir, aunque me encuentre sola, o en la vida real no me apetezca ir a ninguno. Mientras sea capaz de describir con adjetivos y aún recuerde palabras, podré escribir sobre un nuevo lugar donde echarme un rato y sentirme en casa. Esos días había descrito muchos sitios en los que esperar a que pasasen las cosas y no había estado nada mal.

Solo pensaba en terminar el turno y reunirme con las demás en el *pub*. Ya no contaba con Iris, la verdad, pero eso me daba la oportunidad de interrogar a Alex acerca de mi guion.

Sorprendentemente, llegué yo antes.

—Cada vez sois menos, acabarás viniendo tú sola —me dijo Marcus cuando pasó rápido con un par de platos de *fish and chips.*

—¡No me digas eso! —le respondí bromeando.

—Tranquila, no me moveré de aquí. —Me guiñó el ojo—. Ahora te sirvo.

Mientras esperaba, volví a revisar que no tuviera alguna llamada perdida o un *mail* que se hubiese colado en el buzón de *spam*. Aún nada. Alex llegó acelerada. Prácticamente tiró los auriculares y la bolsa encima de la mesa.

—¡Iris se ha hecho un *piercing!*

Me pilló totalmente indefensa. Yo iba a atacarla a ella preguntándole cuándo pensaba decirme que había leído mi guion. ¿Ahora qué? A ver, por partes.

—¿Qué dices?

—Sí, tía, ¡me encanta!

—Pero ¿cómo lo sabes? ¿Lo has visto?

—¿El *piercing?* No, aún no. Pero vendrá en un rato.

—¡¿Ella?! ¿Viene Iris? —Hacía semanas que no contestaba a ningún mensaje.

—Eso me ha dicho, que se pasaría. Sobre todo, cara de sorpresa, que no se note que lo sabemos.

—Entonces, ¿cómo lo sabes tú?

Le pedí que se explicara mejor, o menos rápido. Se ve que Iris había ido hacía un par de noches a ver a sus padres y después ellos habían llamado a Neel, enfadados por si él tenía algo que ver con el *piercing*. Ya pude procesarlo mejor.

—¿Y cómo ponemos cara de sorpresa ante un *piercing* anunciado?

—Creo que me taparé la boca con las manos, así no se me escapará la risa.

—Tampoco te pases.

Tenía que preguntarle por su madre y por la boda, así que mejor sacaría el tema del guion más adelante.

—De la boda poca cosa, mi hermana me dijo que fue bastante sencilla. Tampoco quiero saber mucho.

—Ya, ¿y qué tal tu madre?

—Bueno, va haciendo. Mi hermana está pensando en independizarse, así que buscarán a alguien que pueda ir una o dos veces a la semana a ayudarla en lo que le cuesta.

—Pero me dijiste la última vez que andaba mejor, ¿no?

—Sí, sí. Puede hacer vida sola, pero hay días en que se siente floja, o le falla la memoria y se enfada consigo misma. Se siente muy lenta, todo le lleva mucho tiempo.

Nunca había pensado en lo frustrante que debe de ser que tu cabeza quiera hacer algo y tu cuerpo no se mueva a la velocidad que deseas. Como cuando intento hacer el puente y recuerdo que de pequeña no me costaba ningún esfuerzo, pero ahora los músculos ya no son tan flexibles.

¿Será igual? Quizás si el desgaste va acorde a la edad, se hace más fácil digerirlo, pero la madre de Alex era joven. Me imagino a mí misma de mayor viendo el final de un pasillo y maldiciendo no poder llegar antes. ¿Eso pasa? ¿O quizás ya te da pereza? Tal vez llega un punto en que sientes que has cumplido con todos tus deberes y te queda esperar, así que no es tan horrible tomarse las cosas con calma y ocupar así el tiempo. Era triste pensarlo. Primero nos meten prisa, Forbes Under 30, el actor más joven en ganar un óscar, hazlo todo y haz tanto de eso como puedas, para que al final el propio mundo te obligue a reducir la marcha, a ir despacio.

Era un buen tema sobre el que escribir. Lo apunté en el móvil.

Iris llegó al cabo de un rato. Llevaba unas gafas de sol grandes, así que no pude leer su expresión a simple vista. Mis ojos se fueron directos a buscar. Era una pequeña florecita dorada con brillantes en la nariz. Le quedaba increíble con su tono de piel.

—¡Hola, hola! —nos saludó mientras se subía las gafas hasta dejarlas reposando sobre su cabeza. No parecía el tono de alguien que ha roto un compromiso, no parecía triste.

—Podrías algún día contestar los mensajes —se lo dije seriamente. Una cosa era tener un pase si estás en un momento difícil, y la otra aprovecharse de él.

—Lo sé, perdón. De verdad.

Ahora que la veía de cerca sí parecía triste. Quizás no quería dar esa imagen, pero la delataban las ojeras, el poco rubor en las mejillas y, sobre todo, que llevaba el pelo mal recogido en un moño.

—¿Cómo vamos, reina? —Alex abrió los brazos para abrazarla. Iris no contestó, pero aceptó el abrazo.

Ocupó la silla libre, no sabía si debíamos gritar sorprendidas o esperar a que ella anunciara que se había perforado la nariz. ¿Quería que nos diéramos cuenta? Supongo que, de no ser así, habría venido

con una bufanda o algo por el estilo. Buscaba pistas en la mirada de Alex, pero nada.

Empezó a hablar sin mencionarlo, así que tampoco lo hicimos. Le preguntó a Alex por la boda y por su madre, y a mí por Eric.

Ya que no abordamos el tema de su nariz, Alex atacó por otro lado.

—¿Qué tal con Chris? ¿Mejor con lo del trabajo?

Iris dio un sorbo antes de responder.

—Bueno, parece que mejor.

Nos contó que habían acordado encontrar un punto medio: ella intentaría pedir una plaza con menos horas, o cambiar su turno y hacer solo tardes. No veía exactamente dónde estaba la mitad y, por la cara que puso Alex, ella tampoco.

—Al menos hasta que tengamos hijos ya me parece bien. Así tengo tiempo de ver si me gustaría dejarlo por completo.

Me sabía mal no tener mucho más que comentar acerca de su gestión del conflicto, pero no podía dejar de pensar en su *piercing*.

—¿No es un poco posponer el problema? —Bien por Alex, pregunta valiente—. Quiero decir... Si pasan los meses y no quieres dejarlo, ¿lo aceptará?

Iris dio otro trago.

—Estoy segura. En cuanto vea que no cambia nada porque yo siga trabajando después de la boda, no le importará. Si le preocupa que sea feliz, tiene que entenderlo. —No interrumpimos su reflexión, yo le había insistido hace meses precisamente en eso—. Al final, es a mí a quien quiere, ¿no? ¿Qué más le da que cambie de forma o de trabajo de vez en cuando? Eso es lo de menos. Yo le amaría igual si mañana se rapara al cero o empezara a jugar al pádel. Él me querrá igual, no le tiene que importar si soy enfermera o si me hago un *piercing*.

—Total. —No dije nada más. ¿Era la señal? No estaba captando muy bien lo que se esperaba de mí.

Hizo un gesto de sorpresa y se señaló la nariz.

—Que, por cierto, ¿hola? ¿Por qué no habéis dicho nada de mi *piercing?*

Esa era, sin duda. Ahora sí.

—¡Guau! ¡Dios mío! —Las dos gritamos a la vez; ninguna serviría como actriz.

Nos dijo que se lo había hecho el fin de semana. No me hubiese imaginado nunca a Iris yendo sola a un estudio de tatuajes un domingo cualquiera, pero en mi cabeza la escena era sublime.

—¿Y qué dice Chris? ¿Le gusta? —le pregunté un poco asustada.

—No lo sé, aún no lo he visto, lleva casi una semana fuera por trabajo.

No era complicado de ver: Iris estaba haciendo aquello sobre lo que yo había escrito semanas antes. Había elegido un pequeño símbolo para representar mucho más. Sabía perfectamente que ese *piercing* no eran solo 0,2 gramos de acero inoxidable quirúrgico con circonitas; ese *piercing* era una parte de ella que deseaba que Chris aceptara también.

Tenía que aceptarla, no bastaba con que la quisiera. Muchas veces no basta. De hecho, debe de ser horrible descubrir que tu pareja te quiere, que lo hace tal cual dictan las normas, desde la sexta o la séptima acepción del verbo, a saber: «Dicho de una cosa, ser conveniente a otra» y «Dicho de una persona, conformarse o avenirse al intento o deseo de otra». Un quererse totalmente condicional. No por gusto, por avaricia, por querer. Ligado al contexto, a la practicidad.

—Te queda ideal, Iris. —Era cierto. Cada vez que la miraba me parecía que la favorecía más.

—Bueno, más vale que le guste.

Es complicado dejar a alguien solo porque cada día te levantas con la sensación de que deberías hacerlo. ¿A cuáles de tus veinte voces internas decides escuchar? ¿Cómo lo justificas?

En cambio, nadie cuestionará tu decisión si le cuentas que tu pareja dejó de quererte igual cuando te hiciste un inofensivo *piercing* en la nariz. Al contrario, ¡normal que lo hayas dejado! Seguramente te esperan incontables cenas de Navidad en las que tus compañeras te dirán: «Menudo imbécil, hiciste bien». Lo que esas compañeras no sabrán es que no era tu nuevo *piercing* lo que a él no le gustaba, ni fue eso lo que te hizo ver que no te quería ver feliz, solo te quería.

Lo que te persigue en tu cabeza es demasiado sutil y complejo como para encontrarle una forma clara, así que mejor encuentra un pequeño objeto en el que sujetarlo, algo contingente, deja que sea quien reciba los golpes, haz que le dé nombre al problema. Será mucho más fácil perderlo de vista cuando le eches la culpa de algo que en el fondo él solo te ayudó a materializar.

Pobre *piercing*. Esperaba que no se lo quitara nunca, le quedaba genial.

Nos quedamos un rato más y acordamos vernos de nuevo la siguiente semana. Eric me vino a buscar, hacía días que no lo veía, así que me apetecía dormir con él.

Me estaba atando el casco de la moto cuando levantó la pantalla del suyo.

—¿Has visto el *mail?* —Cogió mi cabeza con casco y la sacudió con cuidado haciendo un gesto de emoción.

—No, ¿qué *mail?*

—Ha saltado la notificación en tu iPad, te lo dejaste en mi casa. He pensado que lo habrías visto en el móvil.

Lo saqué del bolso. Con todo lo de Iris, casi no le había prestado atención. Abrí el correo.

—¡¿Qué?! ¡No puede ser! —Salté de emoción.

—¿Verdad? Pero es un poco justo que te avisen de hoy para mañana, ¿no? Menuda gente.

Me habían escrito sobre el puesto de trabajo. Decían que les habían encantado mis propuestas y que si podía pasarme mañana por la oficina para conocer al resto de los editores y ver si encajábamos. Es cierto que era un poco justo y que tendría que faltar al trabajo sin avisar con margen suficiente, pero ni me iba a plantear no intentarlo.

—Ya, bueno, me han escrito a las seis. —Eran pasadas las nueve.

—Respóndeles igualmente, y mañana ve allí temprano. Lo peor que puede pasarte es que tengas que dar media vuelta.

No tenía nada que objetar y, como aún tenía la pantalla levantada, le di un beso.

—¿Qué tal en casa? Te he echado de menos.

Habría querido enterrarme en un hoyo profundo y sin salida si alguien me enseñase una fotografía de los ojos con los que debía de estar mirándolo, pero era más fácil no hacerlo cuando yo también veía cómo sus pupilas prácticamente se comían el azul de alrededor si me miraba. Sin vergüenza, ya nada me apetecía más que tumbarme a su lado y escucharle contar su semana.

32

Viernes, 9.00 h
En el ascensor de las oficinas, Circles*, Post Malone*

Me respondieron el *mail* cuando ya estaba en el metro de camino. Decían que podía pasarme a cualquier hora, así que a las nueve en punto estaba presentándome en la recepción.

Eran cuatro en el equipo de editores, tres chicos y una chica, parecían todos más o menos de mi edad. Me presentaron mejor el texto que querían adaptar y la línea que pensaban seguir, y pensé que si hubiese tenido que describir hace meses un proyecto en el que me encantaría trabajar, ni en mis días más lúcidos habría imaginado uno tan preciso.

—La idea es dividirlo en partes que ponemos en común todo el rato, por eso es ideal si no teletrabajas, así estamos todos por aquí.

Me hubiese encantado teletrabajar, pero no me molestaba para nada. Al final, era solo un proyecto en el que colaboraría como externa. Saber que tendría un final me ayudaba a limitar las expectativas, y a la vez a no sentir que me estaba anclando a una silla de oficina de por vida.

Bajamos a la cafetería del edificio. No era ni la mitad de orgánica que el Health Bar, pero tenía café. Me quedé un rato con el equipo y me sentí relajada, la dinámica parecía ser buena.

—No sé si puedo preguntarlo, pero Cynthia me dijo que uno de vosotros le había hecho llegar mi guion.

—Sí, fue Thomas, creo —dijo la chica mientras secaba el charco de café que había dejado la máquina.

Thomas estaba un poco más alejado, cogiendo un bocadillo del mostrador, pero se giró en cuanto lo mencionó.

—¿El guion? ¡Sí! —No sé si tenía intención de darme alguna pista más.

—¿Te puedo preguntar quién te lo pasó? Llevo desde que me llamaron dándole vueltas...

—Claro, la chica que nos hizo el *branding* es amiga mía, y hablando le comenté lo del proyecto y acabó saliendo lo del guion.

Lo tenía.

—¿Alex?

—¡Sí! Empezamos juntos Antropología, después ella lo dejó. De hecho, fui yo quien la recomendó para renovar la imagen de marca y eso.

¡Lo sabía! ¡Sabía que el logo me sonaba de algo! Alex había colgado en su Instagram meses atrás fotos del proceso de diseño, por eso lo reconocí el día de la entrevista. Me reí por dentro. Tenía ganas de matarla por no dejar de actuar a escondidas, y a la vez quería abrazarla hasta no poder apretar más.

—Al final todos entramos por contactos —añadió el otro chico.

Después de todo, me había tocado. A veces la meritocracia necesita de un pequeño empujón. Seguía sorprendida. Nunca pensé que tendría contactos ni amigas de ese tipo. Habían sido ellas las que, otra vez, habían apostado por mí. No a mi favor, sino siendo quienes rellenaban la papeleta, contentas de saber que podía ser yo quien recogiera el premio.

Háblame de altruismo y de amistad, y de arte. Seguía sin poder describirlos, y aunque los sabía distintos, compartían partes esenciales que me iba encontrando una y otra vez.

Cuando Ovidio fue desterrado de Roma en el siglo VIII, no había revisado las *Metamorfosis.* Al no poder pulir sus versos, sentía que la obra circularía imperfecta. Y por miedo y pudor la quemó.

El poema que hablaba de las formas cambiadas de los hombres,
obra desgraciada que la huida de su autor interrumpió,
yo mismo, al partir, como tantas otras cosas mías,
lo destruí con mis propias manos.

La duda sobre sí mismo casi borra la obra más influyente de la mitología clásica para Shakespeare, Dante, Cervantes y muchos otros. Pero como a miles de cosas más, la salvó la amistad. Sus amigos recopilaron, preservaron e hicieron circular por Roma copias ajenas a los complejos de su autor. La confianza que él no creía tener la tuvieron en su nombre sus amigos, y gracias a eso las *Metamorfosis* sobrevivieron al tiempo.

La confianza que yo parecía no saber usar la había aprovechado Alex a mi favor. Y gracias a eso quizás iba a poder sobrevivir en Londres, al menos unos meses más.

—¿Te lo puedes creer? Y ella sin decir ni que se lo había leído. — Salí del edificio y llamé a Eric enseguida para contarle lo del guion.

—La tendremos que invitar a cenar o algo, para agradecérselo.

Tenía razón. Quería también llamar a Paige para decírselo, pero esperé. Vendría en dos semanas y no podía tener más ganas.

Alex había resultado ser la mejor persona del mundo.

E Iris se había hecho un *piercing* en la nariz.

Todos los premios son por elección y yo no me podía sentir más afortunada. Me dijeron que tardarían una semana en decirme si finalmente entraría en el proyecto, y diez mil minutos de espera no me parecieron para tanto. Podría apoyarme en cada uno de ellos sin lamentarlo.

Era viernes al mediodía, vivía en Londres en un piso precioso y no llovía. Tenía veinticuatro años, salud y, muy a mi pesar, un trabajo. Me gustaba mi aspecto, también me gustaba un chico, y seguía agradeciendo a ya no sé qué dios o piedra o número angelical tener a mis amigas. ¿Dónde estaba el crepitar de hacía seis meses? ¿El runrún que me había acelerado el corazón durante tardes enteras?

Me sentía bien, pero no invencible, sabía que podía volver en cualquier momento.

Ojalá supiera qué tienen algunos días para ser distintos. Los días buenos, ¿qué hace que lo sean? Si pudiera, respiraría hondo y almacenaría ese aire en algún frasco. De momento, una manera de conservar la sensación era alargar la bonanza con presencia, que se note que estás en un buen día.

Quería que se estirara hasta ser un buen fin de semana, así que no hice más que quedarme en lo bueno. No acepté planes y solo cogí el teléfono para comprobar que no me habían dicho nada del trabajo. Bajé el sábado a la calle a por pastas para el desayuno y flores nuevas para la mesa, y me obligué a hacer la siesta y puse la alarma media hora antes de lo que quería levantarme solo para darme el placer de pensar «aún me queda tiempo».

Parecía que iba a lograr mi objetivo de setenta y dos horas de armonía, pero ese domingo amanecimos con un mensaje de Iris en el grupo:

> Iris
> Tenemos que vernos hoy,
> por favor.

Me supo mal saber perfectamente qué pasaba. Quedamos a las cinco. Nos avisó de que estaba en camino, y Alex y yo nos callamos en cuanto la vimos llegar. Intenté leerla antes de que dijera nada:

sudadera con capucha en pleno julio, *short* satinado con encaje —que, pese a ser ideal, seguramente era de su pijama—, chanclas de dedo y sin bolso, solo teléfono y llaves en la mano... Era terminal.

Se acercó lentamente a la esquina de la mesa. Le pesaban los pasos. Alex y yo parecíamos los familiares en una sala de espera de paliativos.

—Chris me ha dejado.

El silencio que acompaña al final.

—Iris... Lo siento. —Me levanté para abrazarla. Se puso a llorar.

—Es todo tan raro, no sé. Parece irreal.

No había querido imaginar nunca a Iris viviendo una ruptura, así que no tenía ni idea de cómo íbamos a gestionarla. Juntas, al fin y al cabo, pero venían semanas de acompañar sin saber del todo hacia dónde.

—Es normal, amor —dijo Alex pasándola de mis brazos a los suyos.

A eso me refería, nos tocaba sujetar a Iris. Nos dimos unos segundos de lamento sin más. Le acariciamos la espalda.

—¿Cómo puedes mandarlo todo a la mierda por eso? —El llanto era profundo, no solo lágrimas en los ojos, salía de muy dentro.

—Teníais razón.

Siempre me ha dado miedo presenciar el momento en que alguien afronta una pérdida. Ese tipo de grito visceral me aterra. Me dolía ver a Iris así. Ojalá no volviera nunca más a tener razón.

Marcus salió de la barra para tomarnos nota. Hicimos contacto visual y, en cuanto vio el panorama, negó con la cabeza y dio media vuelta. Iris solo miraba al suelo y se lamentaba.

—Le pongo buena cara a todo, me he adaptado, todo me parece siempre bien. La única vez en la que le cuestiono algo y ahora resulta que no tenemos el mismo proyecto. —Miró arriba, como si se

lo gritara a alguien que la escuchaba desde el cielo—. ¡¿Qué mierda quiere?! —No teníamos nada que añadir a eso—. ¡Y encima me deja él! —Me sorprendió que ya hubiera reflexionado. Estaba siendo capaz de leer más allá, no le echó la culpa al *piercing*—. Además —se secó algunas lágrimas con una servilleta—, me ha dicho que el *piercing* es horrible.

Volvería a vivir en casa de sus padres hasta que encontrase algo, así que su madre fue a buscarla en coche desde las afueras.

—Te iremos llamando, ¿vale?, pero cógelo —le advertí.

—Si te apetece distraerte, nos dices. Y si solo quieres quedarte en casa de alguien, lo que necesites.

Si tu manera de sanar es llenarte los días de planes, Alex era alguien genial a quien tener cerca durante una ruptura.

Nos quedamos de nuevo ella y yo en la mesa, otra vez con la misma tensión que antes de recibir la confirmación.

—Han roto el compromiso, tía, es muy fuerte. —Solo asentí con la cabeza ante la observación—. ¿Qué llevaban? Como cuatro años; cuatro años perdidos. —Alex seguía hablando sola, pero en ese momento la interrumpí.

—Yo no los veo como años perdidos.

—Vale, sí, pero quiero decir que le han conllevado un esfuerzo, ha hecho sacrificios... Ha estado construyendo algo con alguien, para que desaparezca de un día para otro a la que te clavas una aguja en la cara.

Sería la primera en notar cada uno de los días invertidos en una relación arder en mi interior, como las marca de hierro en el lomo de un animal, si sintiera que me han tenido en un mismo sitio durante años, confiando y produciendo, para luego soltarme en la cola del matadero. Sin embargo, en mis últimos meses creía haber aprendido a entender el camino como el lugar al que vale la pena llegar. Si el

objetivo es la experiencia, también hay valor en todos los intentos fallidos.

Claro que no es agradable aprender con cuidado las condiciones exactas que requiere una semilla, dedicar días y noches a regarla, y enterarte de que no llegarás a verla en todo su esplendor, cuando dé frutos; te toca irte antes de que salga la flor. Pero ¿y todo lo que ya has visto que no funciona? Eso no te lo quitan, te lo puedes llevar. Y quizás la próxima vez ya sabes cómo no ahogar a la planta, o cómo no matarla de sed.

Miré a Alex después de dar un último trago a mi copa.

—Pues yo creo que habrá aprendido muchísimo.

Pensé que era una suerte que Paige llegara la semana siguiente para aconsejarnos. Algo así requería una movilización total de recursos, era un trabajo de equipo, la ruptura atacaba a todo el grupo, y era seguramente la batalla más fuerte a la que teníamos que hacerle frente.

33

El día siguiente era lunes, pero me había quedado a dormir en casa de Eric y me aseguré de abrazarlo un poco más fuerte por la mañana.

De camino al trabajo pensé en que quizás esa semana sería la última. En cualquier momento podía recibir una llamada y tener que anunciar mi marcha. Mentiría si dijera que me daba pena, o que no quería irme, pero también que servir *matchas* a siete libras con polvo de algas no me había ido genial.

Había empezado quizás como una tirita, o una muleta, o una venda, pero ese trabajo había acabado siendo parte del camino, y en concreto una parte muy buena. No sabía si me había brindado lo que quería para él en un principio, pero ya tampoco recordaba qué era exactamente eso. Allí había vuelto a encontrar un ritmo, una cadencia que me funcionaba, una base sobre la que armonizar.

Lástima, ojalá hubiese sido una experiencia horrible para poder gritar que me iba de un día para otro en medio de mi turno y con gente mirando en el mostrador. Lanzaría el delantal contra el suelo y saldría por la puerta mientras alguien gritara: «Pero ¿dónde vas?», y yo respondería: «A cumplir mi sueño».

Pero no, y además tampoco me llamaron ni el lunes ni el martes. El miércoles fue Paige quien me llamó al salir y me dijo que tenía una sorpresa.

—¿Unos duendes mágicos han hecho el auditorio en una noche y puedes volver a Londres? —Por probar.

—¿No dijiste que ya no fumabas?

—Déjalo. ¿Qué pasa?

Me dijo que era un secreto y que no se lo contase a las demás de momento, así que eso hice: venía la semana que viene, por fin.

—Oye, te has enterado de lo de Iris, supongo.

—Me lo temí en cuanto vi el mensaje. Esta mañana le he escrito.

Llevábamos dos tardes seguidas de cuidados intensivos. Al salir del trabajo, iba a casa y allí me esperaban Alex e Iris con la merienda elegida. El hospital de campaña era mi habitación, y allí nos pasábamos la tarde hasta que venía su madre a buscarla para seguir con el turno de noche.

—¿Cómo lo lleva?

—Bueno, tengo que decir que me está sorprendiendo... Llora todo el rato, pero tiene bastante claro el problema.

—¿No crees que va a recaer?

El léxico de una ruptura y el de una adicción se solapan a menudo. Estaba segura de que si Iris aceptaba un plan de acción donde él tuviera el control total de las decisiones logísticas, volverían a estar juntos en menos de un mes. Si se limitaba a enmendar su terrible error, quedándose en casa y sin volver a cuestionar a nadie más listo que ella, él accedería sin pensarlo.

Iris había elegido un contacto cero bastante radical. Según ella, no solo servía para el terreno físico, así que el plan de esa tarde en mi casa era hacer una limpieza energética para desprendernos de la adquirida de cualquiera con quien hubiéramos mantenido relaciones en los últimos siete años.

—La veo bastante firme, la verdad.

Estaba empezando a costarme mantener el optimismo respecto al nuevo trabajo. Aún no me habían llamado y tampoco lo hicieron durante la limpieza energética.

—Oye, pero hay gente de la que no quiero que se me vaya la energía —protestó Alex mientras Iris le hacía en una cuerda un nudo por cada ex.

—¿De quién? Si toda la gente que te has comido tú huele a tienda de segunda mano.

A Iris la ruptura la estaba volviendo un poco más descarada. Tenía de nuevo el pelo perfecto y había tirado el chándal gris a la basura por si acaso, pero me gustaba que soltase lo primero que se le pasaba por la cabeza, sin filtrarlo.

—De tu hermano, por ejemplo, ¿qué te parece? —Alex siempre ha dicho lo primero que se le pasa por la cabeza, sin filtrarlo.

Por suerte, yo tenía pocos nudos que cortar, así que terminamos rápido con mi parte del ritual. Empezaba a notar la irritabilidad, miraba demasiado el móvil; pequeñas señales de que tenía prisa, quería que me llamasen ya.

No fue hasta el día siguiente pasadas las tres mientras hablaba con mi madre como cada día.

—¡Ay! Me están llamando, ¡creo que son ellos! ¡Te cuelgo!

—Vale, vale, pero ¡dime después qué te dicen!

Respiré hondo antes de poner el manos libres. Siempre me confundía cuando tenía que parar una llamada y aceptar otra entrante, así que me concentré un segundo en recordar cuál era el botón correcto.

—¡Hola, Cynthia! ¡Qué bien escucharte!

Estaba sentada en el mismo punto del muelle desde donde cada día al salir veía el Támesis y el HMS Wellington. Prácticamente era agosto, y recordé cuando en mayo había vuelto de Copenhague y me había parado en ese mismo punto a pensar en qué tenía que pasar para que las piezas encajaran. Parecía ayer, pero también una

vida mucho más lejana y nublada. Sin darme cuenta era ya ahora, y mucho de lo que en aquel momento anhelaba había llegado.

Al hacer tanto que no fumaba, también había dejado de pedirle perdón a Dios por cada vez que encendía un cigarro, y en consecuencia hacía bastante que no me paraba a decirle nada. «Creo que lo estoy haciendo bien, creo que estoy cumpliendo con mi parte del trato». Eso iba a decirle, y a pedirle por favor que me diera una última cosa, pero Cynthia se adelantó.

El trabajo era mío.

Al colgar no tenía ninguna bandera que clavar en el suelo, ni siquiera alguien con quien chocar los cinco, pero me encogí sobre mí misma, como si quisiera darme un abrazo, y apreté los puños contra la frente.

—Por fin, por fin, por fin.

Poco me faltó para subirme de pie al banco y ponerme a saltar. Llamé a mi madre otra vez, a mi padre, a Paige, a Eric. Había encontrado un trabajo que pagaba un sueldo perfectamente decente y que consistía en hacer justo lo que más me gustaba hacer, y me lo habían dado a la primera.

Por fin.

Cynthia me dijo que sería genial si pudiera empezar el lunes. Vale, lista mental. Tenía que decir en la cafetería que me iba y preparar todo el papeleo para la nueva empresa, porque al tratarse solo de la participación en un proyecto, de momento iba a estar como *freelance*.

Nada hace que te sientas una auténtica adulta como hacer un trámite burocrático y comprobar que: 1. Ninguna persona mayor de edad tiene ni idea de cómo hacerlo, y 2. La sociedad sigue adelante.

Le pedí a las chicas saltarme esa tarde la terapia, y me dieron permiso a cambio de ir al día siguiente al *pub*. Trato hecho. Solo me

faltaba subir el texto que había preparado para mi Substack diario y convencer a Eric de que tenía un buen motivo para cenar fuera.

Desde que llegué a la ciudad, quería probar el *steak* de quince libras en Flat Iron, así que conseguí una mesa en el local del Soho y no le quedó más remedio que aceptar.

—¿No será que estamos celebrando algo? —me dijo clavando el tenedor en su *side* de macarrones trufados. —Lo dicho, un desastre como actriz: sabía lo que había pasado desde que lo llamé por la tarde con la reserva—. Te dije que te llegaría, te lo dije.

Era cierto. Por lo general, todo lo que decía lo era antes o después. Nunca había encontrado alguien así, tan sincero. A veces pensaba en el largo plazo y me mareaba un poco. Él era de fuera, yo también. Quizás estar juntos solo tenía sentido en ese momento y en esa ciudad, no funcionara más allá. ¿Qué pasaría si alguno decidía mudarse al país del otro? ¿O no movernos de Londres?

Bueno, a veces lo pensaba.

34

Jueves, 8.00 h
En los auriculares, Kill Bill*, SZA*

De camino al trabajo planeé cómo evitar decirles que tenía que dejarlo de un día para otro sabiendo que era algo que no tenía más remedio que hacer ese día. Durante los turnos éramos tres baristas y el personal de cocina, la gerente solo se pasaba de vez en cuando por el local, así que confiaba en que no fuera el caso, y así no tendría que decírselo en persona y podría llamarla.

Estoy convencida de que la civilización no empezó a ablandarse cuando dejó de ser obligatoria la mili, sino cuando cancelar una cita para hacerte las uñas a menos de diez minutos de la hora pasó a ser algo que no suponía mayor esfuerzo que dos clics.

Sería hipócrita decir que no estaba encantada con la posibilidad de no justificar mis faltas ante nadie más allá que un portal de reservas automatizado, pero también sabía que esa comodidad extremadamente comprensiva era la que hacía que tener que llamar a alguien para decirle que querías romper tu parte del trato fuera casi igual a salir a la pizarra a intentar resolver un problema que no habías hecho en casa, aunque era de los deberes.

Quizás esa accesibilidad a la hora de romper compromisos es uno de los principales problemas de nuestra generación. Quizás la creciente crisis de natalidad provenga de que puedes reservar cuatro

hoteles para las mismas fechas y cancelar tres de ellos el día antes sin tener que dar ninguna explicación.

Al final tocó hacerle frente a la vieja usanza y hablamos. No fue el encuentro más agradable de la semana, pero lo superé. Otra cosa más de adulta hecha, ya podía permitirme ir a tomar algo con las chicas y quejarme. Día difícil.

Habíamos quedado a las cinco en el *pub,* y quería asegurarme de ser la primera en llegar. Me quedé esperando en la mesa, parecía que tocaba tener todas las conversaciones puntiagudas de golpe.

Alex aparcó su bici en la acera de enfrente y vino hacia mí.

—¡Llegas temprano! ¿Qué tal el trabajo? —Le salía la risa nerviosa cuando hablaba del tema y no tenía más remedio que aguantarme la mirada.

—Sé lo que has hecho.

—¿De qué hablas? —Disimuló de nuevo.

—Del guion. Sé que se lo mandaste a Thomas.

Ni confirmó ni desmintió mi acusación.

—Me dijo que te habían cogido. Es un proyecto muy de tu rollo. —Solo me guiñó el ojo.

—Me encanta, Alex. Gracias.

Qué bien que no tenía planes de sufrir un destierro próximamente. Qué bien poder estar allí para agradecerle a mi amiga que hubiese confiado en mí sin mi permiso.

Iris llegó a la hora en punto. Nos preparamos para amortiguar un poco cualquier sollozo o energía con la que pudiera aparecer, pero lo hizo con un vestido blanco con vuelo y lazos en los hombros y un bolso veraniego de rafia con asas de piel colgando del hombro. Parecía que estaba de vacaciones más que pasando un duelo.

—¿Es de Céline? —le pregunté cogiéndolo ligeramente para observar bien los acabados—. ¡Es precioso! Te habrá costado una

pasta, Iris.

—Bueno... —Volvía a levantar el mentón al hablar y a sentarse como si estuviera acomodando una falda con enormes enaguas—. Christopher me dijo que no le devolviese el anillo. Pensé en quedármelo, pero no quiero que pueda espantar a nadie, así que lo he vendido, y digamos que nunca he tenido un mejor armario de verano. —Estaba risueña.

En el fondo tenía sentido, y pensé que otra vez habíamos puesto en duda su fortaleza por error. Ella lo sentía todo con fuerza, lo bueno y lo malo, tanto si vienes como si te vas. No sé si esperaba tener que estar meses y meses haciendo güijas y baños con cuencos tibetanos cada tarde, pero era evidente que no iba a dejarse aplastar nunca por la apatía. Pensándolo bien, antes incendiaba el Porsche de John, con sus palos de golf dentro, que arriesgarse a que alguien la viera sonándose la nariz sin una manicura recién hecha por las calles de Londres.

—Recordad que el jueves que viene está Paige aquí. Os quiero puntuales y pegadas a esta mesa, ¿entendido?

—¡Joder, no me acordaba! —Alex se lamentó dejando su vaso de golpe y salpicándose de *ginger ale.*

—Dime que puedes venir, le prometimos que vendríamos todas. —Paige me había encomendado una misión y no podía fallar.

—Sí, sí, es que el viernes vuelo, pero el jueves sin problema estoy aquí.

—¿Vuelas? ¿A dónde te vas? —preguntó Iris terminando de atrapar con la pajita las últimas gotas de su *espresso* martini.

—Es que me voy a casa casi todo agosto, seguro que os lo dije.

Parecía que en algunas cosas no avanzábamos. Claro que no había dicho nada. Y me sorprendía que eligiera pasar todo el mes en un mismo lugar. El año anterior creo que cogió más de doce vuelos.

—¿En casa, sin moverte? —Era prácticamente inédito.

—Sí, me apetece. Mi hermana no estará y así estoy con mi madre.

Iris intervino.

—Ay, Neel me dijo que buscáis a alguien que la ayude en casa, ¿qué tal eso?

—Ya, es complicado. Llevamos semanas buscando, pero, bueno, quizás me vaya a vivir con ella una temporada y así no hace falta.

Otra vez. Qué manía.

—¡¿Qué dices?! ¿Ahora? ¿Vas en agosto y te quedas? —la interrogué.

Es cierto que estaba en un buen momento y todo lo que tú quieras, pero me aterró imaginar a otra de mis amigas fuera de Londres.

—No, no creo. De momento voy a ver qué tal me siento allí, si puedo seguir con los proyectos a distancia. Es solo una idea.

Por el modo en que lo contaba, sabía que escondía algo. Empezaba a pillarla rápido cuando lo hacía. Sabía que tenía que rascar un poco para encontrarlo.

—Pero ella está bien, ¿no? Quiero decir, está contenta de que estés aquí —la apreté un poco.

—Sí, si siempre me dice que no renuncie a mi vida, que sufre más si sabe que nos condiciona.

Era cierto. Saber que su salud le impedía a alguna de sus hijas descubrir otros mundos le dolía más que cualquier tratamiento invasivo.

Iris no lo pensó tanto.

—¡Seguro que está encantada! ¡Me parece genial!

Pero yo sabía que esa decisión no nacía de una petición de su madre.

—Bueno, no sé si está del todo contenta, quiere que me quede aquí.

Seguramente era cierto. Como también que a Alex eso ya no le importaba. Se estaba planteando qué estaba dejando pasar, qué cosas no miraba de frente. Había comprobado que, por mucho que quieras fluir, el tiempo no te da un trato de favor. Por mucho que evites encontrar en tu día a día trazas de su paso, él no se detiene. Por mucho que Alex no estuviera con su madre, su madre seguía avanzando sin ella, haciéndose mayor.

A veces me olvido de que mis amigas también pueden tener un monólogo interno como este. Pueden tener una libreta en la que escriban sus dudas, puede que también estén luchando contra un miedo, aunque no lo digan.

Creo que en los últimos meses yo no era la única que se había cuestionado dónde debía pasar más tiempo: en el presente o en el futuro. Alex había entendido que puedes idear todo un sistema de creencias para sentir que el tiempo no te domina, pero seguirá pasando igual. Quizás no te molestan los efectos que tenga en ti, pero ¿qué pasa con los demás, con la gente que quieres?

Por suerte, ella no había dejado de exprimirlo al máximo, ni había empezado a atarse a las cosas por pensar que se irían en cualquier momento. Sin embargo, empezaba a ver que podía no someterse nunca a los horarios marcados para todos, y a la vez aceptar que los demás querían hacerlo, o quizás no tenían opción.

Espero que nunca deje de actuar sin revisar las condiciones. Forma parte de su encanto. Pero sí que había asumido que ese era todo el poder que se le permitía ejercer sobre el tiempo, no más. Podía entender su paso como una trampa o como un constructo, pero eso no iba a hacer que pasase más lento.

Quería encontrar un equilibrio entre estar y no, entre darle tiempo a su madre y a sí misma, entre lo que hacía por amor y lo que hacía por deber.

Su madre nunca le había pedido que estuviera con ella, pero quizás ahora era Alex quien quería hacerlo. Tal vez más tarde ya no tendría la oportunidad. Podía tener un hambre voraz de ver mundo, pero el tiempo siempre iba a estar en todos lados.

—Por cierto, ¿tú cuándo empiezas en el trabajo? —Se notó que me preguntaba por desviar el tema lo antes posible.

—Pues mañana. Tengo muchas ganas.

Así era, la verdad. No solo por lo que simbolizaba haber encontrado trabajo de lo mío por fin. Tampoco por incorporarme a una empresa increíble con oficinas acristaladas en el centro, no era eso. Estaba contenta porque me apetecía hacer ese trabajo. Quería leer a fondo el texto y encontrar la manera de llevarlo a otro plano.

—¿Y estás nerviosa? —Parecía que Iris se había fumado algo fuerte.

Hacía mucho que no me enfrentaba a un comienzo con tan poco miedo. Eran nervios de los buenos, de ilusión. Quizás esa noche dejaría el *outfit* preparado y perfectamente colocado encima de la cama, como cuando volvía a clase después del verano.

—No mucho.

Lo que sí estaba era cansada. La noche anterior casi no había dormido por estar practicando mi renuncia verbal y, como no conseguía conciliar el sueño, me había puesto a escribir un texto para Substack que no había terminado. La intención era subirlo ese día, ya tenía cuatro suscriptores de pago, así que no podía fallar. Y, además, no podía esperar a tumbarme en la cama y respirar hondo, sentir que ya casi estaba, que había conseguido llegar donde hace

meses juraba que me sentiría bien, aún sin saber entonces cómo sería ese momento.

La cama era el último escalón, y nada me apetecía más que notar frío el pijama camisero y la sábana de lino en color crudo, y poder dar un par de pataditas de emoción dentro.

Les dije a las chicas que lo sentía y me retiré temprano.

—¡Recordad! ¡Viene Paige!

35

Viernes, 7.30 h
En los auriculares, 25/8*, Bad Bunny*

—Ey, Liz, ¿tienes un minuto?

Max me tocó el hombro mientras yo terminaba de cerrar mi túper de atún y tomate. Me retiré uno de los auriculares.

—¿Me has dicho algo?

—Sí, que si tienes un segundo antes de irte. —Es cierto que su tono no siempre era el más expresivo del mundo, pero parecía inquieto.

—Dime.

—Verás... Uf, a ver.

Sabía lo que pasaba, había hablado con Paige mil veces de cómo sería ese momento.

—La cosa es... que a Olivia se le termina el contrato de alquiler el mes que viene. Y les hemos comentado a mis padres que podría venirse aquí.

El piso era perfecto, pero no para tres personas. Me supo mal que tuviera tanto reparo en decírmelo. Al final era de su familia y el precio por el que me dejaba la habitación era ridículo teniendo en cuenta la zona.

—No pasa nada, Max. No te preocupes. —Lo veía realmente agobiado.

—De todos modos, me dijeron que teníamos que subir el precio, así que tampoco podríamos seguir como ahora. —Movía mucho las manos y se tocaba el pelo al final de cada frase.

Bueno, podía tomármelo como un reto, estaba bien. La estabilidad acechaba casi todos los otros aspectos de mi vida, y solo me pedía esto a cambio.

Le cogí el brazo.

—Max, de verdad que no pasa nada, lo entiendo.

—Ya, joder. Me sabe mal, Liz, te quiero mucho.

—¡Y yo! Pero no te preocupes.

Mi miedo a parecer enfadada con Max camuflaba el que me daba tener que enfrentarme a las visitas de pisos de alquiler en esta ciudad. «Mierda, ahora tengo que buscar con quién compartirlo, qué pereza. Ojalá pudiera permitirme vivir sola». Tendría que alejarme del centro, no encontraría nada así de bueno.

Pero lo procesaría más tarde.

—No hay prisa, ¿eh?, lo vamos hablando con calma, no te estreses —me dijo antes de volver a su habitación.

—No te preocupes, de verdad. —Lo dije en voz alta, para recordármelo a mí también.

Estaba bien que surgiera en ese momento, estaba bien. No iba a ponerlo bajo una luz de aumento y pensar en lo inoportuno que era ahora que todo parecía encajar. Estaba bien tener la oportunidad de comprobar si realmente había mejorado mi capacidad de adaptación. ¿Qué mejor manera de empezar una etapa que en un nuevo espacio?

Cuando te detienes a beber agua y coger aliento después de una larga subida en el bosque, puedes creer que necesitas un descanso. Sin embargo, los ríos siguen bajando, el viento no te da tregua por verte allí plantada y las horas de luz siguen mermando. Incluso

entonces nada queda completamente en pausa. Todo avanza y cambia. Y qué bien que llegara entonces, cuando me había parado a ver la vista, y no en plena subida cuando juraba que no llegaría.

Qué bien que lo podía hacer acompañada.

Puse un par de cubos de feta en mi túper y lo guardé en mi nuevo Longchamp azul marino que me había regalado a mí misma cuando me dieron el puesto. No quería usar ni el mismo bolígrafo que en la oficina anterior, habría quemado un palosanto entre los folios de mi agenda si hubiera tenido una; quizás debería.

Elegí un top de Sezáne crema con unos vaqueros rectos y unas bailarinas, y descolgué una gorra roja que pocas veces me ponía. Hay una teoría que dice que la gente con uñas rojas causa una mejor primera impresión. Yo siempre las llevaba *nude* o transparentes, así que iba a tener que usar la gorra.

Salí con tiempo para coger de camino mi café y un cruasán de almendras, y fui hacia el metro escuchando *Everybody's Changing,* de Keane.

Llegué al edificio y mandé un selfi a Eric con el pulgar hacia arriba en señal de victoria. La vuelta al cole. Otra primera vez.

36

El jueves siguiente, sobre las 14.00 h

Paige me llamó:

—¡Aterrizada! ¡Qué ganas de veros!

—¡Por fin! Yo supongo que a las cinco estaré saliendo, quizás las demás estarán antes en el *pub*.

—No les has dicho nada, ¿no? ¿No se lo esperan?

—Te aseguro que es lo último que se imaginan. —Me reí.

Como la ocasión lo merecía, y además llevaba semanas buscando un pretexto adecuado, le pregunté a Eric si le apetecía pasarse también un rato por el *pub* cuando saliera del trabajo. Era extremadamente cuidadosa con las presentaciones. La de mis padres aún tardaría en llegar, y tampoco me parecía del todo mal que conocieran a mi marido cuando ya lo fuera oficialmente.

No quería más despedidas con tantas partes involucradas, y hacían falta meses de prueba para ser considerado digno de conocer a mis amigas, pero creo que hacía tiempo que Eric se lo había ganado y me hacía ilusión que conociera a Paige.

—Vale, pues sobre las seis yo creo que estamos por allí.

—Perfecto, me muero de ganas de contarte todo.

Hacía meses que no éramos las cuatro en nuestra mesa de siempre. Sabía que no sería como la última vez, pero me parecía bien. Mientras siguiéramos las mismas en la mesa, ya era divertido que tuviéramos cada vez más cosas nuevas que contar.

Para que el plan de Paige saliese bien, tenía que llegar yo la primera, así que cerré el ordenador a menos cinco, fui a la pequeña cocina que teníamos para lavar bien mi túper y lo guardé en el bolso junto con la libreta.

Mi nuevo trabajo estaba a menos de quince minutos a pie del *pub,* solo tenía que bajar por Oxford Street y cruzar el Soho. Estaba más nerviosa ahora que el lunes, cuando había entrado a la oficina por primera vez.

Alex mandó un mensaje diciendo que acababa de llegar y aceleré un poco el paso.

—¡Hola, reina! —Me abrazó cuando llegué un minuto más tarde.

—Juntamos más sillas, ¿vale? —le pedí a Marcus—. Que hoy seremos más.

Pedimos cada una un *ginger ale* mientras esperábamos. Alex le quitó la hoja de menta a su vaso.

—Oye, ¿¡qué me ha dicho Iris de que os mudáis juntas?!

Así era.

—Sí, tía. Como ya no está con Chris, pensé que tendría que buscar algún sitio, así que la llamé y se lo propuse.

—Dios mío, necesitaréis dos baños si cada una tiene que dejar todas las cremas y cosas que os ponéis.

—¡Mira! —Le enseñé las fotos de un piso que una compañera de Iris estaba alquilando cerca de Camden y que tenía dos baños. Iba ampliando las fotos.

—No es mi zona favorita, pero el piso es mono, sí.

—Además, tú te vas, nos dejas solas, algo tendremos que hacer —intenté vacilarle.

—Que no es seguro, no nos adelantemos.

En ese momento apareció Iris.

—¡Aaaah! ¡Qué ganas, dios! Estoy destrozada. —Para distraerse y evitar invertir todo su tiempo libre en comprar ropa y ver *realities* de pastelería, estaba cogiendo todos los turnos que podía en el trabajo.

—¿Has tenido turno doble? —le preguntó Alex quitando la bolsa de una silla para dejarle sitio.

—Sí, desde ayer por la noche llevo allí. Me he tenido que cambiar en el mismo hospital.

Entonces me fijé en su *outfit*. No parecía distinto a cualquier otro: un vestido de algodón amarillo que le llegaba hasta el tobillo, unas sandalias de piel cámel y unas gafas de sol a juego, tan perfecta como siempre.

Alex me preguntó por el nuevo trabajo y les hice un pequeño resumen de mis primeros días.

—Obviamente, tiene sus cosas, como todo. Pero de momento parece que bien, los compañeros sí que son increíbles.

—Sí, Thomas está muy contento —añadió ella—. Siempre habla bien de los jefes y eso...

Ya eran casi las seis. No paraba de revisar el teléfono por si Paige avisaba de que estaba cerca. Miraba cada poco a la esquina de la calle y la confundía con cada chica de pelo rubio que pasaba.

—¡Pero bueno!

Vi a Iris levantándose rápido de la silla. Allí estaba Paige. La abrazamos entre todas, saltábamos, todo estaba bien. Luego les presentó al chico que había a su lado.

—Sorpresa... Os presento a Ras.

Se cogían de la mano. Paige sonreía. No podía estar más contenta y orgullosa de ella. La Paige del año pasado no se atrevía ni a pedirle a John que la acercara a casa cuando estaba a tan solo un par de mesas en el mismo *pub* y ahora no tenía reparo en presentar

a Ras como su novio mientras era evidente lo feliz que le hacía decirlo.

Las caras de Iris y Alex eran un poema. No entendían nada.

—¡¿Qué?! —Alex me miró extrañada. Yo me reí.

—¡Sorpresa!

Nos sentamos todos a la mesa y Ras se presentó con más calma. Se notaba solo con los gestos lo mucho que cuidaba de ella. Iris los miraba embelesada, haciéndoles preguntas sobre cómo se conocieron, como si estuviera en un parque temático de su tema favorito.

Admiraba la forma en la que, pese a haber perdido hace poco el amor, lo que más temía, seguía recurriendo a él como cura. No lo rechazaba, no maldecía a Cupido o a Afrodita y les pedía que no la condenaran a sentir otra vez. Creía en el amor por encima del vínculo, creía en el concepto como tal, en su fuerza. Era capaz de estar celebrando el de sus amigas, justo cuando más lo echaba en falta. Podía ser inocente, pero para nada era cobarde.

—Oye, y ¿no dijiste que vendría Eric? —me preguntó Alex en voz baja.

—Sí, se pasará después del trabajo —le contesté también bajito.

De repente se produjo otra vez. La cantidad justa de cada metal se fundió en la mejor alquimia posible: nosotras juntas en una mesa.

Subíamos sin querer el tono de voz y nos reíamos. Ras ya estaba dentro, todo parecía encajar.

—¡Cuéntanos todo de Copenhague! —dijo Iris.

La escuchamos con atención mientras narraba los avances del auditorio. Estaba saliendo todo según lo previsto y en la firma estaban muy contentos con su gestión.

—... Y creo que luego volveremos los dos a Londres, Ras quiere vivir aquí al menos una temporada. —Me miró cuando lo dijo. Le

devolví la misma mirada de emoción.

En ese momento se encendió un cigarrillo y me enseñó la caja abierta, ofreciéndome uno. Le sonreí y negué con la cabeza. Sabía que la echaba de menos cada día, pero ver cómo de fuerte sonó esa frase en mi interior me lo recordó. Se me inflaron los pulmones de aire, inspiré.

—¡Bueno, Liz y Iris vivirán juntas ahora!

—Y adoptaremos un gato —añadió Iris. Lo del gato no lo sabía.

—Mientras no lo tenga que parir yo... —bromeé.

—Espera —Paige agachó los hombros, parecía estar buscando algo—, ¡¿eso es un *piercing?!* —Señaló descaradamente la nariz de Iris.

No pude evitar reírme. Todas reímos. Habría querido encapsular un poco de la energía que manejábamos entre las cuatro, guardarla en un botecito y sacarla cuando fuera necesario. Sin duda, estaba siendo un muy buen día, quizás podíamos coger un poco del sobrante y ponerlo en otros.

Eric llegó al poco tiempo y repetimos las presentaciones. En un momento le acaricié el cuello y lo miré fijamente, dándole las gracias por estar allí. Me guiñó el ojo. No quería que se acabara, quería encadenarnos a todos a esa mesa.

Me levanté un momento para ir al baño.

—¡Liz! ¡Liz! —Marcus me llamó desde la barra y me giré hacia él. Sacó un papel del bolsillo de su pecho. Era una ecografía—. ¡Es niña! ¡Mi nieta! ¡Es una niña!

Parecía que toda la felicidad de Londres se contenía en ese *pub*.

Volviendo a la mesa, me quedé quieta un segundo a observar la escena. No me servía mi truco, no podía tumbarme y poner la alarma diez minutos antes para regalarme tiempo. Claro que me gustaba vernos, y más aún cuando sentía que cada vez lo hacíamos

mejor, pero también me habría gustado poder ponerlo en pausa durante un tiempo, o volver a cuando quedábamos los martes en el piso de Alex, en la residencia de la universidad.

Sentía nostalgia por esa versión de mí que aún no identificaba tan a menudo el sabor agridulce de la experiencia, del tiempo que se hace notar. También sabía que esa Alicia tenía muchas menos cosas que celebrar.

En esa distancia entre ella y yo estaban todos los riesgos que había tomado, y las partes de mí que había conocido, y tantas otras cosas sin las que no me imagino la vida. Seguramente por aquel entonces me sentía más libre, con más opciones.

Seguía de pie mirando a la mesa, había cosas que quería conservar.

Eric hablando con Rasmus como si se conocieran de antes. Paige cogiéndolo sin miedo de la mano y dejando que fueran evidentes las chispitas que brillaban en sus ojos cuando hablaba de él.

Iris estaba entera, feroz, y me alegraba que para hacerlo no estuviera renunciando a la ternura. Sabía que estaría más que bien, y además viviría con ella. Ojalá me contagiara un poco de su coraje a la hora de querer.

Alex era fuerte, más aún de lo que ella creía, y era generosa con todos, seguramente por eso siempre le salía todo bien.

Supongo que era un trato justo, tener ahora muchas más cosas que perder, pero por tener muchas más a las que amar. Valía la pena hacer frente al cambio y vivirlo con ellas.

Ovidio dice en las *Metamorfosis:*

Y así como la cera blanda recibe nuevas formas
y no permanece como era ni conserva las mismas figuras,
aunque sigue siendo la misma cera,
así enseño que el alma es siempre la misma,

pero migra a distintas formas.

Nos acompañaremos en cualquier forma, sin perdernos del todo.

Ese era mi deseo.

Por primera vez en años, a Alex no le costó convencer a Iris para salir y decidieron que irían de fiesta con Max y sus amigos.

Paige y Rasmus se quedaban en un hotel para luego ir a los Cotswolds con sus padres hasta el lunes.

Yo iba a dormir con Eric y a pasarme el día siguiente haciendo cajas para la mudanza.

No era una pausa, teníamos que seguir, como siempre, pero el punto de partida era bueno. Estábamos juntas.

Brindamos por eso. Pedimos una última ronda y Marcus vino con un sombrero de purpurina rosa a celebrar con nosotros el nacimiento de su nieta. Brindamos por eso también.

En la esquina donde tenía aparcada la moto Eric, Paige me abrazó y me dio las gracias por haber acogido a Rasmus.

—Creo que no podría haber soñado con un día mejor.

Seguramente eso era lo que hacía falta, lo que hacía reconocer un buen día: la convicción con la que le adjudicas la etiqueta, y si vas a tomar algo con tus amigas.

Afterwork
Laia Castel

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imagen de la cubierta: © CSA Images / Getty Images

© Laia Soler Castel, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2026

ISBN: 978-84-670-8129-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30

31
32
33
34
35
36
Créditos